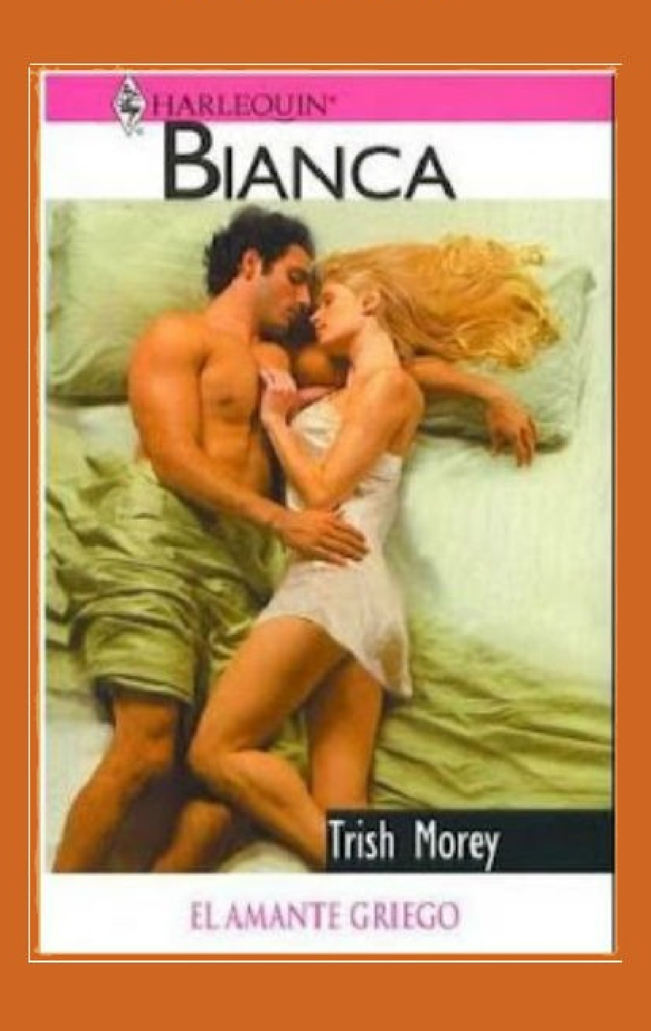
El amante griego

Trish Morey

Serie: Bianca, 1531



Trish Morey

El amante griego

Bianca [1531]

Era el padre de su hijo… pero ahora era también su jefe.

Alexandra Hammond se había quedado destrozada al verse obligada a marcharse de Creta… estando embarazada de su amante griego. No había podido olvidar las noches que había compartido con Nick Santos, pero había empezado una nueva vida en Australia junto a su hijo…

Los años habían convertido a Nick en un tipo despiadado, pero al trabajar juntos la pasión que siempre había habido entre ellos había despertado. Alexandra sabía que no podría seguir manteniendo en secreto a su hijo, pero…

¿qué haría Nick cuando se enterara?

Capítulo 1

¡UNA COMPAÑÍA inmobiliaria! ¿Qué se suponía que iba a hacer Nick Santos con la mitad de las acciones de una compañía inmobiliaria en Australia? Un negocio que, por derecho, tendría que haber recaído íntegro en manos de su prima Sofía.

Atento al piloto luminoso que se encendió sobre su cabeza, Nick se abrochó el cinturón ya que su avión iba a aterrizar en Sydney.

Nunca había considerado que su tío Aristos tuviera un gran sentido del humor, pero tenía que haber estado de broma para idear semejante plan.

Recibiría la mitad de la compañía a condición de que se pusiera al frente del negocio durante seis meses y enseñara a Sofía todo lo necesario para que pudiera asumir la dirección por sí misma.

Estaba muy clara la intención última de ese extraño legado por parte de su difunto tío. Nick conocía la práctica de los matrimonios de conveniencia, pero no estaba dispuesto a sacrificarse en el altar de la familia.

Tan pronto como presentase sus respetos a su prima Sofía, cedería todas las acciones que había recibido en la herencia y abandonaría Australia. Tenía otros asuntos pendientes mucho más graves en casa, pese a que el negocio hubiera quedado en manos de su mano derecha, Dimitri. Se acomodó en el asiento y disfrutó de las vistas , mientras el avión efectuaba la maniobra de aproximación.

Así que estaba en Sydney. Obtuvo una breve panorámica de la bahía, donde destacaban el edificio de la Ópera y el puente colgante, símbolos de la arquitectura moderna, antes de que la ciudad ocultase la vista. Tuvo que contentarse con la interminable procesión de tejados de ladrillo rojo y piscinas azules que pasaron

bajo el avión durante el descenso.

A pesar de la alteración que suponía ese viaje en su agenda laboral, Nick agradecía que finalmente Aristos le hubiera llevado hasta allí. Había crecido rodeado de fabulosas historias de grandes fortunas en el nuevo mundo. El hermano de su madre había tenido éxito. Eso no admitía ninguna duda.

Y también había conocido algunos australianos en su vida. En particular, recordaba una persona que no había olvidado jamás. Una chica que había conocido en la isla de Creta. Habían pasado muchos años desde entonces.

Recordaba una chica de piel blanca, muy pecosa, de larga melena rubia y unos luminosos ojos azules que te contagiaban su entusiasmo. Habían explorado juntos las ruinas esparcidas a lo largo de la isla. La fascinación y el interés que había demostrado por los restos de una civilización tan antigua habían resultado contagiosos. Había logrado que se sintiera algo culpable porque, a pesar de sus estudios de arqueología, solía acercarse a la historia de su propio país sin valorarla en su justa medida. Y sin embargo, al mismo tiempo, había conseguido que se sintiera orgulloso de su origen. Había sido una chica preciosa, vibrante, llena de vida y, tal y como había descubierto, inconstante.

Exhaló el aire que había retenido de forma inconsciente y estiró los hombros cansados en la amplitud de los asientos de primera clase.

El avión finalmente tomó tierra, circuló por la pista hasta la terminal y se detuvo. Todo el mundo a su alrededor parecía inquieto tras un viaje tan largo, impaciente y deseoso de cruzar la aduana lo antes posible. Una azafata sonriente se acercó y le entregó la chaqueta.

Nick se lo agradeció con un gesto de la cabeza y retomó contacto con el presente.

Esa primavera había quedado atrás en el tiempo y ahora tenía otros asuntos más inmediatos que requerían su atención. No pertenecía a ese lugar. Su sitio estaba en Grecia. Y allí regresaría tan pronto como resolviese ese legado tan excepcional.

Capítulo 2

ALEX abrió la puerta de la oficina y se topó de bruces con su pasado. ¡Nick Santos!

Tenía que tratarse de un espejismo. Nick estaba de vuelta en Atenas y dirigía el imperio familiar de ingeniería. No tenía negocios en Sydney, pero estaba de pie en el vestíbulo de la sede de Promociones Inmobiliarias Xenophon.

Y menos en un día así en que la oficina reabría sus puertas tras el funeral de Aristos, fallecido a causa de un infarto, y ella acumulaba un retraso de varios días en el cobro de las facturas de los alquileres. Además, esperaba de un momento a otro la llegada de su nuevo jefe. Al parecer, se trataba de algún familiar lejano.

¿En un día así? ¿Acaso estaba bromeando? Nunca. Pero no podía tratarse de Nick. Parpadeó varias veces, pero seguía allí cuando abrió nuevamente los ojos.

Y seguía siendo Nick.

Era curioso que no existiera el mínimo margen de error y que estuviera tan segura de haberlo reconocido, después de tanto tiempo. Pese a que estuviera de espaldas a ella, hablando con Sofía, sabía que era él. Era un presentimiento. Apenas un destello fugaz de su perfil y la ondulación de su pelo negro en contraste con el cuello blanquísimo de su camisa habían bastado. Esa actitud, viril y segura era inconfundible. Pero también lo supo por el repentino aumento del ritmo de los latidos de su corazón.

La adrenalina aceleró su pulso, preparándola para la lucha o la huida. Pero no hubo forma de que sus pies se pusieran en marcha. Tampoco el aroma del café recién hecho logró atraerla. Volvería sobre sus pasos al instante y así evitaría que la viera. De ese modo, quizás cuando regresara ya se habría ido, habría salido de su vida y

habría vuelto a su pasado, donde pertenecía.

Dejó el brazo muerto sobre la puerta y recuperó la posición. Quizás, si no hacía ruido…

—Ya estás aquí —dijo Sofía, que apareció por detrás del hombro de Nick, vestida de riguroso luto con un traje de seda negra y su melena de color azabache recogida en una impecable coleta alta.

Estaba perfecta en su papel de duelo. Pero antes de que tuviera la oportunidad de contestarle, Nick se había girado y había paralizado su retirada merced a la pureza de sus facciones, de manera que sólo pudo estremecerse por culpa del escalofrío que recorrió su espalda. Amusgó sus ojos negros y su mirada barrió su figura de arriba abajo antes de detenerse en su cara. Entonces se ensancharon un poco las aletas de la nariz y curvó los labios con un gesto muy leve.

—Así que eres tú —señaló con el mentón altivo.

Ella tragó saliva. En los más de ocho años que habían transcurrido desde la última vez que se habían visto, había imaginado a menudo cuáles serían sus primeras palabras y qué tono emplearía Nick si alguna vez volvían a encontrarse. Pero nunca había supuesto que se limitaría a ese frío y desapasionado, «Así que eres tú».

—¿Qué esperabas? —dijo, convencida de que ya no tenía escapatoria mientras empujaba la puerta y accedía al vestíbulo— ¿A Kylie Minogue?

Se estremeció para sus adentros ante la crudeza de sus propias palabras.

—¿Alex? —Sofía, algo confusa, miró alternativamente a uno y otro—. Quiero presentarte a mi primo, Nick Santos. Llegó ayer. Pero… ¿acaso me he perdido algo?

No podía articular una sola palabra. Tenía la garganta cerrada y la boca seca. Nick siguió mirándola con mucha intensidad hasta que se quedó atrapada en la mirada acusatoria de esos insondables ojos negros. Tenía una cuenta pendiente con ella. La contundencia de esa mirada no dejaba lugar a dudas. Aparte de eso, parecía tan poco impresionado al verla como conmocionada estaba ella.

Nick, finalmente, rompió el silencio.

—Alexandra y yo ya nos conocemos, ¿no es cierto? Siempre sometida a su implacable escrutinio, el portátil que llevaba en la

mano se volvió inesperadamente pesado y amenazó con caérsele por culpa del sudor. Apretó los dedos con fuerza alrededor del asa hasta que se clavó las uñas en la piel, de modo que el dolor asegurase la sujeción. Ahora que se había ocupado de su ordenador portátil sólo tenía que preocuparse por la estabilidad de sus rodillas.

—Eso creo —respondió—. Al menos, estoy bastante segura. Pero fue hace mucho tiempo.

Un músculo se contrajo en la mejilla de Nick. —¿Tan difícil te resulta acordarte de mí? «No es tan difícil como olvidarte», pensó Alex. Ese pensamiento se desplegó desde algún punto de su cerebro y, por mucho que detestase esa verdad, era innegable. Muchas noches solitarias, mientras recordaba el tiempo que habían compartido en Creta y deseaba que las cosas hubieran tomado otro rumbo, testimoniaban ese hecho.

El tampoco lo había olvidado pero a tenor de su mirada, recordaba cosas distintas. Quizás el modo en que ella le había dado la espalda y la frialdad de su despedida.

Tomó aire, pero Sofía parecía demasiado impaciente para la réplica de una conversación que, a su juicio, era demasiado personal.

—Será mejor que os expliquéis de una vez —apuntó—. ¿Cómo os conocisteis?

Los ojos de Nick se clavaron en Alex. Recibió esa gélida mirada como una patada en los intestinos.

—¿Qué ocurre? —añadió Sofía—. ¿Tampoco os acordáis de eso?

Ella levantó la barbilla una pizca y dirigió su mirada hacia Sofía. Todavía estaba conmocionada por su repentino encuentro con Nick después de tanto tiempo y le resultaba mucho más fácil concentrarse si no lo miraba directamente a la cara. De ese modo, las irrefutables preguntas que crepitaban en sus ojos no podían alcanzarla.

Tenía que calmarse y pensar con serenidad. Sofía todavía estaba afectada por la inesperada muerte de su padre. A pesar del efecto del maquillaje, la hinchazón de los párpados y las ojeras eran demasiado evidentes. Sofía no necesitaba otra carga añadida sobre sus hombros.

—En creta. Fue… —hizo una pausa y se humedeció los labios-hace algunos años. Estaba de vacaciones con mi familia. Nick estaba

trabajando en una excavación arqueológica. Nos conocimos en el Palacio de Minos.

—Genial —dijo Sofía, si bien Alex notó que el tono que había utilizado reflejaba un escaso interés—. ¿Y sabías que era el sobrino de Aristos?

—No. no tenía la menor…

Una oleada de terror invadió todo su cuerpo. ¡Dios, no! ¿No sería ése familiar de Aristos? ¿No sería el mismo que venía para hacerse cargo de la compañía?

—¡Estupendo! Entonces no tendré que presentaros. Eso lo hará mucho más fácil ahora que vais a trabajar juntos —señaló Sofía.

Alex no podía pensar en nada peor mientras su mundo se desmoronaba. Cuando sonó el teléfono directo de su despacho, se contuvo para no salir corriendo y contestarlo.

—Disculpadme. Estoy esperando esa llamada. Nos pondremos al día un poco más tarde.

Entonces se alejó lo más aprisa que pudo mientras intentaba guardar el equilibrio en un mundo que giraba sobre su eje con cada paso que daba.

Cerró la puerta, soltó el portátil sobre la mesa y atendió la llamada lo mejor que pudo mientras su cerebro sólo registraba dos palabras: Nick, ¡aquí!

Una hora más tarde, Alex seguía con la mirada perdida en las paredes, y la pantalla encendida de su ordenador ofrecía el único signo vital de la habitación. No sabía cuánto tiempo podría esconderse en el despacho, pero haría todo lo que estuviera a su alcance para relacionarse lo menos posible con Nick Santos. Y hasta que no tuviera un plan de acción, se mantendría alejada de él.

Era muy extraño volver a verlo después de tantos años. Curioso que ambos se hubiesen considerado tan maduros por aquella época. Se había comportado como un hombre, fuerte y seguro. A sus veintiún años, había visto más mundo y había vivido más experiencias que ella. Sin embargo, ahora se daba cuenta de lo jóvenes que habían sido. Y saltaba a la vista que el chico se había hecho todo un hombre.

Parecía un genuino hombre de negocios. Había desaparecido el flequillo que solía apartarse de los ojos con una sacudida de la

cabeza, sustituido por un corte limpio, impecable. Los rasgos oscuros, que incluso entonces habían poseído una cierta profundidad oculta, encajaban mejor en un rostro más maduro. Incluso parecía que sus hombros se habían ensanchado un poco.

Era una persona muy distinta del chico que había conocido años atrás.

Bueno, ella también había cambiado mucho.

Era mayor, más inteligente y era madre.

¡La madre de su hijo!

Algo parecido a un chillido incoherente escapó de sus labios. ¡Jason!

¿Cómo, en el nombre del cielo, impediría que Nick descubriese la existencia de Jason?

Capítulo 3

UN GOLPE seco llamó la atención de Alex, que levantó la vista y encontró la figura de Nick en la puerta de su despacho. Tragó saliva. —¿Qué es lo que quieres?

Nick dio un paso al frente, tenía las cejas arqueadas. —¿Es así como saludas a un viejo amigo? Al fin y al cabo, no somos extraños.

—Ha pasado mucho tiempo. Para mí, eres casi un desconocido.

Nick vaciló un instante. Ladeó la cabeza un poco. —No sabes cómo me siento. Alexandra. Esas palabras, y el tono apagado que empleó al decirlas, intimidaron a Alex. Pero eso no fue nada comparado con lo que sintió cuando se acercó a la mesa. El pánico se apoderó de cada poro de su piel.

Entonces, se volvió repentinamente. Alex durante apenas unos segundos, experimentó un poco de alivio. —Espérame, volveré enseguida —susurró Nick antes de cerrar la puerta.

Alex atisbo una pincelada azabache mientras Sofía, aparentemente indignada, pasaba por delante a toda prisa. Entonces la puerta volvió a cerrarse, Nick giró sobre sí mismo y deshizo el camino hasta que se situó frente a ella, del otro lado de la mesa.

Entonces dirigió su temible mirada, oscura y amenazadora, sobre ella y Alex sólo pudo pensar en la terrible presión que se le vino encima.

Una presión que nacía de la confrontación directa con ese hombre, su primer amor y su primer amante. Una presión que crecía ante la confirmación de que Nick formaba parte del mundo de Aristas y nunca había sido parte de su vida. Una presión que nacía del secreto que se interponía entre ellos como un abismo.

—Alexandra…

Ella cerró los ojos. Pronunciaba su nombre del mismo modo en

que lo había hecho en el pasado, acunando cada sílaba con su intenso acento mediterráneo. Nunca nadie había dicho su nombre como Nick durante aquellas semanas en Creta. Había logrado que se sintiera muy atractiva.

Pero ahora no podía permitir que eso la afectara. Era una mujer madura y esa clase de emociones pertenecían a la adolescencia, las vacaciones y las promesas eternas. Algo que había superado por completo.

—Alexandra.

Tomó aire, abrió los ojos y adoptó una expresión forzada de profesionalidad.

—Supongo que necesitarás comprobar las cuentas para hacerte una idea del estado de la empresa —dijo—. Nuestra situación impositiva y todo eso.

—Ya habrá tiempo para todo eso —replicó, algo desconcertado.

—Bien —señaló Alex, demasiado alterada—. Ahora mismo estoy bastante liada… ¿Podría llevarte las cuentas más tarde? Supongo que querrás resolver este asunto y regresar a Grecia lo antes posible.

Nick entrecerró los ojos mientras se inclinaba hacia delante apoyado en la esquina de la mesa, demasiado cerca.

—Ya veo que estás en medio de algo muy importante —suspiró con complicidad y asintió con la mirada fija en la pantalla del ordenador.

Ella siguió el gesto de Nick y se ruborizó, segura de que el color de sus mejillas hacía juego con la tubería que dibujaba un sendero cúbico en el monitor.

Alargó la mano en un impulso automático, pero abortó esa acción y alejó la mano del teclado. Sería mucho mejor eso que la imagen del escritorio, donde resplandecía una fotografía de Jason.

Levantó la vista hacia él y respiró hondo, ansiosa por desviar la conversación hacia un territorio más seguro.

—Estaba pensando…

Nick arqueó ambas cejas al unísono, se inclinó un poco más para robarle un bolígrafo que tenía sobre la mesa y su proximidad empapó los sentidos de Alex con la fragancia dulce de la colonia que revestía esa inconfundible esencia masculina. Durante unos instantes se quedó sin aire, la mente en blanco, y se limitó a observarlo mientras tamborileaba con la estilográfica sobre los

dedos de su otra mano.

—Es muy tranquilizador que mi tío contratara a gente tan capacitada —Nick echó un vistazo a las paredes de un beige claro, las estanterías y los archivadores—. Pero, ¿qué haces exactamente en este despacho tan amplio y espacioso?

El tono de burla no pasó inadvertido para Alex, que irguió la espalda en su asiento y levantó la cabeza.

—Supongo que Sofía ya te habrá puesto al día acerca del equipo de trabajo y nuestras responsabilidades

—contestó.

—Esperaba que me lo explicaras en persona —dijo mientras jugueteaba con el bolígrafo.

Era imposible que no se sintiera intimidada por ese hombre. Apoyado en el ángulo de la mesa, dominaba todo el espacio y se cernía sobre ella como una amenaza. Levantó la vista hacia él y amusgó los ojos mientras buscaba alguna pista que aclarase las intenciones de Nick. Estaba segura de que ya tenía una estrategia definida para la empresa. ¿Dónde encajaba ella en esos planes?

Necesitaba ese trabajo. Había solicitado una hipoteca y, por primera vez, había logrado un verdadero hogar para Jason y ella. Necesitaba ese puesto más que nunca. Aristos no había sido un jefe fácil, pero la posibilidad que le había facilitado su trabajo para abandonar un angosto apartamento e instalarse en una auténtica casa con un patio había valido la pena, incluso por encima de todas las críticas de su antiguo jefe. Ahora que Nick sería el nuevo jefe, ¿qué criticaría?

—Está bien. Estoy al cargo del área financiera del Grupo Xenophon. Llevo cerca de dos años en la empresa, pero no he ocupado este puesto desde el principio.

—No —Nick silenció el bolígrafo—. Eso fue lo que comentó Sofía. Empezaste en la recepción, ¿no es cierto?

Antes de que respondiera, notó el monótono tamborileo del bolígrafo una vez más y frunció el ceño. Si quería sacarla de quicio, estaba en el buen camino.

—Pero, entonces, ¿se marcharon los dos contables anteriores…? —la pregunta se leía nítida en sus ojos—. ¿No estaban a la altura?

—Lo siento, pero tu tío no era un hombre fácil —ella sacudió la cabeza—. Era un jefe muy exigente.

—Mi tío empezó de la nada y ha creado un imperio inmobiliario que vale millones —dijo—. Es lógico que exigiera mucho a todos sus empleados.

—Eso fue lo que hizo, desde luego. Y recibió mucho a cambio. Pero era un jefe muy difícil. A veces, resultaba imposible. Siempre que estaba en la oficina, gritaba. En ambos casos se trataba de dos buenos contables, pero Aristos los abroncaba continuamente por cualquier motivo. Creo que no se fiaba de ellos. Y, sencillamente se hartaron. Al final dejaron el puesto. El segundo sólo aguantó tres meses. Alguien tenía que cubrir esa vacante de inmediato y Sofía se ofreció para la recepción si yo me ocupaba del cargo. Había ayudado en el pasado y no me pareció gran cosa.

—¿Y Aristos no buscó otro contable? ¿Por qué colocaría a una recepcionista en un puesto de tanta responsabilidad?

—Quizás se deba a que soy buena en mi trabajo —replicó, enfurecida, pero su respuesta no convenció a Nick—. Si te sirve de consuelo, creo que Aristos también se llevó una sorpresa. Quería poner otro anuncio, pero la agencia de empleo indicó que no resultaría sencillo encontrar a la persona idónea. Obviamente, estaban al tanto de las dificultades del puesto. Y aquí las cosas iban bien. Estaba estudiando por las noches para diplomarme en administración de empresas y eso tranquilizó a tu tío.

«Además, así se ahorraba el sueldo del contable», pensó Alex. Si había algo que Aristos disfrutaba más que gritar sus órdenes, había sido una buena ganga. Y con ella había conseguido una contable a buen precio, pese al aumento que le había ofrecido de mala gana sobre la nómina anterior de recepcionista.

—Es curioso, pero no recuerdo que la joven Alexandra que conocí quisiera dedicarse con tanto afán a la contabilidad —señaló Nick.

Alex se puso rígida. Se había relajado un poco mientras hablaban del trabajo y del presente. Pero ahora se había visto transportada de nuevo al pasado. Un pasado del que habría preferido desentenderse en ese momento.

—Es gracioso, pero no me considero una loca de los números —replicó, ajena a la oscura mirada de Nick—. Además, no creo que por entonces supiera exactamente lo que quería.

No había sabido, desde luego, qué había necesitado por

entonces. No había tenido la menor idea de que tendría que ocuparse de un crío y que eso le impediría finalizar sus estudios hasta varios años más tarde. Nunca había imaginado lo duro que resultaría dividirse entre el cuidado de su hijo, un trabajo de jornada completa y los estudios nocturnos. Y nunca había sabido que sería tan duro ganar dinero suficiente para pagar una hipoteca por un envejecido chalet de dos habitaciones en los suburbios.

Nick golpeó con fuerza la mesa con el bolígrafo y sacó a Alex de sus ensoñaciones. —¿Y Aristos no te gritaba?

Ella se rió apenas, aliviada de que hubiera retomado su pasado inmediato.

—Claro que me gritaba. Gritaba a todo el mundo, incluso a Sofía. Pero era un genio en su trabajo. Aprendí mucho junto a él.

Era cierto. Quizás le hubiera resultado insoportable, igual que había ocurrido con los anteriores empleados, pero ella había tenido una necesidad económica más acuciante. Y la experiencia también había sido un aliciente. Unos años más en ese puesto y podría diplomarse. Entonces buscaría un empleo mejor pagado. Aristos le había ofrecido una oportunidad y no la había desaprovechado. Pese a todos sus defectos, Alex se sentía en deuda con él.

Pero Aristos había fallecido y ahora se enfrentaba a su sobrino. Y todavía no le había dado el pésame a Nick.

—Supongo que la noticia de la muerte de tu tío sería toda una conmoción. Lo siento…

Miró a Alex un instante, pero parecía que estuviera cegado. Entonces estampó el bolígrafo sobre la mesa al tiempo que tiraba de su cuerpo y se alejaba. Caminó unos pasos mientras se frotaba la nuca con una mano.

Fue un golpe muy duro pero nada comparado con lo que está pasando Sofía. Perdió a su madre hace una década a causa de un cáncer y ahora, su padre. Ha sido tan repentino…

Suspiró y, por un momento, pareció tan perdido en sus propios pensamientos que Alex pensó que había algo más que compasión hacia su prima en esa afirmación.

Se volvió hacia ella y clavó en Alex esos ojos negros, insondables.

—Mi madre, Helena, era hermanastra de Aristos. Murió hace poco más de seis años. Aristos y mi padre fueron como hermanos

mientras vivieron, pero yo nunca llegué a conocerlo muy a fondo.

Alex tragó saliva. Nunca había conocido a sus padres, pero había oído más que suficiente acerca de su padre como para temerlo. El hecho de que estuviera emparentado, debido a su matrimonio, con Aristos no le sorprendió.

Pese a todo habían sido los padres de Nick. «Los abuelos de Jason», pensó Alex. Y ahora ya no tendría la oportunidad de conocerlos. Un sentimiento de culpa se afianzó en lo más profundo de su corazón.

¿Cuándo dejaría de pagar por una decisión que había tomado tanto tiempo atrás? Una decisión que sabía que había sido correcta.

—Tus padres… no sabía que… —sacudió la cabeza—.

¿Qué le ocurrió a tu padre?

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó molesto por esa intromisión en su intimidad, pero suavizó el tono de su voz—. Hará unos dos años sufrió un accidente. Su coche cayó al agua desde un puente. Se ahogó antes de que pudieran sacarlo.

—Eso es terrible —dijo Alex.

Durante sus vacaciones en Creta, los padres de ambos habían estado vivos. Habían pasado menos de nueve años, pero Nick ya había perdido a sus progenitores. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que ella sufriera ese mismo golpe del destino?

Había coincidido con ellos en Navidades cuando planeaban un viaje a la largo del país, desde Perth, para visitarla. Pero todavía faltaban varias semanas para ese día. Telefonearía esa misma noche. La idea de que un día desaparecieran para siempre… era inimaginable.

Esa terrible soledad… Aspiró el aire con fuerza. Igual que había hecho en incontables ocasiones, agradeció a su buena estrella que su hermana Tilly hubiera decidido instalarse en Sydney mientras se especializaba como técnico en la planificación de bodas. Al menos contaba con parte de su familia en la ciudad. Consciente de sus esfuerzos para que le llegara el dinero a fin de mes sabía que contaba con una persona en la que apoyarse y que le ofrecería su aliento si las cosas se torcían. Sofía no contaba con nadie. Y Nick al parecer, tampoco.

—Lo lamento en el alma —confesó—. No sabía nada.

Nick se quedó quieto y apoyó ambas manos en el respaldo de la

silla. Expulsó el aire de los pulmones en un largo suspiro.

—En cierto modo creo que fue un alivio para mi padre. Había perdido las ganas de vivir años atrás, después de la muerte de Stavros.

En sus ojos se reflejaba el dolor por esa pérdida tan trágica. Al levantar la vista y encontrarse con la mirada de Alex se produjo una conexión entre ellos.

Estaba segura de que Nick lo recordaba.

Había sido la última vez que habían hablado. Había telefoneado, arrebatada. Después de varios meses en los que había ocultado la verdad, finalmente había abrazado a su hijo y había comprendido que pese a las poderosas razones que desaconsejaban que diera ese paso, tenía que hacerlo. Nick tenía que saber que había sido padre. Tenía que conocer a su hijo.

Sólo que, cuando había logrado ponerse en contacto con la casa de Nick, había descubierto que la familia estaba de luto debido a la muerte del hijo mayor. ¿Cómo hubiera podido ofrecerle sus condolencias por la muerte de su hermano y, a continuación, felicitarlo por su reciente paternidad? ¿Cómo se lanzaba una noticia así en una familia desconsolada que desconocía esa relación? ¿Cómo esperaría que abrazasen esa nueva rama de la familia después de lo que había ocurrido? Hubiera sido impensable en esas circunstancias.

Segura de que nadie en la familia de Nick hubiera creído su palabra y que la noticia no hubiera sido bien recibida, Alex había colgado el teléfono. Había guardado el secreto en la intimidad, consciente de que nunca volvería a encontrarse con Nick.

Habían asesinado a Stavros. Nick se había convertido en el heredero de la fortuna familiar y había resultado obvio que nunca tendría un futuro a su lado, ni ella ni su hijo recién nacido.

Alex sintió un escalofrío. Tendría que comprobar el termostato de la pared, pero lo haría más tarde. Una vez que Nick hubiera salido del despacho y se alejase por completo de ella.

Nick guiñó los ojos hasta que centellearon y se irguió detrás de la silla.

—Algo te asustó, ¿verdad? ¿Fue la razón para que no contestaras mis llamadas después de aquello?

Esas palabras arponearon su conciencia hasta lugares recónditos

de los que hubiera preferido mantenerse alejada. Una cosa era tener la certeza de que había obrado correctamente. Otra, completamente distinta, sería explicárselo a Nick.

—Nick, no creo que sea una buena idea remover ese asunto. Pertenece al pasado. Ése es su sitio —señaló Alex

—No. Creo que, al menos, me merezco una explicación.

Alex se tensó en la silla. Fuera cual fuera la relación que hubieran tenido en el pasado habían pasado casi nueve años y, sin embargo, ahí estaba, en carne y hueso, dispuesto a sonsacarle los motivos de su huida. ¡Era típico de la vanidad masculina! Y qué poco importaba a esas alturas.

—Dejémoslo…

—¿Había otro hombre? —se fijó en la mano izquierda de Alex —. Veo que no estás casada pero, ¿conociste a otra persona?

—Mira, eso no tiene importancia…

—Así que hubo otro hombre. ¿Qué otra razón habrías tenido para desaparecer de ese modo? Intenté localizarte. Te escribí.

—Nos mudamos…

—Yo, no. Sabías cómo encontrarme —la acusación ensombrecía su mirada—. ¿Por qué no contestaste nunca a mis llamadas? ¿Por qué nunca te tomaste un minuto para mandarme una nota? Salvo que estuvieras demasiado ocupada en la cama de otro hombre, desde luego.

Encolerizada, Alex se incorporó hecha una furia. Llevaba demasiado tiempo mirándolo desde abajo. Y estaba harta de escuchar esas calumnias.

—¡Ya está bien, Nick!

—¡Exijo una explicación de lo que ocurrió!

Alex clavó su mirada en él y, en ese momento, se preguntó cómo había supuesto que alguna vez había amado a ese hombre.

—Maduré —dijo—. Fin de la historia.

—No me extraña que nunca te hayas casado, visto el modo en que te comportas con los hombres. Si quieres mi consejo…

Alex cerró los puños en un gesto de rabia

—De hecho —interrumpió—, no me interesan tus consejos. Y no los necesito. Y, puesto que parece que tú tampoco estás casado, ¿crees que estás en condiciones de aconsejarme?

En ese instante pareció que el rostro de Nick se hubiera tallado

en cemento. Su cara era una sucesión de ángulos cortantes y afilados. Alex sabía que estaba reprimiendo la ira que bullía en su interior.

¡Bravo por él! Ella también estaba furiosa. ¿Cómo se atrevía a pensar que podía regresar a su vida y criticarla con tanta crudeza?

—Has cambiado, Alexandra —anunció con una mueca—. Sigues igual de guapa que entonces. De hecho, estás más atractiva que nunca. Pero ya no eres la misma.

«He tenido que hacerlo», pensó Alex. Pero mantuvo la compostura y continuó firme. No permitiría que le afectaran sus comentarios acerca de su aspecto físico. No dejaría que eso se interpusiera en su camino.

Aspiró el aire con cierta agitación y luchó para que su tono recuperase la normalidad.

—Márchate, por favor. Tengo mucho trabajo.

Nick permaneció en el sitio y dejó claro que no estaba dispuesto a acceder a esa petición. Si quería que saliera de su despacho tendría que obligarlo en persona.

—Te acompañaré hasta la puerta —dijo y rodeó la mesa.

Había una distancia de cuatro pasos entre ellos y Alex había calculado mentalmente el riesgo. Era imposible que se acercasen más. En un momento estaría a salvo, detrás de la puerta abierta, indicándole la salida, y su despacho recobraría un poco de paz.

A mitad de camino, la mano de Nick sujetó su brazo y detuvo el curso de sus pasos. El apretón quemaba su piel y la mano de Nick resultaba tan grande sobre su antebrazo que su corazón se aceleró. Ya había experimentado ese contacto en el pasado, la fuerza y, al mismo tiempo, la ternura que acompañaban ese gesto. Pero ahora no había ni rastro de esa ternura. Sólo sintió ira y su corazón se desbocó mientras la adrenalina corría por sus venas.

—Alexandra —susurró, entre la exigencia y la súplica.

Ella cerró los ojos un momento y luchó para que no le afectase el sonido de su propio nombre en los labios de Nick.

—Déjame —replicó con un tono tan sereno y equilibrado que le infundió fuerzas.

Pero Nick no la soltó. En vez de sujetarla, tiró de ella para obligarla a acercarse. Estaban tan próximos que Alex aspiró el sutil aroma de su colonia, el débil recuerdo del café en su aliento. Y todo

se mezclaba con ese olor inconfundible de hombre. Un hombre enojado y furioso.

—¿Alexandra?

Seguía firmemente sujeta por el codo cuando levantó la vista y lo miró a los ojos. El aire quedó prendido en su garganta cuando la ira dejó paso a algo diferente. Algo más oscuro y mucho más peligroso.

En ese instante soltó su brazo y, libre de la presión, perdió el equilibrio. Alex se sostuvo sobre los tacones hasta que se vio empujada hacia él sin el menor tacto.

El impacto contra su pecho era igual que un choque frontal contra una roca. Pero resultaba más suave, más cálido y muy familiar. Aguantó la respiración mientras todos sus sentidos se alteraban ante la cercanía de tanta masculinidad. Algo en el fondo de su cabeza certificó que Nick no había cambiado mucho. Notaba que se sentía en sus brazos igual que entonces. Quizás hubiera ensanchado un poco, pero estaba tal y como lo había imaginado cuando en sus noches de insomnio había pensado en el.

¡Sólo que esa situación era un error funesto!

—¡Suéltame! —exclamó y trató de zafarse de su abrazo.

Pero los brazos de Nick rodearon su cuerpo como serpientes y afianzaron su posición.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —levantó la cara para mirarlo—. Esto es acoso. Esta clase de tácticas prehistóricas no te servirán de nada aquí.

—¿Acoso? —repitió en tono de burla con un destello irónico en la mirada.

Un destello muy desagradable que Alex advirtió. Al parecer, la vida había amargado a Nick. Entonces comprendió que estaba moviéndose, balanceándose muy despacio, y que sus dedos acariciaban su espalda mientras la presión de sus brazos se mantenía. Era un movimiento amable, balsámico y extrañamente sensual.

—A duras penas sería acoso —prosiguió Nick—. ¿Ya has olvidado nuestra relación? Sólo estamos abrazándonos y quizás nos besemos, por los viejos tiempos.

Todas las alarmas se dispararon en su cabeza. Bajo ningún concepto dejaría que la besara. No podía decirlo en serio.

Finalmente, apoyó ambas manos en el torso de Nick y empujó con todas sus fuerzas.

—No tengo la menor intención de que celebremos nada por los viejos tiempos.

Seguramente apreció algo extraño en su expresión porque su mirada cambió, dejó de moverse y liberó a Alex con cierta brusquedad. Ella se apartó antes de que cambiara de opinión. Su respiración era agitada, convulsa. Agarró con fuerza el pomo de la puerta, lo giró y abrió la puerta de par en par para Nick.

Se quedó quieto un instante y respiró hondo un par de veces. Avanzó hacia la puerta y se acercó tanto a ella que temió que fuera a besarla de todas formas.

—Hubo un tiempo en que habrías implorado que te besara, una y otra vez —dijo.

Alex echó los hombros hacia atrás y procuró mirarlo a la cara, si bien medía cerca de doce centímetros más que ella.

—Los tiempos han cambiado.

Alargó la mano y ella se estremeció, pero los dedos se movieron hacia un lado de su cara y colocaron detrás de la oreja un mechón de pelo suelto. Ella tragó saliva, paralizada, mientras trazaban la curva de la mejilla hasta que sujetó con delicada firmeza su barbilla entre el índice y el pulgar.

—Pues me temo que no han mejorado.

Quitó la mano mientras ella buscaba una salida honrosa.

—Yo… prepararé algunos balances de cuentas de resultados. Supongo que querrás organizarlo todo lo antes posible para volver a Grecia en el menor plazo posible.

Alex habría jurado que había esbozado una sonrisa. Pero una sonrisa que no había tenido su reflejo en la mirada.

—¿Quién ha dicho que quiera volverme a Grecia? Quizás decida quedarme los seis meses que Aristos me pedía.

Después se alejó de una vez por todas. Alex cerró la puerta y se desplomó contra el marco. Todavía no eran las once de la mañana y estaba tan exhausta como si hubiera corrido una maratón.

¿Cómo sobreviviría a ese estado de ansiedad durante seis meses?

Capítulo 4

ALEX se quedó en la banda, aferrada a su cámara de treinta y ocho milímetros, a la espera de que el entrenador diera los últimos consejos al equipo. Se alegraba de que Sofía hubiera elegido esa tarde en particular para enseñarle a Nick algunas de las propiedades de la empresa, permitiéndole así que se escabullera una hora antes totalmente desapercibida.

Después de una jornada emocionalmente agotadora. Alex necesitaba más que nunca la compañía de su hijo. Se trataba de su noche, solos ella y Jason, sin clases ni deberes que interfiriesen. Por el momento, preferiría mantenerlo en secreto.

Expulsó el aire despacio, desentumeció los hombros y procuró liberarse de la tensión acumulada a lo largo del día antes de colocar la tapa en el objetivo de la cámara. Había tirado suficientes fotos para completar otra página en el álbum. Guardaba los álbumes y las cintas de vídeo en las que había grabado cada acontecimiento en la vida de Jason.

Unos documentos que tenía la intención de mostrarle algún día a su padre.

Sólo que su padre estaba allí.

¿Cómo diablos se suponía que iba a enfrentarse a esa situación? Tendría que encontrar la manera de sobrellevar la presencia de Nick en la oficina. Tan sólo en el primer día había soportado una tensión tan sofocante que sería muy difícil pensar que pudieran trabajar a gusto como simples compañeros. Y eso no ocurriría mientras ese gran secreto pendiera sobre sus cabezas.

Sabía que tendría que contarle la verdad si alguna vez veía esos álbumes de fotos y las cintas de vídeo. Pero todo era demasiado complicado. No podía, sencillamente, decirle que tenía un hijo.

Tendría que explicarle por qué no se lo había contado desde el primer momento, por qué no le había contado que se había quedado embarazada y que había tenido un hijo suyo.

Y no existía una manera sencilla de hacerlo.

Pero sabía que cuanto más se alargase la estancia de Nick aumentarían las posibilidades de que descubriese la existencia de Jason. Y cuando supiese que había tenido un hijo… ¿cuánto tiempo pasaría antes de que descubriese toda la verdad?

Su corazón se sobresaltó ante esa idea. Quizás cupiese la posibilidad de que Nick no reparase en el parecido físico. Los parientes cercanos a veces no distinguían esas cosas, ¿no? Después de todo, la gente aseguraba que Jason era inequívocamente suyo, pese al pelo y los ojos negros. Algo que ella misma no tenía nada claro. ¿Quizás Nick fuera de la misma opinión que el resto?

Miró con atención el corro de jugadores. Jason atendía muy concentrado las explicaciones del entrenador con la cabeza inclinada hacia un lado, la mirada oscura y muy intensa. Alex sintió un escalofrío mientras lo miraba.

Su hijo escuchaba las explicaciones con actitud firme. Era una réplica en miniatura de Nick. Alex respiró hondo y procuró calmarse.

Había estado engañándose. Era imposible que Nick ignorase el parecido. Alex suspiró. Eso sólo le dejaba una alternativa. No sería fácil, pero tendría que hacerlo lo antes posible.

El grupo de chavales se rompió, Jason se volvió y saludó con la mano. Entonces corrió hacia ella con una sonrisa en los labios y se abrazó contra su pecho, desplazándola un poco en su impetuosa acción. Alex aspiró el aroma cálido de su hijo, mezclado con el olor de la hierba y la tierra húmeda, y se extasió con su risa mientras el niño se agarraba a su cuello y giraban sobre sí mismos.

—¡Pizza! —chilló Jason.

Alex rió y se incorporó, tomando su mano mientras se dirigían al coche.

—Confío en que hayas pensado un poco en el fútbol mientras has estado en el campo, además de decidir lo que quieres para la cena —apuntó Alex.

—Sí —asintió, tirando de ella—. Un poco.

Después de cuatro porciones de pizza, Jason bajó un poco el

ritmo. Estiró el brazo tras un momento de duda, tomó el refresco y bebió un sorbo muy largo.

—¿Tú sabes pescar, mamá?

Alex parpadeó y dejó la porción de pizza en la mesa. El local era muy ruidoso y no estaba segura de que hubiera entendido bien la pregunta de Jason.

—¿Te refieres a la pesca con caña y sedal?

Jason asintió y estudió las porciones que quedaban antes de decidirse por el trozo que tenía más aceitunas, pese a que estaba en el extremo opuesto.

—Tengo bastante experiencia, desde luego.

—Eso pensaba —señaló mientras se concentraba en el siguiente bocado—. Yo les dije que podías hacer cualquier cosa, pero insistieron en que no podía ir con ellos.

¿A quién? ¿Y dónde un puedes ir?— preguntó Alex, halagada por el hecho de que Jason tuviera tanta confianza en ella.

—Matt y Jack. Se van a pescar el fin de semana con sus padres. Me dijeron que podría haberlos acompañado, pero que eras una chica y no sabrías pescar.

—Es una lástima —señaló, sintiéndose algo desplazada—. ¿Te apetecía irte con ellos?

—Supongo. En realidad, la acampada parecía la parte más divertida.

—¡Ya! —exclamó, consciente de los motivos por los que no sería bien recibida en el grupo—. Ya sé por qué no quieren que vayamos con ellos.

—¿Por qué?

—Bueno —sonrió—, ¿cómo se sentirían cuando vieran que habíamos atrapado todos los peces?

—Ya lo sabía —se reclinó en la silla y observó con interés decreciente las porciones que quedaban en la caja—. Yo les dije que les habría dado lo mismo si tuviera un padre porque habríamos pescado más que nadie en cualquier caso.

Entonces eructó con fuerza, se tapó la boca con las dos manos y sufrió un ataque de risa. Alex también se rió, pero las palabras de Jason se clavaron en su corazón como una estaca. Notó cómo las lágrimas afluían a sus ojos.

Achacó esa reacción involuntaria a la conmoción del momento

mientras se secaba con el dorso de la mano y fingía que lloraba de risa. Era lógico que estuviera muy sensibilizada tras la muerte de Aristos y la inesperada llegada de Nick. ¿Qué otra razón justificaría que estuviera llorando sobre la porción de pizza durante la cena?

Pero, pese a lo que quisiera creer, sabía que había algo más detrás de esas lágrimas. Recordó una vez más que, pese a sus esfuerzos para proporcionarle a Jason la estabilidad necesaria para que creciese en un ambiente feliz, habría momentos en los que no sería capaz de desdoblarse en la doble función de padre y madre.

Nick decidió que tenía que tratarse del desfase horario.

¿Qué otra razón explicaría la insensibilidad de sus piernas y que sintiera el cuerpo tan tenso y aletargado? Apenas llevaba recorridos tres kilómetros a lo largo de la playa y estaba claro que no cubriría sus diez kilómetros de cada día. Había perdido el ritmo, carecía de potencia y respiraba con dificultad.

Y, sin embargo, necesitaba el ejercicio. Necesitaba despejarse después de que su capacidad de discernimiento se hubiera visto enturbiada por el cambio horario, el salto al hemisferio sur y una chica que tendría que haber olvidado muchos años atrás.

¿A quién quería engañar? Ya no se trataba de ninguna chica. Una sola caricia había confirmado ese punto. Se quedó sin aire, tosió y sufrió una leve taquicardia. Maldijo su suerte, pateó la arena con un pie y las gaviotas se dispersaron en el cielo azul.

Sentía la garganta irritada. Necesitaba una cura de sueño. Sin embargo, la noche anterior había soportado una serie de visiones en las que una adolescente de largas piernas, sentada con las piernas cruzadas le sonreía en medio de un campo de flores amarillas mientras su larga melena rubia adquiría una cierta cualidad líquida, mecida por una suave brisa primaveral.

Se había mostrado nerviosa. Pero había acudido a su encuentro decidida, consciente de que se trataba de su último día juntos y la timidez se había desvanecido bajo el manto de sus caricias. Y habían alcanzado en perfecta comunión un lugar que siempre compartirían.

O, al menos , eso había creído Nick. Quizás hubiera mal interpretado las señales. A tenor de la actitud de Alexandra, estaba claro que no quería compartir su tiempo con él. Esbozó una sonrisa.

¡Menuda cara había puesto cuando había sugerido que quizás

permaneciese en Australia! Era obvio que no veía el día en que saliera de su vida para siempre. Tampoco sabía por qué lo había dicho. No tenía la menor intención de quedarse. Si bien estaba claro que Sofía era muy partidaria de tenerlo por allí una temporada.

«Quizás debería quedarme», pensó.

Por el momento, Dimitri le había asegurado que todo estaba controlado en la oficina de Atenas y sabía que Sofía necesitaba su ayuda. Quizás no fuese tan pesado como había imaginado en un principio. En algún momento a lo largo de los años Sofía se había transformado en una belleza de pelo negro. Puede que le hiciera bien quedarse una temporada hasta que su prima hubiera asumido su pérdida.

Una tímida sonrisa se dibujó en sus labios mientras cristalizaba otro motivo para quedarse. Había algo sumamente satisfactorio en la idea de que Alexandra creyera que no se libraría de él tan fácilmente.

Pero eso, en el fondo, era una insensatez. No tenía ninguna cuenta pendiente con ella. Había viajado hasta allí para asegurarse de que el negocio de la familia funcionaba y encaraba un futuro próspero. Y tendría que reflexionar acerca del papel que jugaría ella en esa operación.

Si quería que la empresa quedase en buenas manos tendría que asegurarse de que había una persona muy capacitada en el área financiera. ¿Acaso una recepcionista reconvertida a contable estaría a la altura? Lo dudaba. Sería mejor que buscase una persona cualificada para el puesto y dejase que ella se marchara. Claro que, hasta el momento, las agencias de empleo no habían tenido mucho éxito.

Quizás fuera más sensato que hiciese venir a Dimitri desde Grecia. Él establecería el perfil idóneo para el puesto y encontrarían a la persona adecuada.

Las gaviotas sobrevolaron su cabeza, un nadador solitario se arrastró fuera del agua mientras se sacudía el cuerpo y las gotas de agua se dispersaron como una lluvia fina de diamantes sobre la superficie poco profunda.

Un baño. Quizás fuera eso lo que necesitaba para aclararse las ideas y sacudirse esa terrible pereza que atenazaba todo su cuerpo. Estaba claro que la carrera no había logrado su objetivo. Se dio la

vuelta y deshizo el camino a la largo de la playa.

—Es muy guapo, ¿no te parece?

Alex levantó la vista de la pantalla del ordenador mientras redactaba una carta.

—¿A quién te refieres? —preguntó con aire inocente y la expresión serena mientras guardaba el archivo.

Pero Sofía estaba demasiado ocupada cerrando la puerta y no había notado nada. Agarró una de las sillas y se arrimó a la mesa. Después se agachó en un gesto cómplice, apoyó ambos codos sobre el escritorio y descansó la barbilla sobre las manos. Sonreía de oreja a oreja.

—A Nick, tonta. ¿A quién más podría referirme?

Alex sonrió con cierta indulgencia. Si bien esa palabra nunca acudía a su mente cada vez que pensaba en Nick, estaba claro que Sofía se refería a él. Además de ellas dos, la oficina sólo había contratado a otra mujer, a media jornada, para que se ocupase del teléfono y un anciano en el área de mantenimiento.

—¡Ah. Él! —fingió sorpresa—. Sí, claro. No está mal.

Era bastante fácil seguirle el juego. Sofía estaba más radiante que nunca desde la muerte de su padre. Si la presencia de Nick ejercía esa influencia tan positiva sobre ella, entonces algo bueno sacarían de su inesperada visita. Sofía se había quedado sola y merecía ese apoyo.

—Creo que yo le gusto —aventuró.

Alex notó cómo se le secaba la garganta. «Oh, por favor, no quiero oírlo», pensó.

Pero forzó una sonrisa neutra.

—Claro que le gustas. Eres su prima. Y eres un encanto. ¿Por qué no ibas a gustarle?

—No, creo que no lo entiendes —negó con la cabeza—. Quiero decir que le gusto. Ya sabes, creo que es bastante serio.

—Eso es… estupendo.

Alex no sabía qué más esperaría de ella. Miró a la joven que tenía sentada enfrente. En sus ojos negros ardía la llama de la esperanza, enmarcados en un rostro maquillado al milímetro, y esas imposibles uñas postizas tenían el mismo color que sus labios carmesí.

Sofía nunca había vivido una gran historia de amor con un chico y era bastante lógico. La figura dominante de su padre había alejado a todos los pretendientes que habían osado acercarse a su hija con un simple bramido. Una actitud que habría comprendido si hubiera buscado el bienestar de Sofía. Pero Alex sospechaba que su padre sólo había tenido en mente el futuro de la compañía. Quienquiera que se casara con su hija y única heredera se beneficiaría de los frutos del trabajo de Aristos. ¿Cómo permitiría que cualquiera recibiese una recompensa semejante?

Y entonces había aparecido Nick, bendecido por su padre, y por primera vez en toda su vida Sofía se había sentido una ganadora.

Sofía y Nick. ¿Por qué le parecía un emparejamiento tan extraño? Al fin y al cabo, Alex no tenía ningún derecho sobre ese hombre.

—Me preguntaba —dijo Sofía— si podrías ayudarme mientras está fuera, entrevistándose con los inquilinos. Ladeó la cabeza y los pendientes dorados de doble aro tintinearon.

—Puesto que sois viejos amigos y lo conoces mucho mejor que yo —añadió.

—Te has llevado una impresión errónea —Alex sacudió la cabeza—. Ha pasado mucho tiempo desde entonces.

—Pero la última vez que nos vimos tenía seis años y apenas se fijó en mí. Aunque ya entonces pensaba que era muy atractivo. He pensado que quizás tuvieras alguna idea de sus gustos, ya sabes. Supongo que hablaríais de esas cosas cuando coincidisteis en Creta. ¿Qué hicisteis por allí, exactamente?

Alex exhaló el aire con tanta violencia que se atragantó. ¿Qué pensaría Sofía si le dijese la verdad? Había perdido la virginidad con él y había alcanzado el séptimo cielo. Pero esa información era irrelevante, de momento, para Sofía. Y tampoco ella necesitaba recordarlo. Además, habían hecho otras muchas cosas en Creta. Pero le resultaba difícil recordarlas en ese momento. Ahora que Nick estaba allí. Se humedeció los labios y ganó un poco de tiempo.

—Ya sabes, las cosas típicas en un lugar así. Visitamos las ruinas y los museos. Acuérdate que por aquel entonces, Nick estudiaba arqueología. Seguro que todavía le interesa el tema. ¿Por qué no se lo preguntas? —Sí, supongo —Sofía arrugó la nariz—. Pero no tenía eso en mente, precisamente.

Jugueteó con los brazaletes y después se miró las uñas.

—No sé, ¿tiene un color preferido o algo así? —preguntó.

Alex esbozó una sonrisa y se remontó a los días pasados en Creta junto a Nick

Sostenía su cara entre sus manos, los labios pegados a su boca, y la brisa marina acariciaba su larga melena rubia que flotaba alrededor de ellos dos.

Recordó cómo Nick había comparado el color de sus ojos con el azul profundo del océano y el azul infinito de cielo abierto.

Sacudió la cabeza antes de que su memoria precipitara su ánimo en el recuerdo del cálido beso que había cerrado esa escena.

—Azul —dijo.

—¡Estupendo! —Sofía miró la hora—. Necesito comprarme algo. Esta noche cenamos juntos y creo que necesito algo menos tétrico.

Sofía hizo una pausa, apretó los labios y sus ojos se humedecieron.

—Resulta muy duro tenerlo tan presente a todas horas —añadió.

—Estoy segura. Seguro que te sienta muy bien irte de compras. Pero, ¿quieres que te traiga algo antes de marcharte?

Sofía se sonó y se secó los ojos con un pañuelo de papel.

—No, estoy bien. Tengo que irme. Nick y yo tenemos mucho trabajo pendiente. Ya sabes cómo funciona todo esto —se levantó, caminó hacia la puerta pero, a mitad de camino, se detuvo y se dio media vuelta—. Me preguntó si nos acompañarías, pero le dije que no encontrarías un canguro en tan poco tiempo. Me pareció que no sabía que tienes un hijo. ¿No se lo has dicho?

«Entonces, lo sabe», pensó alarmada.

La sangre se congeló en sus venas, pero articuló una respuesta de compromiso.

—¡Ah, no! Todavía no. No hemos tenido mucho tiempo para ponernos al día, la verdad.

Sofía sorbió de nuevo, se encogió de hombros y salió del despacho. Alex permaneció en la silla, conmocionada. Apenas tomaba aire y su cabeza era un torbellino.

Nick ya lo sabía. Pero, ¿qué le había contado Sofía exactamente? Nunca había demostrado un gran interés por los niños ni por Jason. ¿Qué le habría revelado? Quizás no fuera demasiado tarde, después

de todo.

Retomó el trabajo y terminó la redacción de la carta antes de imprimirla. Leyó el texto una vez más y asintió, satisfecha. Era perfecta. Sólo necesitaba la firma.

Hacía lo correcto. Estaba segura.

Firmó la carta y cerró el sobre, listo para dejarlo en el despacho de Nick antes de que regresara de su reunión con los inquilinos.

Respiró hondo y, al notarse la boca seca, tomó el vaso de agua. Estaba vacío. Hizo una parada en la pequeña cocina de la oficina para llenarlo y dejó el sobre a un lado mientras se servía el agua mineral. Estaba de espaldas a la puerta cuando sintió una presencia. Algo no iba bien.

Notó cómo se le erizaba el vello de la nuca mientras crecía el ritmo de los latidos de su corazón de un modo irregular. Una sensación conocida invadió su ánimo. Estaba asustada. Se giró muy deprisa, consciente de esa presencia antes de que se manifestara mediante algún ruido.

—¡Nick! —el agua rebasó el borde del vaso, pero Alex no se inmutó por eso—. Me has asustado.

Nick estaba apoyado en el marco de la puerta con las manos en los bolsillos. Era curioso que, incluso en una actitud tan informal, proyectase una imagen tan masculina. Estaba relajado, cómodo y… al acecho. Se apartó muy despacio de la puerta y se acercó. Era imposible que Alex supiera lo que estaba pensando. Sus ojos negros eran insondables. Se paró a menos de dos pasos de ella y ocupó todo el espacio de la minúscula cocina. Ella tragó saliva. Mientras Nick se movía, ella se había quedado clavada en el sitio con el vaso rebosante de agua en la mano. No era una gran defensa, pero se sentía más cómoda así. Ojalá que dejara de temblarle el pulso.

—Sofía me acompañó ayer en una visita guiada por nuestras propiedades —dijo.

—Sí, eso he oído.

—Hay una buena cartera —señaló—. Me impresionó la calidad de los terrenos.

—Eso está bien.

Alex se estremeció ante la parquedad de sus respuestas pero, ¿cómo iba a concentrarse con Nick tan cerca? Era lo único que podía hacer si no quería que le temblara la mano y se derramase el

agua.

—Supongo que se requiere un buen manejo de la contabilidad para llevarlo todo en regla y tenerlo al día —apuntó.

—No es para tanto —replicó, atenta al vaso y concentrada para que no se derramase—. Una vez que se han instalado los programas adecuados…

Pero, ¿qué estaba haciendo? Si Nick había insinuado que no estaba preparada para ese trabajo convendría que estuviera de acuerdo con él. Levantó la vista con brusquedad para mirarlo directamente a los ojos.

—De hecho, tienes razón. Es muy complica…

Nick retrocedió antes de que el agua impactara en su pecho y Alex comprendió que su repentino cambio había desestabilizado todo su cuerpo.

Pese a la rápida acción evasiva de Nick, el agua había aterrizado a sus pies y algunas gotas habían salpicado los lustrosos zapatos italianos de cuero negro. En un segundo, Nick le quitó el vaso de la mano y lo dejó junto a la carta mientras Alex se quedaba muda de asombro.

—Estás muy nerviosa. Alexandra. Ella levantó los ojos hacia él, dispuesta a disculparse, pero Nick sujetó sus hombros con ambas manos. Al instante, cada célula de su cuerpo se contrajo en un espasmo.

—¿Te pongo nerviosa?

Alex aspiró una bocanada de aire, pero el oxígeno que tanto necesitaba se mezcló con el aroma del hombre que tenía enfrente. El calor sustituyó la frialdad que había sentido. Emergieron deseos y sensaciones cálidas que había creído enterradas mucho tiempo atrás. Notó cómo se hinchaban sus pechos firmes bajo la blusa entallada y la chaqueta de diseño que había comprado en las rebajas. Sentía el roce de la tela sobre el sujetador. Y esa sensación se propagó hacia abajo, reavivando unos estímulos que había olvidado hacía tiempo.

Alex suspiró. Sabía que no tenía mucho sentido negarse a la evidencia. —Sí, supongo que sí.

Nick soltó una carcajada franca y su aliento acarició el rostro de Alex mientras dibujaba el contorno de los huesos de la clavícula con los pulgares hasta hipnotizarla. La carne hormigueaba bajo sus

dedos. Alex parpadeó varias veces. ¡Dios Santo! No había olvidado esas caricias y su cuerpo todavía respondía como antaño.

—Pero, ¿por qué iba a ponerte nerviosa, Alexandra? Sólo soy un hombre. Un hombre al que, después de todo, has conocido en la intimidad.

Algo en la manera en que expresó esa idea obligó a Alex a mirarlo a los ojos. ¿Por qué estaba jugando con ella de ese modo? Luchó para que su cuerpo no se dejara arrastrar por el tacto de sus manos, pero éste ignoró su exigencia. Después de todo había soñado con eso noche tras noche, en soledad. Añoraba la proximidad de Nick y el calor de su cuerpo. Ahora esos sueños se habían hecho, en parte, realidad y resultaba muy duro negarse ante la presión de su propio deseo.

Pero tenía que sobreponerse. Sintió los labios resecos cuando finalmente habló.

—Eso ocurrió hace mucho tiempo. Forma parte de la historia —señaló.

—Es posible. Pero, a veces, el pasado prepara el terreno para el futuro. Hubo un tiempo que nos llevamos muy bien. ¿Hay alguna razón para que eso no se repita, al menos, hasta que me marche?

—¿Cómo?

Alex se separó antes de que Nick reaccionase.

Durante unos segundos, las palabras de Nick le habían producido un inesperado placer. Por un instante había parecido que todavía abrigase algún sentimiento hacia ella. Un instante después había roto sus ilusiones.

—¿Qué sugieres, exactamente?

Se encogió de hombros y se apoyó en la alacena, cruzó las piernas a la altura de los tobillos y apoyó las manos en el mostrador, a su espalda. La actitud relajada contradecía la expresión en su cara. Apretaba la mandíbula mientras su mirada se tornaba más calculadora que nunca.

—Sólo digo que hacíamos una buena pareja. Y lo sabes. ¿Por qué no podemos disfrutar juntos? Este mundo ofrece pocas cosas además del placer.

—¿Esperas que me acueste contigo mientras estés aquí?

Nick miró con determinación a Alex, curvó los labios en un extremo y se acercó a ella.

Ella, de un modo instintivo, reculó.

—No, Alexandra. Estás totalmente equivocada. No espero que te acuestes conmigo, Prefiero que estés despierta, muy despierta. No creo que tuviéramos demasiado tiempo para dormir.

Alex sólo pudo tragar saliva mientras Nick avanzaba, paso a paso, hasta que se vio atrapada contra la nevera empotrada en el mostrador. Sólo entonces se detuvo, justo frente a ella.

—Después de todo —prosiguió—, no eres virgen. Soy testigo de eso. No estás casada y, obviamente, has tenido otras relaciones. Sofía me contó que tienes un hijo. ¿Pretendes hacerme creer que ha sido fruto de la oración?

Sintió el escozor de las lágrimas en sus ojos azules. Incluso si no sabía que ese hijo del que hablaba era suyo, no tenía excusa para expresarse de ese modo.

—Y eso te concede vía libre, ¿no? ¿Debería mostrarme impaciente ante la idea de meterme en tu cama?

Nick sostuvo su mirada mientras ceñía las manos en sus caderas. Alex se estremeció, sorprendida ante ese movimiento, y agarró los antebrazos de Nick. Intentó apartarlo, pero sus brazos eran duros como el acero y no logró moverlos.

—Sé lo que siento cada vez que te toco. Y sé cómo responde tu cuerpo. ¿Vas a decirme que no te gustaría que prolongase mis caricias?

Tiró de ella con insultante facilidad, ajeno a la pobre resistencia de Alex.

—¿Puedes asegurarme que no me deseas entre tus sábanas?

Alex notó las manos de Nick a lo largo de la espalda, atrayéndola más cerca.

Sabía que Nick estaba en lo cierto. Mantenía la misma firmeza, la misma calidez y la misma fuerza en cada contacto. Pero entonces un solo roce no había bastado. Nunca había sido suficiente. Y menos cuando había encendido la llama del deseo. No podía negar que deseaba tenerlo entre sus sábanas. ¿Acaso no había soñado con eso a lo largo de los últimos años? Pero sus relaciones íntimas nunca habían sido crueles y no permitiría que se limitara a eso en el presente.

Había demasiado en juego.

Pegada a su cara, Alex hizo acopio de toda su entereza y musitó

una respuesta.

—Te equivocas. No quiero acostarme contigo.

—Mentirosa —replicó con una sonrisa—. Tu cuerpo desmiente esas palabras.

Antes de que terminase la frase, deslizó una mano por debajo de la chaqueta y subió hasta su pecho. Alex aspiró el aire en un silbido mientras Nick rozaba con el pulgar uno de sus enardecidos pezones. Utilizó la otra mano para ceñirse a ella, de modo que su evidente erección presionara el cuerpo frágil de Alex.

—Ahora dime que no me deseas —dijo.

Sentía la boca seca mientras buscaba unas fuerzas que la habían abandonado.

—No te deseo… Así, no.

La voz trémula de Alex obligó a Nick a mirarla a la cara, incrédulo, pero no aflojó un ápice la fuerza de su sujeción.

—Nunca he querido de esta manera —añadió Alex, más segura.

Un segundo más tarde, Nick deslizó las manos fuera de la chaqueta y se encogió de hombros. Había soltado la presa, pero no había tiempo para felicitarse. Nick atacaría en cualquier momento.

—Quizás pienses así ahora. Pero, ¿te has preguntado cómo resistirías el impulso de la atracción mientras trabajemos juntos, día tras día?

Sonrió, satisfecho ante la segura victoria que había logrado con ese triunfo. Alex boqueó en busca del oxígeno que Nick le había sustraído con su proximidad.

No veo que eso sea un problema , dijo en un susurro mientras alargaba la mano, tomaba el sobre y se lo entregaba—. Creo que deberías leer esto.

—¿De qué se trata? —Nick miró el sobre con recelo.

Por primera vez desde su llegada, Alex sintió que Nick se encontraba en desventaja. Era un cambio agradable y dibujó en su rostro una sonrisa agridulce.

—Mi dimisión —dijo—. Me marcho, Nick.

Capítulo 5

NICK sostuvo el sobre cerrado en la mano, pero no apartó la mirada de Alex. Ella esperó mientras la carga de adrenalina que recorría su cuerpo en lo que suponía un golpe definitivo se evaporaba a medida que el tiempo se dilataba entre ellos. Finalmente habló con un tono bastante imperativo.

—No puedes marcharte—

—Ábrelo —instó Alex—. Léelo.

—No puedes dimitir —insistió.

—No me quieres aquí. Has dejado muy claro que no me consideras cualificada para el puesto. Bien, estás en lo cierto. Te quedarás más tranquilo si contratas a otra persona.

—No crees en lo que dices —replicó con escepticismo y ladeó la cabeza.

—¿Y qué importa lo que yo crea? —se encogió de hombros—. Te facilito las cosas y presento mi dimisión. Ahora eres libre para buscar una persona en la que confíes plenamente para este trabajo.

Nick entrecerró los ojos en un gesto calculado, peligroso y entonces, sin desviar la mirada, rasgó el sobre en dos mitades.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Alex con incredulidad mientras Nick hacía trizas el papel y tiraba los restos con un gesto de la muñeca en dirección a la papelera.

—Muy sencillo. No acepto tu renuncia. Así que te quedas

—Me marcho. Sacaré otra copia y tantas como sean necesarias —señaló.

—No te molestes —apuntó Nick—. Correrán la misma suerte.

—No puedes obligarme a quedarme —protestó.

—No hace falta. Ya te has encargado tú misma.

—¿Qué quieres decir?

—Está claro. Tienes un contrato, Alexandra. Un contrato por dos años del que sólo has cumplido seis meses. Tienes una obligación con la empresa.

—No he firmado ningún contrato contigo —espetó, enojada.

—Tienes un contrato en vigor con Empresas Xenophon y, a día de hoy, eso significa que tienes un contrato conmigo —recordó Nick.

—Pero no quieres que me quede aquí. ¿A qué viene todo esto?

—Conoces la empresa, Alexandra. Incluso cuando encontremos un contable cualificado para que ocupe tu puesto, tu experiencia resultará de mucha ayuda para labores de secretariado y… —sus ojos lanzaron un destello lascivo— otras tareas en las que requiera tus servicios.

Alex sintió que se quedaba sin aire. El pulso latía en sus venas con una violencia desatada mientras el significado oculto de sus palabras cobraba sentido.

—Supongo que es una broma —susurró en un tono tan débil que reflejaba a la perfección el estado de su alma.

—Alexandra —señaló en el mismo tono que se emplearía para explicarle a un niño alguna noción muy básica—, ya tendrías que saber que siempre hablo en serio.

Alex comprendió la gravedad de sus palabras cuando observó las facciones rígidas y tensas en el rostro de Nick, La arrogante inclinación de la mandíbula y la leve hinchazón de las aletas de la nariz reflejaban con nitidez la seriedad de esa afirmación.

¡Pero no poseía el monopolio en el arte de la severidad! Ella respiró hondo y fortaleció su ánimo, consciente de la batalla que se estaba lidiando en ese momento.

—No asumas que por el hecho de que tenga que quedarme voy a aceptar funciones que no me corresponden —dijo—. No lo haré.

Nick sonrió, se apoyó en el mostrador y retorció la correa del reloj con la mano libre en un gesto de presumible aburrimiento. El hecho de que exhibiera su buen humor sólo sirvió para que Alex se encolerizara. Haría cualquier cosa para borrarle esa estúpida sonrisa de la cara.

—¿En serio? —dijo al fin—. ¿Y cómo puedes estar tan segura?

—Porque, en el supuesto de que todavía no lo hayas notado —replicó con la barbilla altiva—, ya no soy la misma jovencita

ingenua de diecisiete años que conociste en Creta.

La sonrisa de Nick se iluminó y su mirada centelleó, presa en su cuerpo.

—Una sola mirada bastaría para que me diera cuenta de que no eres la misma persona. Pero, en todo caso, aguardo ansioso ese desafío —indicó con el brillo en la mirada de quien hubiera ganado una batalla en vez de prepararse para un nuevo asalto.

Estaba claro que Nick pensaba que sólo era una cuestión de tiempo que ella terminase acostándose en su cama. Esa insultante arrogancia bastaba para que Alex nunca cediera ante sus expectativas.

—No se trata de ningún reto, Nick. Es una certeza. No voy a acostarme contigo.

Antes de que respondiera, Alex reunió el coraje necesario y salió de la cocina con tanto ímpetu que chocó con Sofía, cargada con un montón de bolsas después de su incursión en las tiendas de moda.

—Deja que te enseñe lo que me he comprado —dijo con una enorme sonrisa, sonrojada.

En otras circunstancias, Alex no habría dispuesto de un minuto ni habría demostrado excesivo interés. Pero ese día era muy distinto. Podía permitirse esa distracción y, al mismo tiempo, se aseguraría de que Nick no la siguiera.

Exhibió una sonrisa cálida que no reflejaba sus sentimientos y acompañó a la joven hasta su despacho con cierta premura.

—¡Vamos, pasa! —invitó Alex y cerró la puerta tras ella.

—Tienes que decírselo —dijo Tilly mientras ponía tres cubiertos en la mesa del comedor y, sólo entonces, levantó la vista hacia su hermana con impaciencia—. Vas a decírselo, ¿verdad?

Alex procuró ignorar la mirada de su hermana y se afanó con los platos y la ensalada. Había soportado toda una semana en la oficina con la presencia constante de Nick. Toda una semana repleta de sus dardos envenenados. Toda una semana en la que había sentido sus ojos negros clavados en su figura.

¡Una semana completa! Sentía que se había ganado una felicitación. Si había superado una semana, quizás pudiera enfrentarse a otra semana, a dos o todo el tiempo que fuera necesario hasta que, finalmente, decidiera su regreso a Grecia.

¿Acaso Tilly no lo entendía? Empezaba a lamentarse por habérselo contado a su hermana. Pero habría reventado si no le hubiera confiado ese secreto a alguien. Se trataba de demasiada información para guardársela para ella sola. Abrió la nevera, sacó el tarro del aliño del estante superior y lo dejó sobre la mesa.

—¡Alex! —gritó Tilly, cada vez más inquieta—. Vas a contárselo. Tiene derecho a saberlo. Los dos compartís ese derecho.

—De acuerdo, ya te he oído —echó un vistazo por la ventana—. ¿Jason sigue en el jardín? Tiene que lavarse las manos.

—Entonces, ¿se lo dirás? ¿Y Jason?

Alex lanzó un suspiro y chupó un resto de aguacate de uno de los dedos.

—Sabes perfectamente. Tilly, que Nick volverá a Grecia. Quizás regrese dentro de un par de meses. Puede que dentro de dos semanas. ¿Crees que sería justo para ambos cuando es posible que Nick nos dé la espalda y salga para siempre de la vida de Jason?

—Eso no lo sabes. Quizás decida quedarse y, ¿quién sabe? A lo mejor se plantea llevaros de vuelta con él a Grecia. Recuerdo que estaba loco por ti cuando estuvimos en Creta. Y tú también estabas colada por él.

Alex soltó una carcajada grave, quebradiza, ante la idea de que Nick los llevara de vuelta a Grecia. No parecía consecuente con un hombre que le había ofrecido un poco de sexo mientras permaneciese en Sydney. Dudaba mucho que pensara en ella a largo plazo, con o sin su hijo.

—No lo creo. Nick ha cambiado. Parece algo más amargado —dijo.

Alex recordó que había comentado que ya quedaban pocos placeres en la vida.

Tenía un pesimismo que no había existido en el pasado. Un pesimismo que había nacido, sin ninguna duda, tras la desaparición de su familia. Primero había perdido a su hermano, después a su madre y finalmente a su padre. La muerte de Aristos habría reabierto todas estas heridas con una intensidad cruel.

¿Acaso su prematura huida en la plenitud de su relación no habría tenido también parte de culpa? Nick había necesitado su apoyo y ella lo había abandonado para que su familia no sufriera más de lo que ya tenía encima. ¿Intentaba castigarla por eso?

¿Quería vengarse?

Si fuera así, no sería justo. Ella lo había necesitado entonces más que nunca. Al negarse ese derecho había evitado más dolor a la familia de Nick. Pero, ¿cómo aceptaría esa explicación?

—En todo caso —prosiguió Tilly—, decida lo que decida una vez que sepa que tiene un hijo no es relevante por lo que a ti respecta. No importa cómo reaccione. Tiene derecho a saberlo y tú lo sabes.

—Pero también tengo que pensar en Jason. Es prioritario en estos momentos.

—¡Pues hazlo! ¿Cómo crees que se sentirá si descubre que su padre pasó una temporada en Sydney, muy cerca de él, y que nunca le hablaste de él ni se lo presentaste? ¿No crees que se sentiría estafado?

Alex abrió la boca, dispuesta a defenderse, pero no había motivo. Cerró la boca. Su hermana tenía razón. Y ésa había sido la razón que la había impulsado a contárselo a su hermana. Sabía que Tilly sería imparcial. Sabía que su mente analítica reuniría toda la información y expondría la solución más justa, equitativa y ética. Si bien no parecía una solución demasiado buena a los ojos de Alex.

Pero su hermana había dado en el clavo. Alex tendría que hacer las presentaciones entre padre e hijo. Pero, ¿cómo demonios lo haría? Sobre todo si tenía en cuenta que Nick le guardaba mucho rencor.

En ese punto, Tilly no sería de gran ayuda. Diría que lo que sintiera Nick por ella sería del todo irrelevante y que tendría que conocer a Jason a cualquier precio. Y seguiría en lo cierto.

Alex suspiró en cierta medida el resentimiento de Nick tendría que facilitarle las cosas. Ya tenía bastante mala imagen. ¿Qué podía perder?

—Sí, tienes razón. Tendré que contárselo a los dos.

Tilly se quedó quieta y sostuvo la copa de vino en el aire, cerca de los labios.

—Así que vas a decírselo. ¿Cuándo?

—No lo sé —exhaló el aire despacio—. Acabo de decidirlo.

—¿Admites una sugerencia? Dentro de dos semanas será el cumpleaños de Jason. Sería una buena idea que Nick asistiera a la fiesta. Así podrías celebrarlo juntos, en familia —apuntó Tilly.

«Todos juntos en familia», pensó Alex. ¡Menuda broma! Ellos

tres nunca habían formado una familia. Alex se mordisqueó el labio.

—No estoy segura. ¿Y si a Jason no le cae bien? ¿Y si resulta que Nick odia a los crios?

—En ese caso, preséntalos antes —alargó la mano y apretó con afecto el hombro de su hermana—. Llévatelos de excursión o algo parecido. Invéntate cualquier cosa. Claro que no puedes obligarlos a llevarse bien, pero Nick tendrá algunas cosas buenas, ¿no? Antes, al menos, lo pensabas.

Alex recordó la estancia en Creta y el joven del que se había enamorado. El pelo negro, esos ojos azabache y una sonrisa que prometía la eternidad. Había sido amable, generoso y paciente. Y en ningún momento había presumido de su fortuna. Ella había asistido asombrada a su extraordinario magnetismo y a las respuestas específicas de su cuerpo frente a cada caricia, cada roce y cada mirada.

¿Y ahora? Era totalmente distinto de aquel joven, más severo y mucho más cínico. Y, sin embargo, conservaba ese poder para encenderla con una sola mirada. ¿Acaso el magnetismo sexual contaba en el lado de las virtudes? No. Sólo convertía a Nick en una persona mucho más peligrosa. Pero, por el bien de Jason, confiaba en que todavía guardase en su interior parte de esa generosidad de la que había hecho gala en el pasado. Todos necesitarían una dosis.

La puerta trasera se cerró de golpe y su hijo irrumpió en la casa como un tornado.

—¿Qué vamos a cenar, mamá? Estoy muerto de hambre.

Alex sonrió y entró en la cocina, aliviada por el cambio de tema.

—Lasaña —dijo mientras abría el horno—, Y está en su punto. Será mejor que te laves las manos.

Observó cómo su hijo salía disparado hacia el baño y sacudió la cabeza.

¿Cómo diablos se lo diría?

Tilly entró en la cocina detrás de ella, tomó los platos y vaciló un instante, consciente del problema que corroía a su hermana.

—Puedes hacerlo —aseguró, confiada.

Alex alisó con la palma de la mano los pliegues de los periódicos viejos, deseosa de que algún día pudiera suavizar las arrugas de su propia vida con la misma facilidad. Torció la boca en una sonrisa escéptica. En todo caso, sabía que su vida iba a complicarse mucho

más.

Se fijó en la colección de cartas, la pila de sobres que descansaban sobre la cinta arrugada y la caja de bombones que había encontrado tras la partida de Tilly cuando estaba atareada con la colada.

Eran cartas de Nick. Cartas de amor.

Miró la pila de toallas y sábanas, todavía frescas, amontonadas en el suelo. Guardaría la ropa de cama en un minuto , tan pronto como hubiera leído una o dos cartas. Había escondido la caja en el fondo de un armario cuando se había mudado, decidida a olvidarse de su contenido. Ahora, sin embargo, resultaba imposible ignorarlo.

Alex abrió la puerta del cuarto de su hijo. Satisfecha al comprobar que Jason, recién bañado, estaba ocupado con los deberes, Alex inició la lectura.

La tinta se había borrado en algunas partes y las palabras se habían desgastado en los pliegues, pero el significado no se había alterado y los años se disiparon en cuanto leyó las primeras líneas.

Sonrió cuando repasó las primeras cartas de Nick, escritas poco después de sus vacaciones compartidas. Rebosaban optimismo y desgranaban sus hallazgos en la excavación arqueológica en la que había trabajado en Creta, informaban acerca de la universidad e insistía en lo mucho que la echaba de menos. Reflejaban la ansiedad de Nick en espera de que tuvieran una nueva oportunidad para reunirse.

En los meses siguientes, las cartas hablaban más de la familia. Estaba cada vez más preocupado por su hermano y las desavenencias de éste con su padre acerca de su desdichado matrimonio, cada vez más furioso con la mujer que lo había arrastrado hasta esa relación. Decía que todavía la echaba mucho de menos y le preocupaba que sus respuestas resultasen más frías, más distantes e impersonales.

Alex suspiró mientras una lágrima humedecía su mejilla. Nick había tenido razón. Por entonces había sabido que estaba embarazada y que no podía contárselo. En los últimos meses del embarazo le había costado mucho ponerse a escribir. Había supuesto un esfuerzo excesivo escribirle contándole naderías cuando ocultaba el mayor secreto que había tenido jamás al único hombre que tenía verdadero derecho a conocerlo, pero no querría

saberlo.

Alex suspiró y abrió una carta llena de garabatos. Se fijó en la fecha. Estaba escrita tras el funeral de Stavros. Habría escrito la carta sumido en la congoja porque las lágrimas se habían mezclado con la tinta. Era una carta muy triste. Lamentaba la muerte de su hermano y, al mismo tiempo, lamentaba el final de su relación. Adivinaba que todo había terminado entre ellos y rogaba que Alex le diera una última oportunidad. Algo que ella había deseado con todo su corazón, pero que ya no sería posible.

La única vez que Nick había necesitado su apoyo, ella no había podido ofrecérselo. Tan sólo había podido dejarlo libre. Y así había evitado que su familia se viera salpicada por otro embarazo escandaloso.

Había más cartas, pero la frecuencia había bajado paulatinamente. Alex echó un vistazo al contenido y apreció la amargura que destilaban las despedidas.

Había terminado con ella. ¿Cómo podía culparlo? Ella había traicionado su confianza. Y todo por culpa de un secreto más grande que ellos dos.

Ahora ese secreto tenía cerca de ocho años, representaba sus años de mayor felicidad y una época de intenso amor. Y en cada uno de sus cumpleaños, en ese tiempo, había mirado a Jason a la cara y se había preguntado si había hecho lo correcto al ocultárselo a Nick. Y si debería confesárselo ahora.

Un simple vistazo a sus últimas cartas era suficiente. No quería nada de ella. Y las circunstancias vitales de Nick no habían cambiado. Después de lo que había pasado su familia jamás creería que Jason fuera hijo suyo.

Volvió la atención hacia la carta garabateada en pleno duelo y, mientras leía una vez más su contenido, dos lagrimones se deslizaron sobre sus mejillas, su corazón se estrechó y se nubló tanto su visión que no se dio cuenta de que sus lágrimas habían caído sobre la carta y se habían mezclado con la tinta emborronada.

—Mamá, ¿qué pasa? —preguntó Jason—. ¿Qué es todo eso?

Alex se secó las lágrimas con el dorso de la mano y sorbió la nariz.

—Sólo son unas viejas cartas de un amigo —dijo mientras guardaba apresuradamente las cartas en los sobres sin preocuparse

de que correspondieran.

—¿Y por qué estás llorando?

—Porque me hace muy feliz recordar esos tiempos, tonto.

Se incorporó, satisfecha con el tono alegre de su voz. y se volvió hacia el dormitorio con la caja de bombones, las cartas y los sobres entre sus brazos.

—¿Mamá? —llamó Jason—. ¿Quién es Nick?

Alex se quedó paralizada, consciente de que tendría que dibujarse una sonrisa muy grande cuando girase sobre los talones para enfrentarse a la pregunta.

—¿Por qué lo…? —se detuvo y notó cómo se desvanecía la sonrisa.

Jason estaba de cuclillas, sostenía una carta entre las manos y leía perplejo.

—¿Era tu novio o algo así?

Alex dio un paso al frente con el corazón encogido. Deletreó la respuesta en su mente, pero el sonido de esas palabras no surgió de sus labios. Necesitaba algo de tiempo para decírselo sin tanta brusquedad.

—Algo parecido. Eso fue hace mucho tiempo —dijo.

—¿Antes de que yo naciera?

Alex sonrió y, sin desprenderse de la carga, revolvió el pelo de su hijo.

—Sí —dijo, consciente de que Jason estaba brindándole una excelente oportunidad para la confesión—. Era un novio muy especial, en realidad. Creo que te habría

Gustado.

Pero parecía que Jason había perdido interés en el tema.

—Vale —dijo y se encogió de hombros—. Pero no creas que voy a escribir cosas tan sensibleras a ninguna chica. ¡Qué asco!

Levantó la cara hacia su madre y sacó la lengua para ilustrar ese sentimiento. Se dirigió hacia la cocina, pero se volvió a medio camino.

—Me había olvidado de una cosa. Matt y Jack me han dicho que puedo ir con ellos de pesca yo solo. Te parece bien, ¿verdad?

—Por supuesto —sonrió—, Y prepara la lista de invitados para tu cumpleaños enseguida. Tenemos que enviar las invitaciones muy pronto.

—¡Genial! —exclamó—. Voy a hacerlo ahora mismo.

Alex observó cómo se alejaba a la carrera, seguro en su pequeño mundo, y después miró la carta que había encontrado su hijo. Era una de las primeras cartas que había escrito Nick y enseguida advirtió las líneas que habría leído Jason.

Las palabras de Nick le habían producido un desvanecimiento en el pasado. Ahora sentía un extraño presentimiento que no lograba sacudirse de la boca del estómago.

Capítulo 6

EL LUNES por la mañana, Alex se dirigió a la oficina con el firme propósito de aclarar las cosas. El domingo, mientras limpiaba la casa, jugaba con Jason en el parque o lo ayudaba con los deberes, había planeado cuidadosamente qué le diría a Nick y cómo le confesaría que tenía un hijo.

Había pensado en todo. Había memorizado cada frase y tenía prevista cada respuesta por parte de Nick. Había cubierto todas las eventualidades. Estaba lista para cualquier contingencia.

Alex respiró hondo y abrió la puerta. Sabía que no resultaría sencillo, pero nada le impediría contarle la verdad a Nick acerca de su herencia australiana. A la menor oportunidad, se colaría en su despacho y lo explicaría todo.

Tragó saliva. Sentía la garganta seca ante la idea de quedarse encerrada a solas con Nick en su despacho. Notó cómo se le aceleraba el pulso. Quizás no fuera tan buena idea, después de todo. También podía invitarlo a un café en el local de enfrente, en una mesa tranquila. Al menos estarían en público. Y Nick no podría arrinconarla contra la pared.

Más tarde, la decisión sería sólo suya. Si deseaba conocer a su hijo, ella hablaría con Jason y arreglaría un encuentro. Y si se negaba a asumir esa responsabilidad, no insistiría. Pero al menos habría hecho lo más correcto.

Estaba allí, sentado en el espacioso despacho que había pertenecido a Aristos, cuando ella llegó. Las persianas venecianas que cubrían las paredes de cristal estaban abiertas y supo, de modo instintivo, que Nick había notado su llegada y estaba mirándola.

—Alexandra —el rico acento mediterráneo de su voz confirmó esa sospecha mientras envolvía el ambiente del despacho—. Buenos

días.

Alex se detuvo frente a la puerta abierta y volvió la mirada. Nick devolvió la mirada desde detrás del inmenso escritorio de madera. Un hombre menudo podría perderse tras esa mesa, pero no era su caso. El escritorio se adecuaba a sus dimensiones y el conjunto ampliaba el alcance de su poder y su influencia. Era un hombre acostumbrado a mandar. Un hombre que había nacido para ostentar el poder.

Alex reprimió la quemazón en su garganta. A pesar de todo lo que había visto en el pasado, nada se comparaba con ese instante. Ella bajó la cabeza en señal de asentimiento, incapaz de sonreír.

—Buenos días —dijo con timidez, consciente de que había poco de bueno, pero tomó aire mientras entraba en el despacho—. Necesito hablarte. ¿Tienes un minuto?

—Adelante —dijo mientras sostenía la pluma sobre unos documentos—. Yo también necesito hablarte. Mañana no estaré aquí.

Alex pensó, emocionada, que se marchaba. Experimentó una oleada de emociones diversas entre la alegría, la desilusión y, sobre todo, un gran alivio. Ya no soportaría la presión de su presencia diaria en el trabajo. Y con él se marcharían los recuerdos que su llegada habían reavivado. Además, ya no tendría que hablarle de Jason…

—¿Te marchas? ¿Vuelves a Grecia?

Nick dejó la pluma sobre la mesa y esbozó una leve sonrisa

—Eso te complacería, ¿verdad? ¿Te gustaría que desapareciera y relegarme así al pasado, una vez más?

Ella tragó saliva. Las palabras de Nick se parecían demasiado a la verdad.

—Lamento desilusionarte. Estaré fuera una semana, más o menos. Creo que ya es hora de que conozca todas las propiedades de Xenophon antes de que tome ninguna decisión a largo plazo. ¿Cuántos terrenos nos pertenecen, desperdigados a lo largo de Australia? ¿Doce o trece?

—Catorce, en total. Eso si cuentas el centro comercial que la compañía ha inaugurado hace poco en Perth —señaló Alex.

—¡Ah, catorce! —se tomó un segundo—. Quizás me ausente algo más de una semana. Pasaré algunos días en cada ciudad y hablaré

con los encargados. Pensé que Sofía me acompañaría, pero prefiere quedarse. Tiene un proyecto entre manos y necesita tu ayuda, según me ha dicho.

Ella asintió con cierta resignación, acostumbrada a esa clase de encargos. La experiencia le decía que terminaría haciéndose cargo del proyecto en vez de prestarle su ayuda a Sofía.

—¿Alexandra…?

La voz de Nick había perdido un tono, se había vuelto más íntima y se inclinó hacia delante, los antebrazos apoyados en la mesa y las manos entrelazadas.

—¿Sí?

—Ocúpate de ella mientras estoy fuera. Asegúrate de que tiene todo lo que necesita.

—Por supuesto —aseveró con un hilillo de voz—. Eso está hecho.

—Bien —asintió, separó las manos y se recostó en la butaca—, Dime, ¿de qué querías hablarme?

Alex se quedó muda. Si tan sólo iba a ausentarse unos días , no había ninguna razón para que no le contara la verdad acerca de Jason en ese instante. Y quizás la distancia le concedería un poco de tiempo para hacerse a la idea. A lo mejor querría encontrarse con Jason a su vuelta, antes del cumpleaños de su hijo. Así tendrían tiempo para conocerse, si eso era lo que querían.

—Es un asunto privado —dijo con tono vacilante. —¿Quieres que cierre la puerta? —preguntó con las cejas arqueadas.

Ella negó con la cabeza. A pesar de las persianas corridas no quería quedarse encerrada en el despacho con Nick y confesárselo del otro lado del inmenso escritorio. Tenía un aspecto imponente, demasiado poderoso.

—No, aquí no. ¿Y si bajamos al patio? Podíamos tomarnos un café.

Nick entrecerró los ojos como si calibrara su respuesta y después exhibió una medio sonrisa.

—Como quieras. Deja tus cosas en el despacho. Tengo una llamada pendiente. Te espero dentro de cinco minutos.

Alex se dirigió a su despacho, dejó el ordenador portátil y el maletín sobre la mesa y recuperó el pulso. Ahora se había comprometido. Su hermana tenía razón. Podía enfrentarse a la

situación.

Sacó el monedero del bolso. Pagaría su parte. No quería deberle nada a Nick.

Se había dado la vuelta para salir del despacho cuando Sofía apareció en la puerta y cerró de un portazo. Estaba muy sonriente y se había pintado los labios de un rosa fucsia que destacaba en su perfecto maquillaje.

—Alex, te necesito.

Su ánimo se derrumbó al instante. No estaba preparada para algo así cuando todos sus sentidos se habían concentrado en su cita con Nick y su posterior confesión.

—¿Podrías concederme unos minutos, Sofía? Tengo que reunirme con Nick. Está esperándome en su despacho.

Se echó a un lado, pero Sofía bloqueó el paso con las manos. Alex aspiró el fuerte olor a sándalo del que Sofía abusaba deliberadamente.

—No, eso puede esperar. Esto es demasiado importante —señaló.

—Pero tengo una reunión… —insistió Alex con la mirada fija en el reloj de pulsera.

—¿Notas algo distinto? —preguntó Sofía, ajena a la protesta.

Alex tomó aire y se armó de paciencia mientras buscaba cualquier cosa que, supuestamente, llamaría su atención. Entonces, de golpe, cayó en la cuenta. El traje pantalón azul elástico se ajustaba al cuerpo de Sofía como un guante.

—Por supuesto, llevas un traje nuevo. Es precioso —dijo.

Tendría que haberlo notado desde el principio. Desde su última charla la semana anterior, Sofía había renovado su vestuario por completo. Había lucido algo nuevo y azul cada día.

—No, tonta —meneó los dedos estirados frente a ella—. ¿Alguna otra cosa?

Alex siguió con la mirada el gesto de Sofía. Y entonces lo vio. El diamante era espectacular y cada cara resplandecía con un brillo interior.

—¡Vaya! —Alex tragó saliva—. Es impresionante.

Sofía apoyó la mano izquierda sobre la mano derecha en un gesto muy teatral. Miró fijamente la alianza y admiró el juego de destellos en la luz reflejada.

—Gracias —dijo—. Nick y yo nos casaremos lo antes posible.

El mundo de Alex se tambaleó. ¿Nick? Necesitó toda su energía para quedarse de pie mientras su cerebro procesaba la información. Se derrumbó en la silla antes de que sus rodillas cedieran por completo.

—Y por eso necesito tu ayuda. Hay mucho que hacer, pero no puedo molestar a Nick con los detalles. Además, estará fuera unos días. Así que, ¿me ayudarás con los preparativos de la boda?

¡Nick! ¡Iba a casarse! ¿Con Sofía?

La chica estaba mirándola expectante y la luz ante ese inminente compromiso se reflejaba en sus ojos.

—Bueno… ¡Enhorabuena! —felicitó a la novia mientras buscaba un sentido al caos que bullía en su cabeza.

¿Quería que organizase su boda? ¿Cómo? ¿Cómo se enfrentaría a la búsqueda del ramo perfecto y el vestido idóneo para que, después de ese esfuerzo, Sofía avanzara por el pasillo de la iglesia del brazo del hombre con quien ella había soñado que se casaría algún día?

—¿Lo harás? Sabes que sólo te tengo a ti —suplicó con la cabeza ladeada—. Ahora ya no tengo a nadie.

De pronto, esos ojos negros que un minuto antes habían brillado con una claridad prístina se empañaron y las largas pestañas se humedecieron.

El cambio en su estado de ánimo había sido instantáneo y Alex comprendió que Sofía se encontraba al borde del precipicio. Esa luminosidad era tan sólo una frágil fachada que amenazaba con romperse en pedazos en cualquier momento para dejar al descubierto a la chica huérfana y rota por el dolor.

Buscó una respuesta amable que no hiriese a Sofía pero que, al mismo tiempo, le proporcionase una salida.

—Me encantaría ayudarte —dijo—. Pero, ¿y mi trabajo? Una boda requiere mucha dedicación, sobre todo si hay tan poco tiempo.

—Nick se hará cargo de todo eso. Ha dicho que le ha pedido a su propio contable de Grecia que venga a ocuparse de todo, así que dispondrás de tiempo.

La sangre de Alex se congeló en sus venas. Ahora veía claro el plan. Ése era el trabajo especial que Sofía tenía en mente. Iba a

mantenerla en el puesto para que ayudara a Sofía con la organización de la boda. ¿Qué le había pedido exactamente?

«Ocúpate de ella mientras estoy fuera. Asegúrate de que tiene todo lo que necesita», recordó Alex.

Iba a casarse con Sofía. Le había pedido que fuera su amante mientras durase su estancia en Australia y, después, le había dado la espalda y había pedido la mano de otra persona. Y, sin embargo, todavía tenía la desfachatez de pedirle que se ocupara de los preparativos de la boda. ¿En qué clase de hombre se había convertido? Desde luego era muy distinto de la persona con quien querría acostarse. Y totalmente opuesto al hombre con quien compartiría a su hijo.

Alex recordó su misión, tan nítida en su cabeza sólo unos minutos antes.

¿Cómo se suponía que iba a confesárselo ahora? Toda había cambiado. Ahora ya no se trataba únicamente de Nick y Jason. Ahora Sofía también formaba parte de la ecuación. Decírselo a Nick, justo después de la noticia de su compromiso, sólo crearía un montón de problemas nuevos.

« ¡Pero tiene que saberlo!», las palabras de Tilly resonaron en su cabeza. Alex se mordió el labio, consciente de que todos sus pensamientos anteriores carecían de importancia. Pese a la opinión que le mereciera su comportamiento, pese a su inminente boda con otra mujer, sabía que tenía que contárselo. Podría ampararse en un sinfín de excusas toda la vida. Pero eso no cambiaría la verdad subyacente. Nick tenía derecho a saberlo

—Será divertido. Ya lo verás.

Alex levantó la vista hacía Sofía, tan llena de esperanza, tan rebosante y, al mismo tiempo, tan cerca del abismo de la desesperación, y se sintió fatal. Estaba siendo muy egoísta. Después del drama que había sufrido unas semanas atrás Sofía tenía derecho a un poco de felicidad. Incluso si Alex no podía imaginarse un encargo menos divertido, al menos sería una manera de ayudar a la chica.

—No estoy segura de que sea la persona más adecuada para el trabajo —indicó—, pero conozco a la persona perfecta. ¿Quieres que me ponga en contacto con ella?

Sofía saltó de alegría, aplaudió en el aire y superó al instante su

reciente depresión.

—¡Genial! Me gustaría que empezásemos ahora mismo. ¿Podrías conseguirme una cita para hoy? A cualquier hora. Házmelo saber. Hay tanto que hacer.

—Claro. Llamaré enseguida —aseguró Alex.

La puerta se abrió detrás de Sofía y apareció Nick.

—Teníamos una reunión, ¿recuerdas?

Habló con un tono muy seco, la expresión lúgubre, como si ella lo hubiera hecho esperar a propósito. Entonces advirtió la presencia de Sofía y Alex presenció el cambio en su actitud. Se relajó, dulcificó las facciones y una sonrisa sustituyó el ceño mientras dirigía su atención hacia ella.

—No sabía que ya habías vuelto a la oficina. ¿Va todo bien?

Tomó su mano, tiró de ella y se inclinó sobre su cuerpo. Sofía levantó la cara, radiante de optimismo y amor ante el futuro, Nick devolvió la sonrisa y Alex, sencillamente, no aguantó ese espectáculo.

No tenía que verlo. Estaba claro lo que vendría a continuación. Nick la besaría. Estaba besando a su futura esposa , en su presencia..

Tendría que enfrentarse a él. Actuaba muy deprisa. Parecía obvio que no tenía la menor intención de esperar seis meses para cobrar la herencia. Se había hecho con la mitad en ese mismo instante, al declararse a Sofía. Y ella estaba encantada con la idea.

Alex respiró hondo mientras estudiaba los hechos con un poco de perspectiva. ¿Qué problema tenía? La decisión de Nick y Sofía no era de su incumbencia. No debería importarle. No tenía que importarle. Entonces, ¿por qué le parecía tan mal?

Notó que la pareja se separaba.

—Estábamos hablando de mi proyecto —dijo Sofía, visiblemente sofocada—. Ha aceptado ayudarme con algunas cosas, tal y como dijiste, pero ahora es toda tuya. Pero no la retengas demasiado tiempo, ¿quieres? Tiene mucho que hacer.

Sofía guiñó un ojo mientras se retiraba y salía del despacho.

Alex agarró el bolso y el teléfono móvil. Evitó la mirada de Nick intencionadamente.

—¡Vámonos!

Nick se situó a su altura en el corto trayecto hasta la cafetería del patio y Alex se sintió asfixiada por su presencia. Debería felicitarlo, pero las palabras no superarían la estrechez de la garganta. Se preguntó si tenía que colocarse tan cerca de ella. Sentía el calor corporal que despedía su piel, el rastro de la colonia, y dudó que fuera tan buena idea alejarse de la oficina. En el momento en que sus manos se rozaron, Alex se sobresaltó. La descarga fue tan efectiva como una valla electrificada.

Se cubrió al cruzarse de brazos, el bolso abrazado contra su pecho, mientras se concentraba en la respiración. Todo lo que había existido entre ellos pertenecía al pasado. Ahora se había comprometido. No tendría cuando estaba decidida a contarle la verdad. Y eso haría.

Pidieron los cafés y eligieron una mesa situada a la sombra de una pérgola emparrada. Estaban a una distancia discreta del resto de las mesas. Nick apartó la silla y aguardó, caballeroso, hasta que ella tomó asiento. Parecía que sus manos se eternizaran en el respaldo del asiento y sentía cómo su aliento estremecía los mechones sueltos del pelo que se había recogido con pinzas esa mañana. Era una sensación que le ponía la piel de gallina.

Un momento más tarde, sostenía entre los dedos la pinza que mantenía el pelo en su sitio. Alex notó la respiración cálida de Nick en la nuca.

—¿Qué pasaría si se cayera la pinza? —preguntó.

—El pelo se soltaría —replicó, sin aire, mientras Nick jugueteaba con la punta.

Agachó un poco la cabeza y se llevó una mano al pelo para asegurarse de que todo estaba en su sitio. Entonces, su mano quedó atrapada en la mano de Nick.

Se desplazó alrededor de la mesa y se sentó a su lado sin liberarla.

—Eso es algo que me haría muy feliz —dijo con una mirada que dejó sin aire a Alex.

Ella clavó su mirada en esos ojos negros y deseó, una vez más, que no fuera tan condenadamente atractivo. Deseó que no encendiera su cuerpo de esa manera. Deseó que no se casara con Sofía.

Era una locura. Tenía que olvidarse de esas ideas. La boda de

Nick no era asunto suyo. Tendría que alegrarse por ambos. Y eso mismo haría, desde ese mismo instante. Se humedeció los labios y retiró la mano, bien oculta en su regazo.

—Sofía está muy contenta esta mañana —hizo una pausa mientras luchaba para que la palabra emergiera a la luz—. Yo… supongo que debería felicitarte. Es estupendo

La mirada de Nick se mantuvo sobre ella, entrecerró apenas los ojos e inclinó la cabeza un poco.

—Es una chica preciosa que merece esa suerte. Quiero que sea muy feliz…

Llegaron sus cafés. Alex, agradecida por esa oportuna interrupción, vació una cucharada de azúcar que no necesitaba en su capuchino. La cucharilla trazaba círculos sobre la espuma mientras su mente creaba imágenes de locura.

Claro que Sofía era una chica preciosa. Y merecía toda la felicidad del mundo. Pero escuchárselo decir al referirse a otra mujer, su prometida, sacaba de quicio a Alex.

—Bien —dijo mientras sorbía su café solo—, aquí estamos. ¿Qué es eso tan privado que no puedes contarme en la oficina?

Alex sintió el pulso acelerado mientras jugaba con el café en busca de las palabras.

—Nick, ya sé que nuestra separación fue algo brusca. Pero hay lago que debes saber…

Sonrió y se recostó en la silla. La tela fina de algodón de la camisa no ocultaba la musculatura del torso y Alex se sumió en esa imagen. Cada detalle clamaba al cielo su hombría, desde la dureza del perfil de la mandíbula de piel cetrina hasta el modo en que los pantalones se ajustaban a sus muslos. Levantó la vista y comprendió que Nick estaba observándola, evidentemente divertido ante su interés, e incluso más que eso. Parecía que encontraba excitante ese interés.

Sonrojada, siguió adelante.

—Tengo ciertas responsabilidades que me gustaría que discutiéramos. Creo que deberías estar al comente —dijo.

Sonrió de nuevo, abiertamente, un extremo de la boca elevado, y estaba asintiendo. Eso descolocó a Alex. No parecía preocupado ni intrigado. De algún modo parecía satisfecho

—Estaba seguro de que cambiarías de idea —intervino Nick—.

Pero no te preocupes. Ya lo he tenido en cuenta. Tenías razón cuando decidiste que nos reuniéramos fuera de la oficina. Es mucho más discreto.

—¿Disculpa? —estaba perpleja—. Creo que no te entiendo.

—Me doy cuenta de que, debido a tus responsabilidades, no podemos reunimos en tu casa —se inclinó hacia delante y se acercó a ella—. Sugeriría mi apartamento, pero Sofía tiene la mala costumbre de dejarse caer por allí a cualquier hora. No quiero que se disguste. Conseguiré otro apartamento para nosotros.

Alex lo miró con los ojos como platos mientras Nick seguía adelante con sus planes. «Tiene que tratarse de una broma», pensó.

No —dijo, a modo de interrupción—. Nada de apartamentos.

—Es más seguro —señaló con un gesto de la mano que despreciaba su queja—. Cada uno tendrá su llave…

—¡Nada de apartamentos! Ya te he dicho que no voy a acostarme contigo. ¿Qué te hace pensar que he cambiado de idea?

Justamente en ese momento, después de que Sofía le hubiera pedido que se ocupara de la boda. Su boda con Nick. ¿Qué clase de hombre buscaba una amante mientras se llevaban a cabo los preparativos de su boda? ¡Pobre Sofía! ¿Tendría la menor idea de dónde se estaba metiendo? La imagen de la joven fortaleció su determinación.

—No cambiaré de opinión —sentenció.

—Ya lo creo que cambiarás de opinión —dijo en un susurro que sonó como una amenaza—. Haré que valga la pena. No tendrás que conformarte con el pobre salario que te pagaba Aristos.

—Nada de lo que puedas ofrecerme hará que valga la pena empujo la silla y se incorporó

¿Qué te ha pasado, Nick? ¿Cómo te has convertido en una persona tan insensible y tan cruel? ¿Cuándo dejaste de tener sentimientos?

Recuperó sus cosas y se alejó, pero Nick le cortó el paso.

—Antes de que te vayas… —dijo, más cerca de ella.

Nick agarró su hombro con una mano y, pese a la rigidez de su cuerpo, se sintió arrastrada hacia él. Hundió un poco la cabeza, pegándose a ella, y por un instante creyó que la besaría. Alex levantó la vista hacia ese rostro que se aproximaba lentamente, coronados por una mirada insondable, y sus labios se separaron por

propia voluntad.

Entonces acarició el labio superior con el dedo y ese gesto dejó sin aliento a Alex.

—Tenías un poco de chocolate en el labio —señaló antes de llevarse el dedo a la boca para limpiarlo.

Alex estaba demasiado conmocionada para contestarle. Había sido un gesto totalmente innecesario. Pero, al mismo tiempo, había sido muy íntimo. Pero, sobre todo, se sentía defraudada.

Por algún extraño motivo había deseado ese beso. Y no había ocurrido.

—Gracias —dijo entre dientes en un tono irregular.

Rompió el contacto visual y se dirigió hacia la oficina con paso firme como si no hubiera ocurrido nada anormal.

—Ha sido un placer —oyó la voz de Nick, leve, a su espalda.

El teléfono estaba sonando cuando llegó a su despacho.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Tilly. —No ha ocurrido.

¿Quieres decir que no se lo has dicho?—No he podido.

—¿Te has acobardado? —preguntó su hermana con un tono más severo.

—He intentado decírselo, pero no me escuchaba. Y las cosas han cambiado —añadió.

—¿Qué ha pasado?

—Va a casarse con Sofía.

—¿Estás segura? —preguntó tras una pausa.

—Tilly, le ha regalado un diamante del tamaño del monte Uluru y los dos me han pedido que los ayude con los preparativos de la boda. ¿Crees que necesito más pistas?

—¡Vaya! —Alex reconoció el sonido de su hermana al sentarse —. ¿Estás bien?

—¿Por qué iba a importarme? —Dijo con un tono de burla—. Nick no significa nada para mí.

Pero eso era mentira. Sentía un cuchillo en las entrañas mientras decía esa palabras. Y no debería importarle. Entonces, ¿por qué se sentía tan mal?

—Supongo que eso lo complica todo. Pero aun así…

—Sí, ya lo sé —interrumpió Alex, consciente de lo que vendría después—. Pero no he podido hacerlo hoy, eso es todo.

Y menos después de que le ofreciera un apartamento para que

mantuvieran relaciones sexuales siempre que le viniera en gana. Miró la hora.

—Escucha, hermana, necesito tu ayuda. Yo no puedo ocuparme de este asunto de la boda. No tengo la menor idea de cómo se organiza una boda. Y mucho menos si se trata de un gran espectáculo, por todo lo alto. tal y como querrá Sofía. Además, tengo un montón de trabajo atrasado. Así que te he recomendado. ¿Puedes ocuparte?

—Entonces, ¿no te gusta la idea?

—Mira, es muy complicado —suspiró—. Dejémoslo así ¿quieres el trabajo o no?

Tilly colgó después de que hubieran decidido una hora para que Sofía se pasara por su oficina y una vez que Alex explicara que se ausentaría para transferir un poco de dinero al banco. Sofía había agotado el límite de su tarjeta. Estaba claro que la renovación de su vestuario había hecho estragos. Alex autorizó una transferencia que cubriese los inminentes gastos en compras y salió en busca de la candorosa novia.

Capítulo 7

EL TIEMPO, al igual que la tranquilidad de espíritu de Alex, estaba menguando. Habían transcurrido un par de semanas bastante tranquilas. Tilly había tenido tan ocupada a Sofía con la organización de la boda de sus sueños que apenas había tenido un minuto para pasarse por la oficina. Nick había prolongado su viaje, tal y como había previsto. Regresaría al día siguiente a tiempo para acercarse al aeropuerto en busca de Dimitri, que volaba directo desde Atenas.

Todo estaba listo. La facturación estaba al día. Los extractos de las cuentas bancarias cuadraban y los informes de gestión estaban apilados sobre la mesa. Una colección de datos para el nuevo administrador, que necesitaría evaluarlos para hacerse una idea concreta de la situación del Grupo Xenophon.

Había progresado mucho en muy pocos días y había cumplido con todo lo que se había propuesto. Pero no se sentía especialmente satisfecha y nada en su actitud reflejaba el orgullo de esa ímproba tarea. Había vencido el caos que se había apoderado de la oficina desde la muerte de Aristos y ahora todo estaba ordenado.

Nick volvería al día siguiente. Esa idea pavorosa ensombreció todo lo demás.

Pero eso no sería hasta mañana.

Miró el reloj, Era tarde y seria mejor que se marchara si no quería que se le hiciera tarde para pasarse a por Jason.

Entonces recordó algo. Sofía había dejado una copia de la noticia de su enlace encima de su mesa para que se publicara en los diarios del fin de semana y quería que lo enviara por fax ese mismo día. Llamó a la redacción, se aseguró de que todavía había tiempo y tecleó el número en el fax que tenía en un cuarto interior. La puerta

principal de la oficina se abrió y volvió a cerrarse con un chasquido.

—Saldré enseguida —gritó Alex desde el otro lado del pasillo mientras se preguntaba qué clase de paquete llevaría un mensajero a esas horas.

El fax reprodujo el número con su sonido característico e inició la lectura de la hoja. Satisfecha de que la noticia llegara a tiempo a la redacción del periódico, tal y como había prometido, se volvió para chocarse con un hombre robusto y ardiente.

—¡Nick! —exclamó, apartándose de su lado de un salto mientras las manos fuertes salían a su encuentro para sostenerla—. No te he oído.

Nick dejó las manos sobre sus hombros, si bien ya no había peligro.

—No te esperábamos hasta mañana —señaló—. Sofía se llevará una grata sorpresa.

—¿Y tú no te alegras de verme, Alexandra? —dijo tras un momento de duda.

Tenía su rostro muy cerca y la sombra de la barba agudizaba la expresión amenazadora. Desprendía un fuerte olor a café, al whisky de los aviones y a hombre. Era la esencia de la testosterona pura. Fue un ataque directo contra sus sentidos. Impregnó su piel a través de sus dedos. El aroma cosquilleó su nariz y encandiló sus pulmones, su pecho y todo su cuerpo.

—¿Cómo te ha ido el viaje? —preguntó con la boca seca

—No has contestado a mi pregunta. ¿Te alegra que haya vuelto?

La mirada de Nick retó a Alex igual que lo habían hecho sus palabras. Eso despertó el orgullo de Alex y levantó la barbilla.

—No. Bueno, sí. Quiero decir que…

Los ojos de Nick se iluminaron y curvó los labios en una sonrisa.

—¿Sí y no? Algo bueno y algo no tan bueno. ¿Cómo es posible?

Alex se tomó un momento. No había querido mostrarse tan sincera. Pero, ¿cómo respondería a su pregunta? Tragó saliva.

—Sí. Porque me alegro que estés de vuelta sano y salvo —mintió —. Y no, porque parece que disfrutas poniéndomelo difícil.

—No quiero complicarte la vida —replicó—. Creo que eso ya lo haces tú sola.

—¿Cómo? —intentó zafarse sin éxito—. ¿Qué te hace pensar eso?

—Sé qué se esconde detrás de esa respuesta —apuntó.

Alex cejó en sus forcejeos. De pronto, Nick suavizó la presión sobre sus hombros. Ahora acariciaba la curva de su cuello con cierta languidez. Después de la tensión de un día dedicada a la recopilación de informes, el suave masaje era una bendición. Su corazón agradeció, de forma involuntaria, la dulzura de esa caricia.

—Me tienes miedo. Tu cabeza te dice que no deberías estar aquí, pero tu cuerpo me busca sin ambages.

—¡Qué disparate! —replicó, herida en su orgullo—.

Yo…

El masaje se hizo más intenso y la caricia más firme, reteniéndola.

—Y así es como te complicas la vida —añadió—. Rechazas el placer que sabes que encontrarías a mi lado

Subió la presión de sus brazos mientras se acercaba y sujetaba la cara de Alex con las dos manos.

—Y no me cabe la menor duda de que disfrutarías mucho conmigo.

Ella levantó la vista hacia Nick y comprendió que tenía razón. Estaba combatiendo el demonio de la carne y esa lucha estaba quitándole las fuerzas. Sí, era cierto que disfrutaría mucho en su compañía. No le cabía la menor duda. Pero se trataba de una lucha necesaria. Era una batalla que tenía que ganar.

Sólo que, en el instante en que Nick bajaba la cabeza hacia ella, y la pasión se reflejaba en esos profundos ojos negros mientras sus manos ejercían una suave presión para que sus cuerpos se amoldasen, no resultaba fácil encontrar un motivo.

Sus pechos sintieron el contacto en primera instancia. Los pezones se aplastaron contra el torso firme, henchidos de deseo. Alex se entregó sin freno a la presión de su abrazo, estrujándose contra la fortaleza de su cuerpo, observó cómo Nick bajaba la cabeza y sus labios se perfilaban sobre su boca. Compartieron el mismo aliento vital, pero todavía no era suficiente para aplacar la furia que los consumía.

Los labios de Nick rozaron su boca en la caricia más leve. El recuerdo emergió del pasado como un destello hipnótico y vibrante. Entonces emitió algo parecido a un gruñido, nacido de la profundidad de su alma, y sus bocas se fundieron en un beso. Ella

respondió diligente, separó los labios y saboreó la dulzura de su boca mientras Nick le robaba el aire. Las manos se extendieron en la nuca, bajaron por la espalda y esculpieron el cuerpo de Alex mientras recorrían su fisonomía.

Por un momento, Nick liberó su boca y sembró de besos la elipse de su cuello. Ella recibió esa tregua con alivio mientras entre jadeos buscaba un poco de oxígeno. Pero enseguida sufrió una nueva acometida y agradeció su vuelta, la mano entreverada en su pelo negro. Era tal y como lo recordaba. Y, sin embargo, había cambiado. Era mucho más hombre. Mucho más…

Los años se derritieron ante el furioso ataque de sus besos, se desvanecieron frente a un deseo que nunca había desaparecido ni había menguado. Cada contacto con su cuerpo era una descarga eléctrica. Sentía la piel de gallina con cada caricia, un cosquilleo que despertaba a la vida cada terminación nerviosa.

Todos sus sentidos estaban en alerta y, aun así, esa exquisita tortura no era suficiente. La boca y la lengua se enroscaban en ella mientras sus manos recorrían todo su cuerpo.

Alex gimió cuando él deslizó una mano por debajo de la falda y agarró la nalga. La respuesta de Nick se concretó en la furia de un beso más profundo, animándola para que se apretara contra su evidente erección.

—Alexandra —susurró, mordisqueándole la oreja—, te deseo.

Las palabras de Nick alimentaban su propio deseo, si bien había algo en su interior que le decía que eso no estaba bien. Un beso suponía un paso excesivo. Y la situación estaba complicándose por momentos.

—No —susurró, la voz grave y áspera.

Alex se apartó, apoyándose en el escritorio a una cierta distancia, pero Nick aprovechó la oportunidad para ponerle la mano sobre un pecho. Una bocanada de aire llenó los pulmones de Alex.

—¡ No! Ya está bien, Nick. Esto no tendría que estar ocurriendo.

—Eso ya lo hemos discutido —se apartó de ella sólo un instante —. Esto es exactamente lo que tenía que ocurrir. No tiene sentido rechazar la evidencia.

—¡Esto no está bien! —soltó el aire entre los dientes.

Nick se inclinó para besarla y ella apartó la cara modo que sus labios quedaron impresos en la mejilla de Alex.

—¡Déjate de juegos! —dijo con brusquedad, molesto mientras las manos abandonaban sus muslos y sujetaban los brazos de Alex —. Quieres esto tanto como yo.

—¿Y qué quiere Sofía? —dijo encarándose con él, consciente de que respiraba de forma entrecortada—. ¿Eso no importa?

—Esto no es asunto suyo —dijo—. Sólo nos concierne a nosotros.

La rabia que despertó en su interior las palabras de Nick otorgó a Alex una fuerza que desconocía que poseyera.

Logró soltarse de una mano, se retiró un paso y le dio una sonora bofetada en la cara.

Nick retrocedió con expresión casi divertida, excepto en la mirada. Sus ojos negros brillaban amenazadores. Alex lo había sorprendido, sin duda, y eso no le gustaba.

—¿Cómo puedes decirme eso cuando tu compromiso se hará oficial dentro de un par de días?

Al fondo, la máquina del fax emitió un pitido y llamó la atención de Alex. La nota del enlace había llegado a su destino. Era la confirmación.

El periódico de Sydney había recibido la nota que Alex había enviado minutos antes. Dentro de dos días, la noticia del enlace entre Nick y Sofía saldría publicada en las notas de sociedad.

Por primera vez, Nick aflojó la mano y se echó hacia atrás.

—¿Qué has dicho? —se llevó las manos a la cabeza y se giró para salir de allí a toda velocidad.

Alex sintió el gesto de Nick como una súbita ausencia de calor, pero no fue capaz de lamentar esa pérdida. Tomó aire y se estremeció.

Y así es como te comportas

Voló hasta su despacho y recuperó todas sus cosas. Se marchaba inmediatamente. Escupió las palabras de despedida por encima del hombro mientras salía.

—Lo siento, Nick. Tanto si tengo contrato como si no, no pienso quedarme en este sitio ni un segundo más.

Capítulo 8

REDUJO la velocidad de su Mercedes y se detuvo a la altura del número diecinueve. Había encontrado el sitio, sin duda. Reconoció el coche de Alex aparcado en la estrecha entrada.

Pero, ¿de quién era el deportivo rojo de dos puertas situado justo detrás? Había dicho que no tenía pareja. Sintió un espasmo en las entrañas ante la perspectiva de que le hubiera mentido.

Había asegurado que tenía responsabilidades. ¿Sería eso lo que había tratado de confesarle en la cafetería? ¿Mantendría una relación sentimental con un hombre y habría preferido ocultárselo?

Observó la casa durante unos minutos con la ventanilla bajada mientras soplaba la brisa de la mañana. Olía a mar, pero no se veía desde allí. No se había comprado una casa frente al mar. Era extraño, después de su historia de amor con el mar en Creta. Había admirado el azul profundo del océano en contraste con la arena de la playa de un blanco puro y la crudeza de los guijarros. ¿No habría encontrado nada más cerca? ¿O acaso era lo máximo que podía permitirse?

Miró el anticuado chalet una vez más. Una fachada sencilla, construida en piedra. Un porche en madera con listones desconchados y el típico techo rojo de Sydney que, evidentemente, necesitaba una reforma. Apenas había jardín en el patio delantero. Una palmera en un tiesto y un par de viejos rosales, Sin embargo se adivinaba la presencia de un espacio más amplio en la parte trasera.

Un poco de movimiento en la puerta principal captó su atención. Una mujer salió de la casa. Había pasado mucho tiempo, pero todavía reconoció esa figura. Era una versión más alta y más rubia de la propia Alexandra. Suponía que sería la organizadora de las bodas. Observó cómo se despedía y se volvía hacia su coche. La

puerta principal se cerró, la mujer caminó hasta el flamante deportivo, se acomodó al volante y salió marcha atrás.

Nick respiró más tranquilo, aguardó hasta que el deportivo se alejó calle abajo, se bajó del coche y se acercó a la puerta principal.

Llamó al timbre. No hubo respuesta alguna, así que llamó de nuevo.

—¡Un momento! —escuchó la voz de Alex—. Ya voy.

—¿Qué te has… —las palabras se paralizaron en sus labios mientras abría sus enormes ojos azules y fijaba la mirada en él— dejado?

—Mi prometida.

Estaba de pie en la puerta y llevaba la clase de ropa que Nick recordaba de su estancia en Creta. Unos pantalones vaqueros y una camiseta de punto que se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel y revelaba las curvas que habían permanecido ocultas en la oficina. Se preguntó qué estúpida regla impedía que las mujeres acudieran al trabajo en vaqueros. Resultaría mucho más entretenido.

Ella levantó la vista hacia él, la boca entreabierta, y Nick apreció una suerte de estremecimiento a lo largo de su cuerpo.

—¿Qué? —perpleja, Alex recuperó un tanto la compostura, pero su expresión denotaba su confusión y sacudió la cabeza. No Sofía no esta aquí

—No estoy buscando a Sofía —negó con un gesto leve de la cabeza.

—Entonces, ¿qué has querido decir? —preguntó con cara de pocos amigos, la mirada amusgada y el ceño fruncido.

Esperó un segundo, la punta de la lengua entre los labios, mientras una moto aceleraba a su espalda seguida de una segunda moto. Eso desvió su atención.

Era totalmente imposible que se hiciera oír por encima de ese estruendo.

—¿Vas a dejarme entrar o tenemos que discutirlo en la puerta?

Ella arrugó la frente mientras seguía con la mirada las dos motos.

—Lamento el ruido. La familia Simpson vive en el número cincuenta y dos. Están locos por las motos —explicó con indiferencia y, a continuación, lo invitó a entrar.

El salón era pequeño, tal y como había supuesto desde el coche, pero resultaba muy acogedor. Algunas sillas viejas, pero cómodas. Una moqueta fina, bastante raída, en tonos oscuros. Un montón de rostros sonrientes que lo miraban desde los marcos que adornaban con fotografías todas las paredes. Las sonrisas de un chico ya crecido.

Se detuvo, llevado por un impulso, y agarró una de las fotografías.

Ella se volvió, consciente de la súbita rigidez de Nick, observó lo que sostenía entre sus manos y aguantó la respiración.

El tiempo se detuvo. ¿Notaría el parecido a través de una simple fotografía?

—¿Es tu hijo? —preguntó finalmente con la frente arrugada.

Ella asintió con cierta debilidad, tenía la boca seca. «Es nuestro hijo», pensó.

—Jason —dijo mientras intentaba humedecerse los labios.

—Es un chico muy guapo —aseguró—. ¿Cómo ha podido abandonarte su padre y dejarte sola con la responsabilidad de su educación? ¿Cómo es posible que un padre reniegue de un chico así? ¿Qué clase de tipo haría algo semejante"

Ella tragó saliva, algo decepcionada ante la evidencia de que Nick no hubiera notado la familiaridad en los rasgos y consciente de que todavía pesaba sobre ella la responsabilidad de la confesión.

—Nunca tuvo esa intención —dijo—. No fue culpa suya.

—Te abandonó —señaló Nick con el ceño fruncido—. Y todavía lo defiendes. ¿Tanto lo amabas?

Las lágrimas afloraron y Alex volvió la cara. Resultaba casi irónico, después de la actitud que había tenido con ella desde su llegada y del profundo cambio que había sufrido en los últimos años.

—Hubo un tiempo en que creía amarlo —apuntó.

—¿Y no lo odias por lo que te ha hecho?

Alex dirigió una mirada implorante hacia Nick y señaló la foto que todavía sostenía entre sus manos.

—¿Cómo podría odiarlo? Fíjate en el regalo que me hizo. Todavía tengo a Jason. Al menos, tengo a mi hijo. Y eso es mucho.

Nick hizo un movimiento brusco, dejó la fotografía sobre la repisa de la chimenea con cierta brusquedad y ella sintió que había

dicho alguna inconveniencia que lo había molestado, si bien sólo había sido la

verdad.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, cruzada de brazos, y añadió enseguida para que no hubiera equívocos—. Ya sabes que no pienso volver al trabajo.

—Suponía que dirías eso —replicó Nick—, incluso si te dijera lo que ha comentado Dimitri

—¿Por qué? —ladeó la cabeza, picada por la curiosidad—. ¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que no comprendía por qué lo he hecho venir cuando la contabilidad está en perfecto orden —explicó.

—¿Eso ha dicho?

—Dimitri sugeriría algunos cambios menores —asintió—. Pero, en líneas generales, está satisfecho con la operación y la gestión.

Alex asimiló esas palabras, inesperadamente orgullosa de su trabajo. Resultaba halagador que hubieran apreciado su esfuerzo, si bien no había sido Nick en persona.

—En ese caso, si no has venido para presionarme, ¿qué haces aquí?

—¿Dónde está el chico? —preguntó con interés.

—Jason no está en casa. Ha ido a pescar con unos amigos.

Pareció más relajado ante la idea de que un niño ya no pudiera interrumpirlo. Alex estaba segura de que no sentía ni la mitad de alivio que ella. Se estremeció ante la posibilidad de que hubiera aparecido con Jason en la casa. Ya tenía bastantes problemas con la obligación de decirle que se trataba de su hijo. No sería capaz de revelarles la verdad al mismo tiempo.

—Volverá dentro de un rato —comentó mientras Nick vigilaba la calle desde la ventana.

No quería decirle que Jason pasaría fuera todo el fin de semana, pero deseaba calmarlo para que se sintiera cómodo y explicara la razón de su visita.

Se volvió hacia ella y la fuerza de su presencia con-mocionó a Alex. Unos vaqueros negros y una camisa no disminuían el impacto de su porte. Era algo consustancial a él y lo acompañaba a todas partes. Era una marca de nacimiento.

Alex agradeció el brazo de la silla que encontró junto a ella. Eso le ofreció un asidero, algo concreto en lo que apoyarse.

«No va a casarse», repitió mentalmente. Una parte de ella deseaba saltar y gritar que siempre había tenido claro que Sofía no era la mujer apropiada para él, mientras que otra parte se preguntaba por qué se sentía tan resarcida por la noticia.

Pero, ¿por qué se presentaría en su casa para decírselo? ¿Acaso creía que tenía alguna importancia? Salvo que Nick pensara que ella era la persona idónea para cancelar los planes de boda dado que su hermana era la organizadora.

—Espera un momento —dijo—. ¿Qué hay del anuncio del enlace en la prensa de hoy?

Alex avanzó hasta la mesa donde estaba el periódico abierto en la sección de empleo, volvió al índice y buscó las páginas de sociedad.

—Yo misma coloqué el anuncio —añadió. —¿Has encontrado la noticia? —No, todavía no —dijo con la mirada fija en el periódico —. Yo…

La verdad era que no había mirado más allá de los anuncios de trabajo. ¿Qué sentido tendría que confirmase algo que ya sabía? Tenía que preocuparse por su propio futuro en vez de ocuparse de los demás.

—No lo encuentro —dijo mientras revisaba la sección de sociedad.

—No está. Lo he cancelado. —¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —Es muy sencillo —dijo—. No voy a casarme. —Entonces, ¿por qué te has comprometido? —preguntó, perpleja y molesta tanto por Sofía como por su hermana—. ¿Y por qué le has comprado esa alianza? —No he comprado ninguna alianza.

Pero…

Entonces recordó la llamada que había efectuado al banco. Había aumentado el límite de la tarjeta de crédito de Sofía hasta una cantidad muy superior a su límite de cinco cifras.

—¿Sofía compró el anillo?

Nick se encogió de hombros y se acercó a la mesa mientras escudriñaba con detenimiento la casa.

—Es tan sólo una suposición —dijo—. Pero yo no he tenido nada que ver en el asunto.

—Pero ibas a casarte. Todos esos planes…

Nick exhaló el aire con furia y golpeó la mesa con una figura de arcilla modelada por Jason en el colegio que representaba un canguro. Alex se sobresaltó ante el ruido, pero respiró aliviada cuando comprobó que la figura seguía entera. Entonces clavó sus ojos en él y comprendió que no sentía ningún alivio cuando esos ojos negros se fijaban en ella. Esa mirada era como una llama viva que encendía la mecha de sus emociones y, en menos de un minuto, habría perdido el control.

—Me dijo que estaba haciendo un estudio de mercado en el ámbito de las bodas —lanzó una carcajada corta, amarga y levantó la vista al techo—. Creía que estaba interesada en nuestros inquilinos y su estado civil. Parece que tenía otros planes.

—Entonces, ¿nunca pensaste en casarte? ¿Nunca te has comprometido?

—Nunca —aseguró y sus ojos negros retorcieron las entrañas de Alex una vez más.

—Sofía estaba tan segura… —aspiró una gran bocanada de aire.

¡Se había mostrado exultante! Iba a casarse con Nick. Y ahora, de repente, todo había cambiado.

Nick arrugó el ceño y desvió la mirada hacia la calle una vez más.

Sofía es la hija de Aristos y eso lo lleva en la sangre. Quiere exactamente lo mismo que su padre deseaba para ella. Un matrimonio con alguien que fuera de su agrado y, preferiblemente, conectado con la familia. Decidió que yo era la persona idónea y eso, de algún modo, alivió su pena.

—Pero te felicité. Y me dijiste… —Alex pensó en las palabras de Nick.

Quería que Sofía fuese feliz. Quería que tuviese lo mejor. Pero en ningún momento había dicho que fuera a casarse con ella. Había convertido el sueño de Sofía en algo auténtico. Nick sacudió la cabeza.

—Está completamente sola. Sé como se siente. Necesita que alguien se ocupe de ella y estoy dispuesto a buscarle ayuda para que supere la muerte de su padre. Pero, incluso si estuviera interesado en compartir mi vida con Sofía, soy la persona menos indicada para formar una familia.

No podía permitir que esa última afirmación tomara cuerpo. Había expresado esa certeza con la frialdad de un hecho consumado, sin una pizca de arrepentimiento. Estaba claro que creía en esas palabras y Alex tenía que desmentirlo.

—Nick. estoy segura de que eso no es cierto —dijo. Apoyó la mano sobre el antebrazo desnudo de Nick, con un gesto de afecto. Pero, en ese mismo instante, todo altruismo se desvaneció por completo en su cabeza. Sentía la piel firme como una roca bajo la yema de sus dedos. Pero, al mismo tiempo, notaba la suavidad de la fina capa de vello que cubría la piel. Fuerte y suave a un tiempo. Partes distintas de un mismo conjunto. ¿Acaso Nick también era así? ¿Estaba formado por facetas distintas de un mismo todo? Sólo que en el caso de Nick parecía que su faceta más dura se mostraba de puertas afuera, enfrentado al mundo. Era duro, tajante e implacable

¿Poseía un lado interior más dulce bajo esa fachada tan rocosa, en lo más profundo de su persona?

Alex deseaba creerlo.

—La verdad es que ya no importa —dijo, la frente fruncida mientras acariciaba la mano de Alex con la mirada—. Sólo he venido para decirte que me marcho. Vuelvo a Grecia. Y es definitivo, ahora que ha llegado Dimitri para hacerse cargo de todo. Sólo quería que supieras que si quisieras recuperar tu antiguo puesto…

—¿Mi trabajo? —ella apartó la mano—. ¿Después de todo lo que has hecho para asegurarte de que otro ocupara mi puesto? ¿Qué es esto? ¿Una última tentativa para comprarme ahora que Sofía no se interpone en tu camino?

Nick no se movió, pero Alex lo sintió más próximo. La temperatura de su cuerpo había subido y clavó sus ojos negros en ella con tanta intensidad que disolvió el aire.

—No necesito comprarte —dijo.

Alex buscó algo de oxígeno. Estaba demasiado cerca y era demasiado peligroso, una auténtica amenaza. Pero no podía dejarlo marchar así. Tenía que preguntárselo. Tragó saliva y levantó la barbilla.

—¿Por qué estás tan seguro?

En apenas un segundo se situó a su lado y el calor corporal que

emanaba de esa proximidad envolvió a Alex. Miró desde su imponente altura y esa simple mirada puso la piel de gallina a Alex. Sus ojos y sus palabras reflejaban la misma seguridad.

—Nunca ha existido ninguna duda al respecto —apuntó—. Siempre has sido mía.

Los labios de Nick bloquearon la entrada de aire en la boca de Alex, instalados en el ángulo perfecto, y atrajo su cuerpo contra su pecho. En cada punto donde sus cuerpos hacían contacto experimentó una quemazón y la inmediata respuesta de cada poro de su piel que reclamaba un contacto más intenso. Recorrió con sus manos la espalda de Alex mientras su boca hipnotizaba su voluntad y urdía un conjuro de deseo.

Por un momento pensó en rebatirlo. Pero sólo fue un momento. Sabría que estaba mintiendo por la forma en que se inflamaba su cuerpo. Siempre había sido suya. Nunca había puesto los ojos en ningún otro hombre. Nunca había deseado a ningún otro hombre. A lo largo de nueve años sólo había habido una persona que había poblado sus sueños y había teñido de deseo sus noches en vela. Tan sólo el hombre que ahora la tenía entre sus brazos. Sólo había existido Nick. Por siempre, Nick.

Era imposible contenerse. Tenía que corresponder a esa pasión con su propio deseo reprimido. ¡No iba a casarse con Sofía! Su corazón brincó ante la noticia, si bien no tenía tiempo para el análisis. Al menos mientras saborease la boca de Nick entre sus labios, sus alientos fundidos y entremezclados y su cuerpo alerta con cada caricia.

La mano de Alex encontró un hueco entre la camisa y los vaqueros que sus dedos aprovecharon al instante, ansiosos de su carne. Un sonido grave emergió del fondo de su garganta cuando encontró la carne ardiente, el contacto de la piel contra la piel. Tiró de la camisa con fuerza y recorrió con ambas manos la espalda mientras sentía los músculos de Nick en acción. —Hoy vamos a hacer el amor —dijo en un susurro al oído de Alex, de modo que ella sintió antes una vibración que un sonido.

Alex no iba a discutirlo. La rotundidad de su afirmación no admitía discusión. Ambos lo sabían. Esa vez harían el amor. Experimentó un leve estremecimiento, lleno de expectativas y promesas.

Apartó la cara de ella un momento. Sus ojos negros estaban velados por una cortina de deseo. Un deseo instigado por ella. Reconoció la mirada del joven que había conocido en Creta años atrás y se quedó sin aire.

Y supo en ese preciso instante que todavía lo amaba. Estaba perdidamente enamorada de él. Estaba loca por él y no había dejado de amarlo un solo instante en todos esos años. No se trataba sólo de su cuerpo. Su corazón también le pertenecía.

—¿A qué hora tiene que volver tu hijo?

Ella respiró hondo, reacia a romper el hechizo del momento pero consciente de que tendría que revelar su secreto en algún momento.

—Nick, hay algo que tengo que decirte. Yo…

—¿A qué hora llega a casa?

—Volverá mañana. Se ha marchado de acampada el fin de semana —confesó.

Captó el brillo en sus ojos y la sonrisa en la comisura de los labios. Sacudió la cabeza con delicadeza y selló la boca de Alex con un dedo.

—Creo que los dos hemos hablado demasiado —levantó su cuerpo sin esfuerzo y sostuvo a Alex en sus brazos—. Cuéntamelo mañana. Ya es hora de que hagamos el amor.

Volvió a besarla y ella le devolvió el beso, satisfecha de que nada fuera a interponerse en ese momento con su destino.

Hoy harían el amor.

Y al día siguiente le hablaría de su hijo.

Sin dejar de besarla, Nick avanzó por el estrecho pasillo. La cocina quedaba al final del corredor y había dos puertas a mano izquierda en el trayecto. Se detuvo frente a la primera puerta y ella negó con la cabeza. Continuó hasta la segunda puerta.

Alex empujó la puerta con el pie y Nick atravesó el umbral. Era una habitación de techos altos, decorado en estilo Victoriano y presidida por una cama doble

Con cabecero de hierro forjado. Alex tembló a la vista de la cama, ante la idea de acostarse con Nick y él estrechó su cuerpo con fuerza, consciente de su nerviosismo.

Entonces bajó a Alex hasta la cama con suma delicadeza y miró en sus ojos azules, en la profundidad de su alma.

—Quiero verte desnuda —dijo—. Quiero admirar tu piel. Pero antes…

Alargó la mano para soltar la horquilla que le sujetaba el pelo y, con su otra mano, desenredó la melena rubia hasta que se desparramó sobre sus hombros como una cascada de espuma.

Emitió un gruñido de asentimiento, sujetó el rostro de Alex con las dos manos y volvió a besarla con dulzura en la boca.

—Y ahora quiero sentir tu piel —dijo. Se sentó a su lado en la cama y le quitó la camiseta de punto sin esfuerzo. Tiró la prenda a un lado y se detuvo, ensimismado, dirigiendo su mirada ardiente sobre ella.

Hechizado, alargó la mano y tocó su piel. Ella respiró agitada en respuesta y Nick suspiró ante la visión de sus pechos henchidos. Trazó la costura del sujetador de encaje color champaña con el dedo y quemó la piel de Alex mientras bajaba desde el hombro en paralelo al tirante y perfilaba la base de cada pecho con tanta delicadeza que Alex pensó que estallaría. Apartó la mano y rozó con los nudillos uno de sus pezones. Ella arqueó la espalda de modo instintivo y Nick quitó las manos. Adivinó su paradero cuando notó cómo se soltaba el corchete del sujetador y la prenda íntima se destensaba. Un segundo más tarde, Alex festejó la liberación de sus pechos y Nick alejó el sujetador de allí.

La reacción inmediata de Nick autorizó el siguiente paso. Deseaba a Alex. Expuesta a su atenta mirada , sus pezones se endurecieron sobre la piel de gallina de sus pechos. Deseaba tanto sentirse engullida por esos ojos negros como la caricia de sus manos y de su boca sobre sus pechos.

Tomó una de sus manos y la apretó contra ella. Nick sonrió, cerró los dedos sobre la piel y repitió el gesto con la otra mano. Cambió la posición, de manera que soportó el peso de su cuerpo con la mano mientras tumbaba a Alex sobre la cama sin dejar de besarla. Profundizó en el beso mientras sus manos recuperaban su posición anterior y exploraban sus pechos. Pero no era suficiente. Igual que necesitaba la visión de su piel, el contacto con la carne, ella también necesitaba ese contacto. Mientras los labios de Nick trazaban la línea de su cuello, ella desabotonó la camisa.

Precipitada por la fuerza del deseo, Alex apartó finalmente los lados de la camisa y tiró de Nick para que su torso cubriera su

cuerpo desnudo. Todos sus sentidos crepitaron en ese fuego cuando sus cuerpos se mezclaron. Cada contacto de la piel contra la piel era como un pedazo del paraíso y un motivo para seguir adelante. Cuando Nick, bruscamente, se apartó de ella sintió frío, una sensación de desamparo. Pero enseguida se había quitado la camisa y su boca buscaba uno de sus pezones. Lamió la piel oscura aureolada y succionó con tanto mimo que sintió que perdía las sucesivas capas de su antigua vida hasta que recuperó la misma piel que Nick había disfrutado en el pasado.

Acarició cada pezón por turnos y, en cada acometida, enardeció todavía más la piel sonrosada mientras las sensaciones se acumulaban en la profundidad de su deseo.

Y mientras la lengua de Nick trabajaba su cuerpo, ella exploraba con sus manos todo lo que quedaba a su alcance. La espalda, los hombros, las costillas.

Palpó cada músculo bajo la piel y el tacto satinado de su piel cetrina. Pero todavía no era suficiente. No estaban suficientemente cerca. Necesitaba más contacto.

Había intentado apartarlo de su cabeza y de su corazón durante ocho largos años. Pero no podía negar lo que sentía.

Ahora su cuerpo se preparaba para recibirlo de nuevo, para acogerlo en su seno, allí donde lo necesitaba más que ninguna otra cosa.

Nick bajó la cremallera de los vaqueros de Alex y tiró de ellos a lo largo de sus piernas, arrastrando en su acción las braguitas y las sandalias en un único movimiento desesperado. Sus manos acariciaron la longitud de sus piernas con suavidad, pero provistas de una intensidad eléctrica. Saltaban chispas en cada zona en que hacían contacto. El deseo crecía en el interior de Alex a medida que se acercaba el momento inevitable de su unión.

Nick se arrodilló, respiró hondo y pasó la palma de la mano sobre el vientre plano de Alex. Ella se estremeció un poco, consciente de que era distinta a la adolescente que había hecho el amor con él. Desde entonces su cuerpo se había transformado, había tenido un hijo y había sufrido el paso de los años. ¿Cómo reaccionaría Nick?

—Eres tan adorable, Alexandra. Estás mucho más guapa de lo que recordaba.

Esas palabras animaron a Alex y dibujaron una sonrisa en su boca, mezcla de orgullo y gratitud ante el hecho de que la mirada de Nick todavía adorase su figura.

—Hazme el amor —dijo de pronto, incorporándose a medias y tendiéndole una mano.

Reaccionó de inmediato a esa petición y, sin quitarle los ojos de encima, se desabrochó el cinturón y se quitó los pantalones. Y en un momento se quedó desnudo. Entonces le tocó el turno a ella para quedarse sin respiración. Todos sus sueños, todas las noches que se había imaginado en brazos de Nick no podían compararse con la visión del hombre que tenía frente a ella en ese momento.

Le había pedido que le hiciera el amor y sólo ahora comprendía lo que eso implicaba. Tragó saliva ante la imponente presencia de su físico.

—Alexandra —susurró con voz grave mientras se tumbaba sobre ella.

Nick se llevó la palma de la mano a su boca y besó la piel blanca. Un gesto tan sencillo y, al mismo tiempo, tan íntimo que Alex se emocionó en lo más profundo.

—Nick… —dijo antes de que los labios de él encontraran su boca y ya sobraran las palabras.

Sus cuerpos iniciaron un diálogo que sólo ellos conocían. El cuerpo de Nick hacía gala de su fuerza y su maestría en el arte de la seducción y ella respondía a cada insinuación. Las manos de Nick se entregaron al reencuentro de sensaciones olvidadas y el cuerpo de Alex festejó ese nuevo despertar a la vida. El cuerpo de Nick hablaba de deseo y el cuerpo de ella asentía.

La presión creció en su interior hasta que sólo pensó que Nick penetrase en ella y acabase con esos nueve años de abstinencia, ahogándolos en un torbellino de pasión y lujuria. Se aferró a él, sintió el sudor en la parte baja de su espalda y anheló que se enterrase en ella pronto.

Nick la besó y lanzó un gruñido profundo, apartándose.

—Espera un momento —dijo y, un segundo después, volvió sobre ella.

Alex, cuando comprendió lo que había pasado, estuvo a punto de gritar aliviada. Había buscado protección Si bien se sentía halagada por esa consideración— había otras cosas mucho más

inmediatas que merecían una celebración. ¡Por fin! Pronto sentiría a Nick en su interior y terminaría el calvario que había sufrido en silencio tanto tiempo.

Se colocó entre sus piernas, las manos en las caderas. Sin pensarlo, ella levantó la cintura para recibirlo y Nick aceptó la invitación. Primero se movió despacio, más tarde aceleró la presión hasta que finalmente se enterró en ella hasta el fondo.

Ambos se quedaron paralizados un instante, presos del mismo asombro. Alex notó cómo abría los ojos entre la conmoción y el placer. Había una nitidez diáfana en la acción. Parecía que ambos hubieran aguardado demasiado tiempo ese momento y ahora, finalmente, había llegado.

Inició el movimiento con lentitud, reteniéndose y atormentándola, pero se hundió hasta el fondo en el siguiente embate.

Alex se movió bajo su peso mientras crecía el placer en espiral como una tortura y buscaba el desahogo final. Llegó en su siguiente acometida y el mundo inmediato de Alex estalló en mil pedazos mientras llenaba su interior igual que había ocupado por completo su corazón.

Se abrazaron mientras los espasmos desaparecían, sus respiraciones se acompasaban y sus cuerpos bañados en sudor se relajaban. Y Alex supo que sólo habría un hombre en el mundo para ella. No tenía la menor idea de cómo había ignorado esa certeza los últimos nueve años. Pero estaba claro como el agua que en su corazón y en su cama sólo habría sitio para Nick.

«Y está a punto de marcharse», recordó.

El aire se secó en sus pulmones. No había especificado la fecha, pero en unos días o en unas horas se habría marchado y una vez más lo habría perdido.

Nick le apartó un mechón de pelo de los ojos y ella sorprendida, clavó sus ojos azules en los ojos negros de él.

—Estás dándole vueltas a algo —dijo—. Dime en qué estás pensando.

—Tan sólo… —ella sonrió—. Gracias.

Era la verdad. Quería darle las gracias por mostrarle una faceta más amable de su personalidad, una faceta que ella creía perdida para siempre bajo la armadura que Nick se había construido con el

paso de los años. Quería darle las gracias por mostrarle que el hombre que ella había conocido todavía subsistía en su interior.

Arqueó las cejas y las comisuras de los labios a un tiempo mientras recorría con el dedo índice el óvalo de su cara hasta el pecho, cercando el pezón.

—Gracias por pedírmelo. Ahora me toca a mí —rodeó el ombligo con el dedo y, pese a la satisfacción obtenida, el cuerpo de Alex se estremeció en respuesta—. Hazme el amor, Alexandra.

Notó cómo se excitaba, la presión de su erección contra su muslo y anticipó el placer. Nick buscó su boca y ella accedió en un silencio más elocuente que las palabras. Se comunicó a través de sus caricias y de la respuesta de su cuerpo.

Iba a regresar a Grecia. Pero antes de que se marchara se aseguraría de un buen puñado de recuerdos para que la acompañaran a lo largo de las noches solitarias. Recuerdos de Nick. Recuerdos de amor.

Volvió a hacerle el amor y el día transcurrió sin descanso. Pararon para el almuerzo y compartieron una ensalada, algo de pan y recuerdos de Creta. Más tarde pasearon juntos de la mano, junto a la playa, antes de acostarse de nuevo y que la tarde se hiciera noche cerrada.

Alex bostezó después de su último revolcón y se acurrucó en el hueco que ofrecía entre el brazo y el cuerpo de Nick. Éste acarició su hombro con la mano libre en un gesto casi hipnótico. Estaba exhausta y, al mismo tiempo, entusiasmada. Había sido un día perfecto. Pero músculos cuya existencia había olvidado alzaron una protesta.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó adormilada.

—Dentro de unos días —se frotó la frente con la mano.

Alex notó cómo se constreñía su corazón. Había sabido que se marcharía desde el principio, pero se sentía terriblemente decepcionada. ¿Por qué un día entregado al sexo con ella cambiaría sus planes? Ella nunca lo había creído, ¿verdad?

¿Y qué pasaba con su hijo? ¿Se quedaría si descubriera su existencia?

—¿Habría alguna manera de que reconsiderases tu decisión? —se humedeció los labios hinchados por el deseo.

—Tengo trabajo pendiente en Grecia. Ahora que Dimitri está

aquí, nada me retiene en Australia. Tengo que marcharme.

No había vacilado en su respuesta. Tendría que sentirse agradecida ante la claridad de su postura. Cerró los ojos y asintió contra su hombro.

—Lo sé.

Así que se marchaba. Y al día siguiente iba a contarle la verdad sobre Jason. Al menos tendrían una oportunidad para conocerse antes de que se fuera. A la mañana siguiente. A primera hora…

Se había ido. Alex miró la almohada vacía junto a ella. Aguzó los sentidos en busca de algún sonido en el baño, en la cocina. Pero no se oía nada. El silencio de una casa vacía envolvió su cuerpo como un manto frío.

Tan solo se escuchaban los cantos de los pájaros mientras los primeros rayos de luz se colaban entre las rendijas de la cortina del dormitorio.

Alargó una mano. Las sábanas estaban frías. ¿Dónde estaría? Se incorporó sobre la cama y se asomó al suelo, pero sólo reconoció su ropa desperdigada.

Repentinamente despierta, se levantó y se cubrió con la bata, ajena a su maltrecho cuerpo. Comprobó la cocina y el cuarto de baño. Se arrodilló en el sofá y miró a través de las cortinas hacia la calle. Pero no vio nada extraño, aparte de su propio coche.

Recorrió la habitación en busca de algún mensaje o alguna nota. No había nada.

Nick y cualquier rastro de su persona habían desaparecido. Se derrumbó en el sofá. En algún momento, en plena madrugada, se había deslizado fuera de su cama y fuera de su vida.

—Eres una estúpida. Alex Hammond, una estúpida de primera —se dijo cuando la rabia sustituyó la conmoción ante la inesperada huida de Nick—. ¿Cómo has podido enamorarte de alguien así?

Después de todo, había intentado acostarse con ella desde su llegada. Por fin lo había conseguido y, ¿dónde estaba? Se había marchado.

Estaba claro que había logrado su objetivo.

Notó el escozor de las lágrimas, pero la rabia por su propio comportamiento reprimió ese primer impulso. Sorbió la nariz.

—Una pobre estúpida —se repitió, camino de la cocina para prepararse el desayuno.

Había conseguido engañarla por completo. Estaba claro que no le interesaba lo más mínimo lo que ella pudiera decirle. No tenía el menor interés en su vida. Nunca se había interesado. De lo contrario, ¿por qué no se había quedado?

Ahora volaría de regreso a Grecia y nunca sabría nada de su hijo. Bueno eso le estaría bien merecido.

Alex sacó una bolsita de té mientras se mordía el labio inferior. El caso era que eso no arreglaba las cosas. Nick seguía teniendo derecho a conocer a su hijo. Pero no lo sabría antes de la fiesta de cumpleaños de Jason, al día siguiente.

Tiró la bolsita de té en el sumidero y se sentó a la mesa mientras procuraba poner en orden sus ideas.

Tendría que haberle insistido en el tema de Jason antes de que hicieran el amor, pero había resultado más sencillo aplazarlo. No se había mostrado muy convincente. Seguramente Nick no habría querido hacerle el amor después de una noticia así y, en ese momento, eso había parecido más importante. Era asombroso como las hormonas podían anular la lógica y someterse a la lujuria.

Sonó el teléfono y Alex se sobresaltó. Quizás…

Pero era su hermana. Tilly confirmó la hora de la fiesta mientras Alex explicaba los detalles con un tono poco entusiasta y anunciaba que la boda de Sofía se había anulado. Colgó y comprobó la hora en el reloj de pared. Entonces apartó de su cabeza el mundo de las probabilidades y volvió a la cruda realidad.

Estaba previsto que Jason regresara después de la comida. Puesto que había desperdiciado todo el sábado, sólo disponía de unas horas para los preparativos que requería la fiesta de cumpleaños del lunes. Tenía que darse prisa.

Capítulo 9

ESTABAN todos allí. Jason y siete amigos del colegio, incluidos Matt y Jack, se turnaban a la hora de atizarle con un palo de escoba a la piñata que colgaba de la cuerda de tender mientras Alex y Tilly ultimaban los preparativos de la merienda.

Sus padres ya habían llamado desde Perth para desearle un feliz cumpleaños a su nieto. Alex deseó que estuvieran presentes, pero faltaba poco para las Navidades y entonces lo pasarían en grande.

La tarta estaba lista. Era un enorme pastel de chocolate helado con forma de balón de fútbol y ocho velas colocadas alrededor, preparadas para encenderse en el momento justo. Sacaría el postre cuando hubieran terminado con el té de la tarde.

Alex esbozó una sonrisa mientras freía el último rollito de salchicha. Todo estaba saliendo a pedir de boca. Hacía un día precioso. Jason estaba disfrutando y todos los chicos estaban pasándolo estupendamente. Era perfecto.

Sonó el timbre cuando sacaba la última bandeja con comida a la mesa que había colocado en el patio interior. Vaciló un momento, segura de que habían llegado todos los invitados previstos.

—Yo abriré —dijo Tilly—. Seguramente será alguna colecta por una buena causa. No te preocupes y ve con los chicos.

Alex sonrió agradecida y salió por la puerta con mosquitera con la última ración entre las manos. Donde fue recibida con gritos de júbilo por la chiquillería. El último bastonazo había roto la piñata y una lluvia de dulces cayó sobre los chicos. Ocho niños se tiraron inmediatamente al suelo en busca de tan goloso botín. Alex no reprimió una carcajada ante esa escena de rapiña.

Escuchó pasos que venían de la cocina.

—Tilly —llamó—, tienes que ver esto. Es demasiado gracioso.

—Parece que tenemos otro invitado —anunció su hermana desde la puerta.

Alex se volvió y reconoció a Nick detrás de Tilly. Palideció mientras toda su sangre se coagulaba en sus entrañas. Una sola mirada bastó para que le asaltaran los recuerdos del día que habían pasado juntos, proporcionándose mutuo placer…

Todo había sido perfecto. ¿Por qué se había marchado? ¿Y por qué había vuelto? Levantó la barbilla y los miró alternativamente.

—¿Qué está pasando?

—¡Eh, no seas así! —su hermana frunció el ceño—. Nick acaba de disculparse conmigo por hacerme perder el mejor encargo que había tenido hasta ahora. Y ha traído un regalo para Jason. ¡Mira!

Alex arrastró la mirada hasta el paquete que sostenía, arrugó la frente y dirigió la mirada directa a Nick.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a verte y he recordado que hoy celebrabais la fiesta de cumpleaños de tu hijo. Espero que no te moleste, pero no dispongo de mucho tiempo.

—Claro que no le molesta —intervino Tilly—. Todo un detalle por su parte acordarse de Jason, ¿no te parece, Alex?

Alex miró a su hermana, que sonreía con excesivo ánimo .Y estoy segura que Jason apreciara el gesto-prosiguió Tilly mientras Alex sentía cómo le rechinaban los dientes a su hermana, forzándola para que asintiera.

—Gracias —dijo con una sonrisa de compromiso—. Seguro que le gustará mucho.

Miró al grupo de niños que ahora comparaban los frutos de su botín y buscó a su hijo. Estaba justo en el centro y el dolor le atravesó el corazón. Aspiró con fuerza y encontró un nuevo motivo para animarse en la súbita alegría que inundó su corazón desgarrado. Tras ocho largos años, padre e hijo se encontrarían finalmente.

¿Se gustarían?

Llamó a Jason y el niño levantó la vista. Reparó en la presencia de un desconocido junto a su madre. Guardó las chucherías en los bolsillos y corrió hacia Alex mientras estudiaba al extraño con curiosidad.

—Jason —dijo y rodeó a su hijo por la cintura, ya que había

crecido demasiado—, éste es el señor Santos, un compañero de trabajo. Quiere conocerte.

—Es un placer conocerte, Jason. Feliz cumpleaños.

El niño miró a Nick, después se fijó en el regalo y más tarde levantó la vista hacia su madre en busca de aprobación. Ella sonrió, asintió con la cabeza y el niño se relajó, estrechó la mano de Nick y saludó.

—He olvidado comprarte una tarjeta. Espero que no te importe —se disculpó mientras tendía el regalo a jason No, da igual. Gracias, señor Santos.

—Llámame Nick.

—Claro… Gracias, Nick —dijo con el regalo entre las manos y se centró en desenvolverlo—. ¡Genial! Eh, chicos. ¡Fijaos en esto! El balón oficial de la Copa de Mundo. ¿Quién quiere probarlo?

Se volvió para reunirse con sus amigos, pero antes se dio media vuelta.

—Vaya, gracias señor San… Quiero decir, gracias ,Nick

Nick sonrió y alargó la mano para revolverle el pelo.

—Ha sido un placer. Vete y juega un rato con tus amigos. He oído que eres muy bueno. Yo también jugué al fútbol una temporada.

Jason lo miró de soslayo.

—¿Quieres jugar con nosotros? —preguntó.

—Eso sería una gran idea —asintió y siguió a Jason.

En menos de un minuto, el patio trasero estaba ocupado por ocho crios y Nick. Se habían situado en círculo y practicaban toda clase de pases y remates entre ellos.

Alex se limitó a observarlos, boquiabierta.

—Cierra la boca —sugirió Tilly— antes de que anide algún pájaro.

—¿Has visto eso? —preguntó Alex.

—Sí. Dicen que los chicos nunca crecen. Parece que es cierto. Vamos, échame una mano para tapar la comida. Me temo que la merienda será más tarde de lo previsto.

Diez minutos más tarde, las dos mujeres se sentaron en el porche y observaron las evoluciones de los jugadores mientras disfrutaban de una taza de café. Alex agradeció esa tregua para pensar con calma. Nick había dicho que había ido a verla. ¿Qué se traería entre

manos? ¿Habría recordado que ella quería hablarle y eso lo había hecho volver?

Había intentado quitárselo de la cabeza el día anterior, pero había sido infructuoso. Había procurado hacerse a la idea de que no volvería a verlo, pero ahora estaba en el patio de su casa.

Pero, ¿acaso había tenido alguna oportunidad de quitárselo de la cabeza? Cuarenta y ocho horas antes habían compartido la cama, animados por un deseo incontrolable. Su sola visión encendía su cuerpo. El calor se extendió entre sus muslos y cruzó las piernas para reprimirlo. Esa clase de pensamientos no parecían muy acordes con una fiesta infantil.

Finalmente, los jugadores decidieron por unanimidad que ya habían jugado bastante. Todos se acercaron a la mesa entre resoplidos, bañados en sudor, ansiosos por un refresco y algo de comida.

—¡ Vaya! —dijo Jason, de frente a Nick, mientras agarraba un vaso—. ¿Dónde has aprendido a jugar así?

—En Grecia —dijo—. Yo crecí allí.

—¿Eres de Grecia? —miró a su madre con extrañeza y se volvió hacia Nick—. Kalimera, Kyrios Santos.

Nick dejó de servir la bebida mientras los chicos levantaban los vasos hacia él.

—Kalimera, Jason. ¿Hablas griego?

—Estoy estudiando en el colegio. Mi profesor dice que tenemos que practicar siempre que tengamos oportunidad.

—Parece un buen consejo —dijo y llenó el resto de los vasos—. ¿Todos estáis estudiando griego?

Un coro de voces negaron al unísono mientras gritaban «francés» o «español».

—¿Por qué elegiste el griego, Jason?

Se encogió de hombros mientras apilaba en su plato cuatro rollitos de salchicha, tres porciones de pizza y media docena de pinchos de beicon, todo cubierto por una generosa cantidad de salsa de tomate.

—Mamá eligió por mí. Pero está bien. Me gusta —dijo.

—Nick, supongo que no te apetecerá un refresco —intervino Alex, ansiosa por cambiar de tema—. Puedo ofrecerte algo más fuerte. ¿Una cerveza o algo de vino?

—Gracias —dijo con los ojos entrecerrados—, pero me basta el refresco, en serio.

Ella se estremeció ante la mirada penetrante de Nick ¿Estaba todo calculado? Bueno mejor para el Pasara lo que pasara, Nick no podría acusarla de negarle a su hijo sus raíces y su herencia cultural.

—¿Queréis charlar un rato? —preguntó Tilly—. Puedo ocuparme de los chicos. Estoy segura de que no se meterán en líos con la boca llena.

—No hace falta que…

—Nos gustaría…

—Bien —Tilly alternó la mirada entre ambos—. ¿Qué va a ser?

—Está bien —aceptó Alex. Consciente de su derrota mientras se encaminaba hacia la cocina para enfrentarse al gran momento—. Sígueme.

—Será un placer —oyó que decía a su espalda en un tono que le produjo escalofríos.

La cocina estaba en penumbra y tardó unos segundos en acostumbrarse. Había disfrutado el suave balanceo de las caderas de Alex mientras seguía sus pasos hasta la cocina y ahora que se había vuelto hacia él con la espalda apoyada en la encimera disfrutaba la visión del busto bajo la camiseta con cuello en pico. Llevaba una falda con motivos florales que flotaba sobre sus rodillas y sólo se adivinaba la tersura de sus piernas debajo de la tela.

—Creo que a Jason le ha gustado tu regalo. Gracias.

—No ha sido nada —se encogió de hombros—. Después de todo, me he colado en su fiesta.

Ahora que sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad veía con más claridad. Estuvo a punto de sentarse en la mesa, pero se frenó a tiempo cuando descubrió la tarta con forma de balón de fútbol.

—Bonita tarta —dijo, si bien había algo que lo perturbaba.

—Creía que no volvería a verte —dijo Alex.

—No, ya lo supongo —replicó.

—Pero la verdad es que tenemos que hablar… —hubiera querido conducirlo con mano izquierda hasta el tema de su hijo, pero espetó lo primero que le vino a la cabeza—. ¿Por qué te escabulliste la otra mañana?

—Pensé que sería lo más apropiado —dijo, pero había sido más fácil.

—Bien, no fue así. Tenía algo importante que decirte y no diste ninguna oportunidad.

—Lo olvidé —se disculpó.

La realidad era que había deseado marcharse de allí lo antes posible. Sabía que había disfrutado haciendo el amor con Alex, pero había habido algo más. El sexo había resultado increíble, pero habían llegado más lejos. El día que había pasado en compañía de Alex había retrotraído a Nick hasta un tiempo que creía definitivamente extinguido. Se había asustado y, en consecuencia, había huido. No había sido ésa su intención. Volvió la mirada hacia ella y retomó el hilo de su discurso.

—¿Cómo no iba a olvidarlo en una situación semejante?

Ella se sentía del mismo modo. Nick lo leyó en sus grandes ojos y en la manera en que sujetaba la encimera con las manos. Sentía ese calor impalpable que se creaba en su presencia.

Ella se aclaró la garganta, aferrada al borde de la cocina hasta que sus nudillos se volvieron blancos.

—En ese caso, me alegra que hayas vuelto —dijo.

—¿De qué se trata? —preguntó, picado por la curiosidad y más interesado todavía por la tarta con forma de balón de fútbol.

Había algo que no encajaba. Volvió a fijarse en el pastel y, de pronto, lo vio claro.

—¿Cuándo es el cumpleaños de Jason? —preguntó.

Ella pareció desconcertada. Parpadeó y Nick observó cómo tragaba saliva.

—Hoy —señaló.

—No, no me refiero a la fiesta —dijo—. Su cumpleaños —Es hoy —repitió Alex.

¡Hoy! El aniversario de la muerte de Stavros. ¿Qué clase de coincidencia era ésa?

—Pero hoy cumple siete años, ¿verdad? Creía que tenía siete años.

Las velas confirmarían esa sospecha. Ella había conocido a alguien a su regreso a Australia y había tenido su hijo un año más tarde. Nick señaló la tarta.

—Sin embargo veo que hay ocho velas. ¿Alguien ha cometido un

error? —insistió.

Ella lo miró y asintió, pero no logró que se sintiera aliviado. De hecho, experimentó una punzada en la boca del estómago con cada asentimiento de Alex.

—Yo cometí un error. Tendría que habértelo contado mucho antes —vaciló un instante—. Lo siento, Nick. Jason es tu hijo.

Se hizo el silencio. Pasaron los segundos mientras sus miradas se estudiaban hasta que el sujeto de la discusión entró en la cocina y se situó en el centro.

—La tía Tilly dice que ya es la hora de la tarta, antes de que los chicos tengan que marcharse —dijo con impaciencia—. ¿Estáis bien? Tenéis una cara muy rara.

Alex reaccionó en primer lugar. Aspiró con fuerza y movió los hombros para relajarse.

—Estamos bien, Jason. Sólo estamos charlando. Llevaré la tarta enseguida.

—De acuerdo —dijo y salió corriendo por la puerta mientras anunciaba a gritos que la tarta ya estaba en camino.

Alex se acercó a la mesa a cámara lenta mientras procuraba mantenerse a una distancia prudencial de Nick. Deseaba que dijera algo. Pero Nick no movió un solo músculo hasta que ella se inclinó sobre la tarta. Entonces apartó a Alex.

Yo lo haré , dijo en un tono que no admitía réplica—. Ya es hora de que se me permita hacer algo por mi hijo.

Tomó el pastel y se encaminó hacia el patio. Alex se quedó atrás, mordiéndose el labio inferior. Había hablado y se había comportado de un modo civilizado. Ya era un triunfo, dadas las circunstancias. Pero sabía que estaba herido en lo más profundo y confiaba en que no se desquitara en ese momento. Todavía tenía que contárselo a su hijo. Siguió a Nick hasta el patio y advirtió la expresión de extrañeza de Tilly. Nick dejó la tarta sobre la mesa ante las exclamaciones admirativas de los chicos y miró en derredor.

—¿Quieres encender las velas? —Alex alargó la mano.

—Gracias —replicó con corrección, pero su mirada era fría como el hielo mientras tomaba las cerillas de manos de Alex.

Tilly miró a su hermana por encima del hombro con expresión interrogativa. ¿Y bien? Deletreó la pregunta. Alex asintió con un gesto breve y apartó la mirada antes de que su hermana o cualquier

otro apreciara la humedad en sus ojos.

Nick lideró al grupo, después de encender las velas, mientras entonaban el cumpleaños feliz. Alex recordó en el último momento la cámara y cazó el instante en que Jason apagaba las velas de un solo soplido. Por una vez no necesitó la cámara de vídeo. Nick estaba presente para ser testigo de la fiesta de cumpleaños.

—Ahora —dijo Nick cuando se calmaron los ánimos—, pide un deseo.

El chico miró a Nick, ese hombre que parecía haberse hecho con el control de la situación, y frunció el ceño. Entonces buscó a su madre con la mirada. Alex sonrió y el chico se relajó un poco. Entonces cerró los ojos con fuerza durante diez segundos Después los abrió y gritó con fuerza que se pedía el trozo más grande.

Nick cortó la tarta en raciones muy generosas que los chicos apreciaron y antes de que hubieran acabado con la última porción llegaron los padres para llevarse a sus exhaustos hijos, cubiertos de chocolate.

Al poco tiempo sólo quedaron ellos cuatro. Alex temió lo que vendría a continuación mientras iniciaba la limpieza. Sentía la furia que crecía en Nick, la tensión se reflejaba en sus ojos negros y, si bien todo permanecía en calma, sabía que explotaría.

Tilly también lo sentía mientras fregaban los platos sucios en la cocina. Nick miraba a su hijo a través de la ventana mientras éste seguía disfrutando de su regalo.

—Debería marcharme, hermana, dentro de poco —dijo Tilly mientras se secaba las manos con un paño—. ¿Crees que a Jason le gustaría venirse a mi casa un rato?

—¡No! —intervino Nick con severidad.

Tilly retrocedió como si hubiera recibido un bofetón.

—Volveremos, si eso es lo que te preocupa. Pero me da la impresión de que tenéis algún asunto pendiente. Quizás sea mejor que lo resolváis antes de que involucréis a mi sobrino —apuntó.

Nick miró a Alex. ¿Creía realmente que intentaría arrebatárselo cuando finalmente se habían conocido? Pero, si ella hubiera estado en el lugar de Nick, quizás habría albergado las mismas sospechas. No tenía buenas referencias a la hora de informarle de sus planes en el pasado.

—Volverán —dijo—. Te lo prometo.

Masculló algo entre dientes acerca de un par de minutos y salió al patio a tiempo para recibir un pase de zurda de Jason. Ella lo observó desde la ventana y advirtió como desaparecía la tensión de los hombros mientras relajaba los músculos y pateaba la pelota con su hijo.

Y esa escena fue como un balonazo en su estómago. Padre e hijo estaban juntos. La imagen que nunca había tenido en su cabeza ahora se desarrollaba en el patio. Eran como una familia cualquiera en un día festivo. Padre e hijo jugaban al fútbol en el patio mientras mamá limpiaba la cocina. El cliché dibujó una sonrisa sarcástica en su boca.

—¿Estarás bien? —preguntó Tilly mientras guardaba las llaves en el bolso.

—Claro —aseguró—. Será mejor que lo hablemos. Algún día tenía que ocurrir, supongo.

Tilly besó a su hermana en la mejilla, le apretó el brazo con cariño y sonrió.

—Volveré dentro de una hora, ¿de acuerdo? Pero llámame al móvil antes si me necesitas —dijo.

Alex llamó a Jason que apareció a la carrera con el balón en las manos. Se despidió con un beso rápido en la mejilla y se marcharon.

Alex saludó con la mano desde la puerta principal y notó la presencia de Nick a su espalda. Se le erizó el vello de la nuca y reconoció el aroma masculino. Cada célula de su cuerpo advirtió la amenazadora presencia. Sólo que esa vez había otros motivos muy distintos para esa reacción.

Alex se sintió atemorizada.

—Gracias por invitarme al octavo cumpleaños de mi hijo —señaló Nick.

Ella cerró los ojos, rezó para que tuviera fuerzas y se encaró con el padre de Jason.

—Te habría invitado si no hubieras saltado de mi cama sin decirme una palabra.

—Eso lo dices ahora —clavó su mirada en ella—.

¿Cómo esperas que te crea ahora? Me has mentido durante ocho años, más incluso. ¿Por qué ibas a empezar a decir la verdad precisamente ahora?

—¡Yo nunca te he mentido!

—¿Y cómo explicas estos ocho años de silencio? Me has ocultado a mi hijo durante todo este tiempo. Me has privado de verlo crecer. ¿Acaso eso no es una mentira?

—Yo no te mentí…

—¿Y cuándo me lo habrías contado si no llego a presentarme en Sydney? ¿Y si no hubiera llamado a tu puerta esta tarde? ¿Cuánto me habrías hecho esperar hasta decirme la verdad? Nunca habría sabido que Jason era hijo mío porque nunca me lo habrías contado.

Se volvió hacia el otro lado del salón, tomó una fotografía al azar y después eligió otra.

—Ya me he perdido ocho años de su vida. ¿Cuánto tiempo más habrías permitido que pasara sin conocerlo?

De pronto se acercó hasta una cómoda de cajones en una esquina de la habitación. Alex se agachó y tiró del último cajón.

—Mira —dijo y sacó uno de los muchos álbumes almacenados —. Tengo multitud de fotografías y… vídeos. Cada uno de sus cumpleaños, recién nacido, los primeros pasos… Tengo todo grabado en vídeo.

—¿Has tenido a mi hijo durante ocho años y sólo se te ocurre ofrecerme una selección de los mejores momentos en vídeo?

Ella devolvió el álbum al cajón y cerró de un golpe seco, consciente de lo patética que resultaba su oferta. Nick tenía razón. Había sido una estúpida al creer que unas cuantas fotografías o unas imágenes en vídeo restituirían ocho años de ausencia.

—¿Y dónde está el padre en todos esos vídeos? Has privado a tu hijo de su padre durante ocho años.

¿Cómo has podido comportarte con tanto egoísmo?

¡Egoísmo! Había luchado durante ocho años para ofrecerle seguridad a su hijo, había sacrificado su juventud para convertirse en una madre soltera de un niño que no había buscado pero al que había ofrecido todo su amor. Esa acusación dolió a Alex en lo más profundo. Tragó saliva para aliviar el fuego en su garganta y reprimió las lágrimas.

—También es hijo mío —recordó—. No lo olvides.

—¿Cómo iba a olvidarlo? Tiene que ser hijo tuyo. En ningún momento insinuaste que yo estuviera involucrado —hizo una pausa y sus ojos se iluminaron—. Por eso presentaste tu dimisión,

¿verdad? Así no tendrías que decírmelo. Y yo nunca me enteraría.

—No fue exactamente así… —tragó saliva—. Puedo explicártelo…

En tres zancadas atravesó la habitación y se plantó frente a ella, sujetándola por los brazos e intimidándola con esos ojos negros hasta que Alex se sintió indefensa.

—Entonces, ¿qué pasó? ¿Por qué nunca me lo dijiste? ¿Por qué me dejaste creer que era fruto de otra relación? ¿Por qué no me llamaste cuando nació?

—Pensé que no me creerías —dijo Alex.

—¿Cómo?

—Utilizamos un preservativo. No debí quedarme embarazada. ¿Por qué ibas a creerme? —preguntó.

—Pero tuviste un hijo. ¿Cómo pudiste ocultárselo a su padre?

—Ya lo sé —sorbió, avergonzada—. Te llamé el día que nació, ¿te acuerdas? Llamé para contártelo. Pero fue el día que…

—El día que falleció Stavros —concluyó Nick, que soltó a Alex y se dio media vuelta—. No nos habría importado una buena noticia ese día.

Ella soltó una carcajada seca, frágil. Se frotó los brazos doloridos

—No habría sido una buena noticia —dijo—. Al menos, para tu familia.

—¿No habría sido una buena noticia? Mi familia ha sufrido un golpe tras otro desde entonces. ¿No crees que merecíamos un poco de felicidad? Algo en lo que volcarnos. ¿Un hijo para mí o un nieto para mis padres?

—Un nieto ilegítimo para tus padres. El segundo, ¿recuerdas?

Rechazó las palabras de Alex con un gesto brusco.

—¡Ese niño nunca llevó la sangre de Stavros!

—Pero Stavros creía que era hijo suyo. Se enfrentó a los deseos de tus padres. Se casó con la madre, convencido de que hacía lo más correcto.

—Ella sólo buscaba el dinero…

—Sí, igual que su amante. Quería sobornar a tu familia. Pero el plan se torció y Stavros actuó de buen corazón. Así que ella ganó el premio gordo. Se casó con el primogénito de la familia Santos y volvió loco de celos a su amante hasta que éste no soporto la idea de que ella no volvería y mató a Stavros.

—¿Y eso qué tiene que ver con el hecho de que me ocultases la verdad?

Ella lo miró un momento, anonadada.

—¿No recuerdas cómo te sentías los meses previos al fatídico desenlace? Mes tras mes me contabas cómo había empeorado la situación. Me asegurabas que tus padres no aceptarían a la chica. Me decías que ella se había apropiado de su herencia y que estaba gastándose el dinero a toda velocidad mientras dejaba a su hijo en manos de una niñera —Alex tomó aire—. Después me explicaste que Stavros había comprendido su terrible equivocación. El día que descubrí que estaba embarazada, ellos acababan de casarse. Pensé que era muy romántico que hubiera desafiado a su familia y se hubiera casado por amor. Pero sabia que tu familia, incluido tú, estabais en contra de ese matrimonio. Y estaba yo, deseosa de que todo les fuera bien.

Ella cesó en sus explicaciones, pero Nick guardó silencio. Alex no sabía si sus palabras habían tenido algún efecto sobre él. Apretaba la mandíbula y sus ojos negros reflejaban la ira contenida. Ella se humedeció los labios resecos.

—Pero las cosas no mejoraron. Fueron a peor. Y cuanto más empeoraban, más miedo sentía ante la idea de contártelo. Sabía que tus padres nunca me creerían. Sabía que tú nunca me creerías.

—¿Cómo puedes decirme eso?

—Porque nunca creíste en la otra historia. Me dijiste que Stavros había utilizado un preservativo. Pensabas que ella estaba mintiendo. ¿Por qué ibas a creerme a mí?

—¡Ella estaba mintiendo!

—Por supuesto —Alex levantó una pizca la barbilla—. Y no ibas a dejarte engañar una segunda vez con la misma historia.

—Pero seguía teniendo derecho a saberlo —dijo mientras le rechinaban los dientes.

Ella asintió y su voz sonó más resignada. Agarró una de las fotografías que tenía en la repisa, sobre la chimenea. Jason tenía tan sólo dos años de vida, envuelto en el chai azul del hospital, sus pequeños ojos negros absorbiéndolo todo. Alex sonrió.

—Ya lo sé. Por eso te llamé el día que Jason nació. Le miré a la cara y supe que tenía que decírtelo. Así que telefoneé… —su voz se quebró cuando recordó ese día, la tensión, la alegría ante la idea de

compartirlo con Nick y la noticia de la tragedia que había conmocionado a la familia.

Alex levantó la vista y advirtió una cortina de lágrimas en los ojos de Nick. Y supo que también él recordaba la fecha.

¿Crees que tu familia y tu os habríais interesado por la noticia? —Alex vaciló—. Te habías convertido en el heredero de la noche a la mañana. Había pensado que mientras fueras el hermano pequeño, si Stavros lo conseguía, quizás nosotros tendríamos una oportunidad. Pero, tras la muerte de Stavros, no pude hacerlo…

—Parece que Stavros y yo teníamos algo en común. Ambos nos enamoramos de mujeres que eran unas mentirosas —señaló.

—Ella mintió para atrapar a Stavros. Yo nunca intenté atraparte. Hice todo lo posible para protegerte —protestó.

Nick giró sobre los tobillos y miró al techo, las manos entrelazadas en la nuca y el pecho henchido. Pasó una eternidad antes de que se volviera y entonces el brillo en sus ojos había desaparecido y ardía la llama de la ira.

—¡Pero ocho años! En todo este tiempo no has intentado arreglar las cosas. No has intentado llamarme ni me has escrito ni me has enviado una de esas fotografías que coleccionas. Has mantenido a mi hijo alejado de mí.

—Supongo que ésa es la impresión que da —Alex apartó la mirada—. Pero ésa no era mi intención, Nick. Nunca quise que ocurriera de este modo. Tienes que creerme.

—No, no creo que tenga que creer en nada de lo que dices. Has ocultado tu secreto durante ocho años. ¿Qué más me has ocultado?

—No sé a qué te refieres —replicó.

—¿Tendrías que contarme más cosas que desconozco? ¿Mi hijo ha sufrido algún problema médico relevante? ¿Es un buen estudiante?

—¿Qué? Ya has visto con tus propios ojos que está perfectamente. Y tiene las mejores notas de su clase. Tengo una carpeta con las evaluaciones. ¿Quieres

—No te escandalices de ese modo —rechazó la oferta con un gesto despectivo—. No puedo confiar en que me digas la verdad. Es normal que me interese por todo. Y prepárate para muchas más preguntas acerca de mi hijo.

—Nuestro hijo —recalcó.

—¿Ah? —curvó los labios en una sonrisa irónica y se acercó a ella—. Así que ahora es nuestro hijo, ¿verdad? Es muy generoso por tu parte.

Ella hizo caso omiso de su sarcasmo. Después de todo, tenía derecho a sentirse agraviado. Pero eso no implicaba que tuviera que obviar que también era hijo suyo.

—Ya sé que tienes que recuperar el tiempo perdido. Tendremos que buscar algún acuerdo. Puedes visitarlo siempre que quieras. Estoy segura de que Jason lo agradecerá —señaló.

—Estoy seguro —arqueó una ceja—. Pero creo que, después de todo, ambos nos merecemos algo más.

—¿Qué quieres decir? —un escalofrío recomo su espalda.

—Es muy sencillo. Has tenido a mi hijo durante ocho años. Ahora ha llegado mi turno. Volverá conmigo a Grecia.

Capítulo 10

¡NO! ¡NO puedes hacerlo! —gritó, aterrada. —¿Por qué no? Creo que sería lo más equitativo, ¿no te parece? Ocho años contigo y ocho años conmigo. Puedes venir a buscarlo cuando cumpla dieciséis años, si todavía te recuerda.

—No lo dices en serio.

—¿Realmente crees que me he convertido en un monstruo? —ladeó la cabeza y esbozó una media sonrisa—. Bien, quizás sea cierto.

Nick apartó la cabeza para que el pánico reflejado en los ojos azules de Alex no lo distrajera. Pero no tenía otra alternativa. Ella no le había dado otra opción, después de lo que había hecho.

Facilitaría los trámites para que no resultase traumático para el chico. Dimitri tendría buenos contactos. Se encargaría de que tuviera los mejores cuidados y el mejor colegio. Buscaría a los mejores entrenadores de fútbol. Su hijo disfrutaría de lo mejor. Y él tendría a su hijo.

—El chico vendrá conmigo —sentenció, encarándose con Alex.

—¿Lo llevarás contigo a Grecia? ¿Cómo puedes hacerle algo así? ¿No entiendes que eso supondrá una conmoción para él?

—Pero, querida Alexandra, ¿no te das cuenta del buen trabajo que has hecho preparándolo para este día? Juega al fútbol, nuestro deporte nacional, y habla griego .Estará como en casa

—¡Pero su hogar está aquí!

—Puedo ofrecerle mucho más —dijo tras una mirada desdeñosa a su alrededor—. Puedo ofrecerle su herencia. No necesita vivir de este modo.

Alex se clavó las uñas en la palma de la mano y se esforzó en respirar.

—¿Cómo, exactamente?

—Todos estos años han resultado muy duros —se encogió de hombros—. Jason merece algo mejor y yo puedo ofrecérselo.

—Eso no es justo. Hay cosas más importantes que el dinero en esta vida.

—¡No me hables de justicia! Me has ocultado a mi hijo durante ocho años. Me has negado el derecho a la paternidad. Eres la persona menos indicada para decirme lo que es justo. Mi hijo vendrá conmigo a Grecia. Está decidido. Prepararé todo.

—No puedes llevártelo. No tiene pasaporte —dijo Alex.

Comprendió que eso lo había sorprendido. Nunca lo habría imaginado.

—¿Cuánto se tarda en conseguirlo?

—Una semana, puede que dos. Siempre que acceda y dé mi consentimiento —apuntó.

Nick se acercó y sujetó a Alex por la nuca de modo que tuviera que mirarlo a los ojos. Ella colocó las manos abiertas contra su pecho. Sentía la rigidez de los pezones entre sus dedos mientras luchaba para evitar que sus cuerpos se juntaran.

Sentía el latido de su corazón, lento y potente, y supo que su propio pulso cabalgaba desbocado a un ritmo frenético. Por un momento pensó que iba a besarla y fue presa de la confusión. Separó los labios, pero no estaba segura de lo que había motivado ese gesto automático.

Pero en vez de su boca, Nick paso el dedo y el aire mezclado con el perfume de su piel se agarró en su garganta.

—Ya lo creo que firmarás. Tienes mucho por lo que compensarme —dijo.

En el exterior se oyó el ruido de un coche. Nick volvió la cara hacia la ventana, pero Alex supo que Tilly y Jason estaban de regreso.

—Vaya, mi hijo ha vuelto —anunció, soltando a Alex—. ¿He de suponer que no le has dicho nada a Jason?

Demasiado perturbada por el contacto. Alex asintió.

—Entonces ha llegado la hora de que se lo contemos —señaló.

Alex corrió tras él mientras se encaminaba a la puerta.

Cinco minutos más tarde Tilly se había marchado y Jason estaba en el sofá con un vaso de leche mientras jugaba con el balón.

—Tenemos algo que decirte, Jason —comenzó Alex. Arrodillada frente a su hijo con las manos entrelazadas.

Resistió la tentación de quitarle una brizna de hierba que tenía pegada a la piel. Sabía que si lo tocaba querría abrazarlo para protegerlo de los secretos y sus consecuencias. Pero una mirada de soslayo a Nick bastó para que comprendiera que nada los protegería de la verdad.

Nick se movió a su lado, impaciente. Ella apretó los labios y buscó las palabras justas.

—Claro que es posible que te resulte algo extraño —continuó.

Jason los miró por turnos y su expresión seria contrastaba con la marca de la leche impresa en los labios. Sin decir una sola palabra, dejó el vaso de leche en la mesa, se recostó en el sofá y soltó un resoplido.

—¿Tiene algo que ver con que el señor Sant… o sea. Nick, sea mi padre?

Alex se tambaleó, pero atisbo la cara de asombro de Nick

—Sí, pero… ¿cómo lo has sabido?

—Pedí un deseo cuando soplé las velas. ¿Puedo contarlo ahora que se ha hecho realidad? —preguntó avergonzado.

—Claro que sí —su madre le revolvió el pelo.

—¿Es el hombre de todas esas cartas?

—¿Qué cartas? —Nick frunció el ceño.

—Mamá tiene una caja en el armario llena de cartas de alguien llamado Nick. Dice que era su novio antes de que yo naciera. Eras tú, ¿verdad?

—Sí, era yo —asintió Nick y miró a Alex, que sacudió la cabeza.

—Estaba limpiando… Había olvidado que estaban ahí.

—Bien. Jason —dijo Nick. impasible—. ¿Te gustaría acompañarme a Grecia y practicar el idioma a fondo?

—¿Grecia? ¿En serio? Eso sería genial. Espera a que se lo cuente a los chicos en clase —exclamó.

—Sólo si estás seguro, Jason. Es un viaje muy largo y quizás te quedes allí una temporada. ¿No querrías esperar al final del trimestre?

—Nada de eso. ¿Cuándo nos vamos?

Alex intentó sonreír, pero era demasiado difícil mientras su corazón se desgarraba. De pronto, Jason se tiró al cuello de Alex y

la estrechó con todas sus fuerzas.

—Gracias, mamá. Éste ha sido el mejor cumpleaños de mi vida. ¿Puedo llevarme el balón de fútbol conmigo?

—Seguro que puedes —acertó a decir mientras abrazaba a su hijo e ignoraba las punzadas de dolor y las lágrimas.

—Genial —dijo y se soltó de su madre tan rápido como se había lanzado—. ¿Puedo jugar un rato en el patio de atrás?

Alex asintió. Resultaba mas sencillo que articular palabra alguna con esa gran sensación de pérdida que atenazaba su voz.

A pesar de lo mucho que detestaba la idea, Alex sabía que no podía negarle el pasaporte ni la posibilidad de que conociera su otra casa. Era lo más justo.

Perdería a su hijo tan rápido como había salido por la puerta del salón. En un par de semanas, se marcharía a la otra punta del mundo y ella se quedaría sin nada.

—Espero que estés satisfecho —dijo al fin mientras se secaba las lágrimas con el envés de la mano.

—Bien —se golpeó las piernas con las manos—. Quiero que mañana te encargues del pasaporte. Yo me ocuparé de los billetes.

—Y después me arrebatarás a mi hijo —Alex sorbió la nariz.

—Igual que tú me lo quitaste a mí —replicó con extrema crudeza.

—No, no es lo mismo. Tú no sabías que existía hasta hoy. Yo lo he querido durante ocho años. Lo he criado, he cuidado de él cuando ha enfermado y he participado de su alegría cada vez que ha logrado sus objetivos —su voz apenas era un susurro, pero tenía que decirle lo que esa pérdida supondría para ella—. Quitármelo de mi lado es mucho peor…

Su voz amenazó con quebrarse en un sollozo y se detuvo.

Tenía que alejarse de allí. Nick había entrado en su casa y había consumido toda su fuerza vital. Sentía que ya no quedaba oxígeno y se fue a la cocina.

Un mes antes había tenido un trabajo, una casa nueva y un hijo al que adoraba. Nick lo había trastocado todo. Ahora tendría que buscar otro trabajo para hacer frente a las letras de la hipoteca. Había perdido el respeto por sí misma después de un día en el que había hecho el amor sin descanso y que sólo le había dejado recuerdos amargos, Y ahora perdería a Jason la única luz en su vida

que le daba fuerzas para continuar. Nick iba a arrebatárselo.

Y, tan sólo dos días antes, había admitido que todavía amaba a Nick. ¿Qué había tenido de bueno esa asunción?

Nick siempre había tenido previsto su regreso a Grecia y ella había contemplado ese día con una mezcla de alivio y tristeza. Su marcha ya habría resultado bastante dura. Iba a perderlo por segunda vez. Pero ahora la pena se vería superada por una agonía mucho mayor. Ahora se llevaría a su hijo con él.

Iba a perderlos a los dos.

Nick dedicó todo su tiempo libre a Jason en los días posteriores para conocerlo mejor. Incluso se quedó a cuidarlo cuando Alex se ausentó para acudir a sus clases nocturnas. Era difícil reprochárselo cuando mostraba un interés tan genuino por su hijo.

Nick había decidido que hicieran una salida familiar el fin de semana y pensó en ir al zoo. Jason respondió con su entusiasmo habitual siempre que se trataba de Nick. A los ojos del chico. Nick no tenía un solo defecto desde que había aparecido con el balón de fútbol en su fiesta de cumpleaños.

Alex asistía al espectáculo con resignación, pero sabía que era lógico. Se comportaban como padre e hijo. Nick había asumido su papel como si hubiera nacido para ello. Y Jason estaba disfrutándolo. Parecía que todos sus sueños se hubieran hecho realidad de golpe.

Alex reprimió un suspiro. Para ella, la pesadilla estaba a punto de empezar. En pocos días tendría el pasaporte de Jason en regla y se marcharía. No sabía cómo sobreviviría a su partida. Podría haberse negado a acompañarlos, pero no quería perderse un solo momento de estar con su hijo.

Buscó a Nick con la mirada entre la muchedumbre. Había ido a por unos helados mientras Jason se entretenía con las piruetas de un orangután. El animal repetía el ejercicio una y otra vez en busca del aplauso de la audiencia.

Jason apretó la mano de su madre, señaló al animal y rió a carcajadas.

Sin notarlo, el orangután cambió su rutina y se bajó del poste. Entonces se lanzó sobre el público, saltó y se estrelló contra la valla frente a la gente. La multitud suspiró y retrocedió al instante, antes de echarse a reír de forma espontánea. Jason también rió, si bien se

había asustado tanto como los demás.

Nick permaneció a un lado, de pie con los helados, y observó a Alex con Jason. Ella estaba riéndose con tanta fuerza que tuvo que secarse las lágrimas.

Era bueno verla reír de ese modo. Últimamente no había reído demasiado. Estaba demacrada y ojerosa. Pero ahora estaba risueña, radiante y preciosa, y posaba las manos en los hombros de Jason que también reía con ganas.

Y entonces algo se movió en su interior, algo vago que se alojó en un lugar profundo y que lo arañaba cada vez que respiraba hasta que frunció el ceño.

Todavía deseaba a Alex y el deseo había crecido después de su encuentro de la última semana. Esa certeza lo sorprendió. Pero lo más curioso era que ya no estaba furioso con ella. Sentía más bien un cierto pesar por cómo habían transcurrido las cosas en esos ocho años.

Alex se volvió, la sonrisa se le congeló en su expresión, y sólo sus ojos reflejaron sorpresa ante el hecho de que Nick estuviera mirándolos. Nick alejó de su cabeza esos sentimientos confusos y devolvió la sonrisa mientras levantaba los helados con un gesto triunfal. Alex levantó las comisuras de los labios y giró a Jason para que viera lo que venia de camino—¡Helado! —gritó—. ¡Genial!

Pasearon por el zoo con los helados y observaron los animales. Y cuando terminaron los helados caminaron de la mano, Jason en el centro, y recorrieron el parque. Compartieron la comida debajo de un árbol con otras familias y después Jason enseñó a Nick cómo se daba de comer a los canguros. Alex hizo fotos de los dos hasta que un hombre se ofreció para retratarlos a los tres juntos. Después caminaron un poco más y Nick se las arregló para situarse entre Alex y Jason. Así pasearon otro rato de la mano.

Eran cerca de las nueve y media cuando llegaron a casa. Jason se acostó y Nick sugirió que tomaran una copa de vino para terminar la velada.

—Sí, por favor —asintió Alex, cansada y somnolienta.

Normalmente deseaba que Nick se marchara lo antes posible, pero había sido un día maravilloso en el que se habían acercado a una auténtica familia. Sabía que no podía durar y por eso se negaba a que terminase.

Se sentaron en el porche. Soplaba una brisa cálida y las polillas zumbaban alrededor de la luz tenue mientras el barrio se sumía lentamente en el silencio. El sonido de las olas en la costa mecía la ciudad.

Nick dejó las copas de vino sobre la mesa y se sentó a su lado. Ambos guardaron silencio durante largo rato.

Alex estaba cansada, pero por primera vez se sentía cómoda y relajada en compañía de Nick. Se había librado de la tensión en su visita al zoo y ahora estaba a gusto. Pasara lo que pasara en el futuro, conservaría el recuerdo de ese día como un tesoro.

Y podía decir que estaba contenta con la relación que se había establecido entre Nick y Jason. Nunca habría permitido que Jason se marchara a Grecia si no le hubiese gustado su recién estrenado padre o si Nick no se hubiera portado bien. Pero las cosas estaban yendo mejor de lo que había imaginado. Pese al cinismo que Nick había mostrado hacia la vida en familia, había asumido su nuevo papel con una entrega absoluta. Estaba claro que habían establecido una relación sólida que se consolidaría en Grecia. Eso suponía, al menos, un cierto consuelo. En algún momento tendría que decirle a Jason que no iría con ellos a Grecia. Sería más llevadero cuanta más confianza tuviera con Nick.

Alex suspiró y tomó su copa de vino.

—¿Estás cansada? —preguntó Nick con voz suave.

Ella dirigió su mirada hacia él y asintió, sorprendida de que estuviera tan atento con ella. Tenía la luz a su espalda y su cara estaba en sombra. Eso tendría que haberlo hecho más peligroso, pero esa noche se suavizaron sus facciones. Sus rasgos se acomodaron en la penumbra y Alex se sintió relajada y cómoda a su lado.

Quizás fuera el efecto del vino. El alcohol combinado con una jornada agotadora. Quizás ya había tenido suficiente. Dejó la copa en la mesa y apoyó el brazo en la butaca un segundo. La mano de Nick se cerró sobre su mano y cubrió por completo sus dedos. Ella no se sorprendió. Habían caminado de la mano a lo largo del día como buenos amigos. Era una sensación agradable, nada más.

La mano de Nick se notaba cálida. Cálida y confortable, igual que él, y notó cómo acariciaba su piel con el pulgar al ritmo que marcaban las olas. Parecía como si la espuma del mar besara su

mano. Alex cerró los ojos y se dejó invadir por esa sensación. Ese suave masaje resultaba tan embriagador como el vino. Experimentó una sensación de bienestar que se instaló en lo más profundo de su alma.

Nick cambió la postura y acarició con sus dedos la palma de su mano en un cosquilleo que se propagó por el brazo de Alex, Dibujó una línea desde la muñeca hasta el codo e inflamó las venas que circulaban bajo la piel. Ella respiró agitada, notó cómo se endurecían los pezones, consciente de que algo estaba cambiando. De pronto se había convertido en algo mucho más peligroso que un apretón de manos.

Abrió los ojos y observó cómo Nick la miraba fijamente. También él había cambiado. Ya no parecía cómodo y relajado. A pesar de la penumbra, sus ojos reflejaban el deseo que latía en su cuerpo. Ella se quedó sin aire mientras sus sentidos salían del letargo en respuesta a esa invitación.

Sabía que la deseaba. Estaba escrito en su mirada y en sus caricias. Y si seguía por ese camino comprendería que ese deseo era recíproco.

Y no quería que Nick lo descubriese. No quería que supiese que incluso cuando iba a llevarse a su hijo, ella todavía no había superado la adicción a su cuerpo. Ya era bastante duro enfrentarse ella sola a esa realidad. Sólo faltaba que también él se enterase de esa debilidad.

Nick inclinó la cabeza hacia su mano y rozó la piel con sus labios en un breve cortejo que terminó en un beso lleno de promesas. Ella jadeó, el corazón en un puño, mientras la lengua de Nick humedecía su piel y prometía más pasión, más contacto.

El deseo y el pánico crecieron en su interior en igual medida. Alex se sentó erguida, apartó la mano y se incorporó como un resorte.

—Creo que es mejor que te marches.

Nick la miró desde abajo con una mirada escéptica.

—Por favor —insistió casi en una súplica.

Entonces Nick asintió y se levantó, alisándose los pantalones vaqueros.

—Como quieras —dijo.

Siguió con los ojos el gesto de Nick y deseó no haberlo hecho. La

suave turgencia de los vaqueros inflamó su ánimo y le convenció de que había hecho lo correcto. Sabía adonde conducía el camino que habían tomado. Ya había estado antes. Durante unos breves instantes disfrutaría del paraíso, un mundo de pasión y sensaciones exquisitas más allá de lo imaginable. Pero después llegaría el lamento, el sabor agridulce de una relación vacía, un esfuerzo desperdiciado y un mañana sin futuro.

Entonces, ¿por qué seguía deseándolo? ¿No tendría que resultarle más sencillo, ya que sabía que hacía lo correcto?

Nick la tomó de la mano y ella lo miró sorprendida.

—Vamos —dijo—, todavía puedes acompañarme hasta la puerta.

Ella asintió, muda a causa de la perplejidad, y lo siguió obediente hasta dentro.

Nick se paró frente a la habitación de Jason. La puerta estaba entreabierta y un rayo de luz de luna iluminaba la cama. Dormía plácidamente, con la boca abierta. Abrazaba con una mano su oso de peluche y la otra colgaba fuera de la cama, cerca del balón de fútbol que descansaba a los pies de la cama.

Permanecieron, hombro con hombro, en el pasillo, mirándolo mientras dormía. Se extasiaron con la visión de su cara de ángel y su respiración sosegada.

Y cuando ella levantó la vista hacia Nick, él estaba mirándola con tanta elocuencia que esa sensación atravesó su cuerpo como un susurro.

—Es un chico muy guapo —musitó Nick—. Guapo como su madre. Y fuerte. Has hecho un buen trabajo.

Ella tragó saliva mientras sostenía la mirada de Nick. Ella quería decirle que la educación de Jason se había convertido en su único objetivo en su vida, pero no deseaba discutirlo en ese momento. Había sido un día demasiado especial para estropearlo con una riña.

Y tenia otras cosas en que pensar cuando los dedos de Nick soltaron su mano y se agarraron al pantalón, tirando de ella con suave firmeza hasta que sus cuerpos se amoldaron y ella sintió la presión de su erección contra su vientre. A pesar de que echara los hombros hacia atrás, Nick buscó sus labios con insistencia.

Había supuesto que su beso resultaría brusco y forzado en virtud de un ataque tan repentino. Pero cuando sus labios alcanzaron su

objetivo no actuaron con fiereza ni premeditación. Acarició sus labios con delicadeza en una invitación cordial para que se uniera a él. La pasión estaba latente. Alex podía sentirlo bajo la superficie. Pero Nick deseaba que ella participase de ese mismo deseo.

En cierta manera, ese gesto era una maravilla. Quizás hubiera dejado de considerarla un objetivo fácil. Quizás sintiera algo por ella, incluso si sólo respondía al hecho de que fuera la madre de su hijo. Quizás quisiera algo más que poseerla en la puerta del dormitorio de su hijo.

En todo caso, estaba aguardando que ella tomara la decisión, y esa generosidad cautivó su corazón y forzó dos lágrimas.

No era que no quisiera acostarse con él. Pero, ¿no había tenido suficiente? ¿Por qué quería más? No podía entregarle nada más sin perderse por completo.

Finalmente, consciente del silencio de Alex, se retiró, tomó aire y le dirigió una mirada cálida y llena de interrogantes. Secó las lágrimas con la yema de sus dedos. Frunció el ceño y ella desvió la mirada hacia Jason para evitarlo.

—Deberías marcharte —suspiró, mareada y sin aliento.

Confiaba en que aceptara su consejo porque sabía que si Nick rechazaba esa oferta no tendría escapatoria.Nick no discutió dejó que lo acompañara hasta la entrada y se paró un instante antes de volverse hacia ella.

—Quiero que sepas que Jason estará en muy buenas manos. Dimitri ha buscado una persona muy cualificada para que cuide de él.

—¿Qué quieres decir? —se cruzó de brazos, súbitamente rígida.

—Sólo digo que he pasado fuera mucho tiempo. Tengo un negocio del que ocuparme. Obviamente, no podré dedicarle tanto tiempo como me gustaría. Al menos, de momento —explicó.

La sensación de calidez y agrado que había experimentado en compañía de Nick empezó a difuminarse. La imagen de Jason, solo o abandonado o, todavía peor, en compañía de algún extraño en un enorme mausoleo asedió su cabeza. No era ésa la imagen que Nick había proyectado. ¿Cómo podría hacerle eso a su hijo?

—Deberías haberlo pensado mejor antes de robarme a mi hijo de mi lado —espetó.

—Difícilmente puedo robarte algo que legítimamente ya me

pertenece —replicó con contundencia y seriedad.

—Pero, ¿por qué te lo llevas si sabes que no vas a poder ocuparte de él? ¿Por qué quieres arrancarlo de su hogar, de su colegio, de sus amigos y de su madre si sabes que no puedes comprometerte con él? ¿Crees que es justo hacerle eso a un niño de ocho años?

—Tendrá un nuevo colegio, hará nuevos amigos y ya te he dicho que se encargará de su cuidado la mejor persona disponible —repitió.

—Si tiene que ser así, ¿por qué no dejas que vaya con él y me ocupe personalmente?

Ese pensamiento había surgido de la nada, pero haría lo que fuera para impedir que Jason se sintiera solo y desamparado en un país extraño. Estaba segura de que Nick se portaría bien con él cuando estuviera presente. Se llevaban estupendamente. Pero el anuncio de Nick de que no dispondría de mucho tiempo libre aterrorizaba a Alex.

¿Quién era ese desconocido al que iba a confiar a su hijo? Ni siquiera él lo sabía.

—No —la negativa de Nick atravesó a Alex como el filo de una navaja—. No es una opción válida.

—¿Qué quiere decir eso de que no es una opción? Necesitas a alguien que se ocupe de Jason. Conmigo será feliz. Y estoy disponible.

¿Acaso no veía que era perfecto? No tendría que despedirse de Jason. Nick podría tenerlo con él y ella no se vería forzada a la renuncia de su hijo. Alex se atragantó con una carcajada irónica.

—Míralo desde mi punto de vista. Ya no tengo trabajo. No puedo hacer frente al pago de esta casa. Y cuando te lleves a Jason no me quedará nada. Es una alternativa perfecta —insistió.

—No —negó con la cabeza.

—Pero, ¿por qué?

Nick miró fijamente a Alex, la cara levemente inclinada de modo que la luz de las farolas destacara los ángulos rectos de su rostro y avivara su mirada oscura.

—¿Necesitas preguntármelo?

—¿Es un castigo? ¿Es lo que recibo por haberlo criado yo sola? ¿Mi paga a cambio de mi lucha diaria por ofrecerle un hogar?

—No adoptes el papel de mártir. Alexandra, no te sienta bien. Si lo prefieres, piensa que es tu merecido por haber mantenido a Jason en secreto.

—¡Vamos! ¿Crees realmente que hubieras celebrado su llegada hace ocho años?

—Supongo que ya nunca lo sabremos, dado que no me concediste la menor oportunidad —sacó las llaves del bolsillo—. Quiero que me avises tan pronto como recibas el pasaporte de Jason

Sin más, se volvió y abrió las puertas del coche con el mando. Y, un minuto después, se había marchado envuelto en una nube de humo y el rugido de su motor.

Alex permaneció de pie en la entrada un rato, el alma rota en mil pedazos y la sangre en ebullición después de su enésima disputa. Un esfuerzo inútil para que el día no se estropeara, pero al final todo se había derrumbado.

¿Acaso nunca la perdonaría? A lo largo del día, había sentido que tenía en Nick a un verdadero amigo. Y poco antes podría haberlo conducido a su cama si lo hubiera deseado. Estaba claro que todavía se sentía atraído por ella.

Deseaba su cuerpo. Quería a su hijo. Pero no había nada detrás de esos deseos. No quería nada con ella.

Nick condujo un buen trecho a lo largo de la costa, sin rumbo fijo, ansioso por que la brisa despejara la ansiedad que consumía su cuerpo y la tensión acumulada en su cerebro. Una combinación que no era ninguna novedad. Ambas sensaciones iban de la mano en cada uno de sus encuentros con Alexandra.

No había asumido lo furioso que se sentía. Por un momento, la lujuria había borrado ese sentimiento. Todo el día junto a ella había resultado casi insoportable. Y estaba seguro de que ella le habría hecho el amor esa noche si hubiera insistido. ¿Qué había frenado a Alex?

Incluso después de su último enfrentamiento ardía en deseos de poseerla. Era como una dolencia crónica que no tuviera cura. A lo largo de los últimos años, pese a la distancia, el dolor había persistido, amortiguado. Y se había revelado en toda su crudeza la misma mañana que había entrado en la oficina. Si había creído que remitiría esa quemazón después del encuentro de la semana anterior, se había equivocado. El dolor seguía ahí. Como una

picadura, y aumentaba cada minuto.

La renuncia de Alex esa noche había agudizado ese dolor, pese a la agria discusión que habían tenido. Deseaba a Alex con todas sus fuerzas, a pesar de todo, y negarlo equivalía a negar la propia existencia. Pero, ¿significaba eso que la había perdonado?

Ya se había perdido ocho años de la vida de su hijo. ¿Cuánto habría tardado en conocerlo si no hubiera recibido el extraño encargo de su tío?

Y todo se debía a que ella había mentido. Había guardado en secreto la existencia de Jason y no lo habría descubierto si no se hubiera presentado de improviso.

¿Por qué las mentiras y los secretos habían marcado a su familia? Primero había sido el turno de su hermano y ahora le había tocado a él. Las mentiras de la esposa de Stavros le habían costado la vida. Había creído sus historias, se había enamorado y había pagado un precio demasiado alto.

Nick cerró los puños sobre el volante. Su hermano se había enamorado locamente de esa mujer, había hecho caso omiso de los consejos y sólo había escuchado las viles mentiras de su mujer. Se había mostrado tan cegado por la lujuria que había rechazado las pruebas de paternidad.

Era una maldita bruja y se aseguraría de que se pudriera en la cárcel junto a su amante. Era lo único que podía hacer por su hermano.

Todas eran iguales. La mujer de Stavros y Alexandra. Ambas habían mentido para salirse con la suya. Mujeres que te inflamaban de deseo y se apropiaban de lo que les apetecía.

Ella tenía razón. Era la hora de que recibiera su justo pago. Mujeres como ella merecían ese trato por sus mentiras, sus verdades ocultas y el daño que habían infligido a terceras personas.

Ella se lo merecía.

Nick lo sabía, reconocía la justicia de ese hecho, pero eso no aliviaba la confusión en su mente. Había algo que no cuadraba.

Una mujer había mentido para casarse con su familia mientras que otra había hecho todo lo posible para apartarse. Una mujer había planeado enriquecerse mientras otra había sobrevivido en los márgenes de la vida como madre soltera. ¿Por qué lo habría hecho cuando Nick hubiera podido mantenerlos a ambos?

Redujo una marcha y detuvo el coche en el arcén, cansado del rumbo que habían tomado su coche y sus pensamientos.

Era tarde. La luna brillaba en el cielo y las estrellas parpadeaban en el firmamento. Miró en su dirección, seguro de que la respuesta se encontraba en algún sitio. Estaba al alcance de la mano, igual que esas estrellas, sólo que no era tan sencillo.

Bajó la cabeza y movió el cuello para aliviar la tensión acumulada en los hombros. Se suponía que la conducción tenía que relajarlo, pero no había funcionado. Giró la llave de encendido, escuchó el rugido de su motor y metió primera.

Pronto estaría de vuelta en casa junto a su hijo. Perdía el tiempo al pensar en otra cosa que no fuera eso.

Alex estaba arrodillada y trataba de guardar en la maleta todos los bártulos de Jason. Sabía que no cabrían todas sus cosas. Tendría que reordenarlo y dejarse algunas cosas en casa.

El pasaporte había llegado a principios de semana.

Había sacado el sobre del buzón y había sentido como se constreñía su corazón. El último obstáculo había caído y ahora ambos se marcharían.

Partirían dentro de dos días. Era imposible que no pensara en ello. No dejaba de preguntarse cómo sería su vida sin Jason y cómo saldría adelante.

Tenía tres meses por delante antes de su primera visita. Nick, al menos, le había concedido esa posibilidad. Pero serían los tres meses más largos de su vida.

Un coche se detuvo en la entrada.

—¡Ya ha llegado! —gritó Jason. Pero Alex no necesitaba confirmarlo.

Sabía que se trataba de él. Sentía su presencia en el ambiente y en la respuesta de su cuerpo. Se le erizó el vello de la nuca.

Se abrió la puerta de entrada y escuchó el saludo de Jason a su padre en griego mientras se abrazaba a él. Echaría mucho de menos a su hijo y su peculiar forma de hacerlo todo corriendo y gritando. Su vida iba a volverse mucho más tranquila.

De pronto aparecieron en el umbral de la puerta. Nick llevaba vaqueros negros y una camisa blanca con el cuello abierto que acentuaba su piel cetrina y sus rasgos. Ella tragó saliva, impresionada por la imponente figura que tenía frente a ella, y se

recogió un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Hola —saludó.

—¿Me preguntaba si necesitarías esto? —y mostró una maleta nueva—. Me parece que Jason tiene un montón de pertenencias.

—Es cierto —afirmó—. Estoy un poco abrumada con todas sus cosas. Gracias.

—Y todavía no ha empezado con sus cosas, ¿verdad, mamá?

Nick frunció el ceño y dirigió una mirada inquisitiva a Alex. Ella sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa de cara a su hijo

—No te preocupes. ¿A qué hora viene a buscarte el padre de Matt para el partido?

—Ya llega tarde —ladeó la cabeza, escuchó una bocina, salió disparado y volvió al instante—. Tengo que irme. Os veo luego, chicos.

Corrió hacia la calle mientras Alex lo seguía para preguntarle al padre de Matt la hora de regreso. Después desaparecieron y Alex volvió a la casa.

Nick estaba esperándola, apoyado en el marco de la puerta con los brazos y las piernas cruzados. No parecía muy contento.

—Gracias por la maleta —dijo mientras buscaba la forma de entrar en la habitación sin tocarlo—. Me preguntaba cómo me las arreglaría para que cupiera todo.

—¿Evitando la verdad una vez más?

—¿A qué viene eso?

—¿Cuándo pensabas contárselo?

—¡Ah! —Alex comprendió la pregunta de Nick—. Iba a decírselo mañana.

—¿Estás segura? ¿No estarías planeando decírselo justo antes de que subiera al avión conmigo? —apuntó.

—¿De qué estás hablando?

—Quizás estuvieras pensando en montar una escena en el aeropuerto. Un niño arrancado de los brazos de su madre por un padre extranjero. ¿Eso es lo que tenías pensado? La prensa local estaría encantada con un escándalo así.

—Olvídalo, Nick. Si hubiera querido impedírtelo nunca habría firmado los papeles del pasaporte —replicó Alex.

—Salvo que quieras avergonzarme.

—Estás loco —y lo apartó de un empujón sin pensarlo.

—¿Eso crees? —Nick alargó la mano y sujetó a Alex del brazo—. Tienes una extraña habilidad para esquivar la verdad hasta que te topas de bruces con ella ¿por qué no se lo has dicho si no tienes pensado humillarme en público? ¿Por qué lo dejas para el último momento? A no ser que se haya convertido en una costumbre para ti.

—¿Por qué no se lo he dicho? —tiró del brazo con todas sus fuerzas para librarse—. Es mi hijo…

—¡Y mío!

—Sí. Pero es un niño. No es una posesión. Y lo conozco. Es cierto, podría habérselo dicho hace una semana. Pero, ¿por qué iba a decirle que iba a marcharse a Grecia solo con un padre al que apenas conoce? ¿De qué le serviría saberlo antes de que tuviera la oportunidad de conocerte mejor?

—Nos llevamos muy bien.

—Ya lo sé. Sé que existen las circunstancias para una excelente relación. Pero toda relación necesita tiempo para fortalecerse y por eso he esperado. Seguramente será una conmoción para él cuando sepa que no voy a subirme a ese avión. Ha vivido conmigo toda su vida y apenas ha pasado contigo, ¿cuánto? ¿Diez días? Sí, se marcha a una aventura maravillosa con una persona que aprecia. Pero se sentirá menos seguro si no estoy a su lado.

—¿A qué hora vuelve?

—¿Por qué? —preguntó con recelo.

—Porque eres incapaz de enfrentarte a la verdad. Se lo diré yo.

—¿Y qué versión de la verdad vas a contarle?

—Sólo hay una versión posible. La única verdad es que se viene a Grecia conmigo.

—¿Y también le dirás que una niñera, una desconocida se ocupará de él porque tú no tendrás tiempo? ¿También le dirás que cuando te sugerí que me llevaras contigo tú te negaste? ¿Vas a contárselo todo o sólo la parte que te interesa que sepa?

Nick emitió una suerte de gruñido, se acercó a ella y sujetó a Alex por las muñecas.

—¿Ahora, de pronto, te has convertido en una experta en el tema de la verdad?

—No, nunca he proclamado que fuera una experta. Sólo digo que algunas veces no resulta sencillo ponerle límites a la verdad. A

veces coexisten varias verdades. Y a veces hay diferentes puntos de vista.

—Sé lo que intentas, pero no conseguirás disfrazar el hecho de que me ocultaste a mi hijo durante ocho años. Tu versión de la verdad vale tanto como una mentira.

—Yo nunca te he mentido. No creía que tu familia estuviera preparada para escuchar la verdad en aquel momento. Quizás me equivoqué.

—Sí, igual que la mujer de Stavros cuando reclamaba que era el padre de su hijo.

Ella lo miró detenidamente, advirtió la mezcla de furia y dolor en sus ojos y comprendió hasta qué punto lo habían marcado las tragedias familiares. Utilizaba las cicatrices como escudos.

—Yo no maté a Stavros, Nick. ¿Cuándo dejarás de acusarme de su muerte? ¿Cuándo dejarás de castigarme por lo que pasó?

Capítulo 11

NICK soltó a Alex tan rápido como la había sujetado y se alejó.
—Eso no tiene sentido.

—¿No lo tiene? —ella sacudió la cabeza y se frotó las muñecas doloridas—. Estoy de tu parte, Nick. La mujer de Stavros traicionó su confianza y mintió porque quería el dinero de la familia.

—Pero dijiste que deseabas que su matrimonio funcionase.

—Y así era, al principio. Por esa época estaba embarazada. Pensé que si Stavros, heredero de la familia, podía sobreponerse a un matrimonio basado en un hijo inesperado, entonces quizás nosotros también tuviéramos una oportunidad. Yo no tenía la menor idea de que ella estaba mintiendo. Y vi lo que su traición le hizo a tu familia. Lo leí en tus cartas. Y lo sentí en tus palabras. Cada vez me resultaba más difícil confesártelo. Odiabas a esa mujer. La odiabas porque había engañado a tu hermano para que se casara. Y había entrado en la familia utilizando un embarazo más que sospechoso. Hablas de la verdad. Claro que deseaba compartir contigo la noticia de mi embarazo pero, ¿habrías podido anunciar otro embarazo inesperado en esas circunstancias? ¿Una familia dividida por la desconfianza, rota por el dolor y la tragedia? Lo dudo. La persona que yo conocí en Creta hubiera hecho cualquier cosa para ahorrarle a su familia más disgustos.

Alex hizo una pausa para tomar aire y para comprobar si sus palabras habían tenido algún efecto. Comprendió que había adoptado un tono demasiado noble.

—Además, me acobardé —Nick levantó la mirada hacia ella, pero Alex lo mandó callar hasta que hubiera terminado—. Me asustaba la reacción de tu familia. Temía que me odiaran por lo que había pasado. Temía que me acusaran de mentirosa, interesada y

que me prohibieran volverte a ver.

Alex se encogió de hombros y suspiró.

—Así que elegí el camino más fácil. Guardé en secreto el nacimiento de Jason porque sabía que era tuyo. Había disfrutado las vacaciones en Creta y siempre tendría a Jason conmigo para recordarlo.

—No eres ninguna cobarde, Alexandra —dijo Nick con sus ojos negros clavados en ella con intensidad—. Nunca he conocido una mujer más valiente que tú.

—No lo creas —hizo caso omiso de su comentario—. Me acobardé cada vez más cuando Jason creció. Quería que lo conocieras, pero temía que lo alejaras de mí. Y tenía motivos para temerlo.

—Pero vas a dejarlo marchar —apuntó Nick.

—No quiero hacerlo —asintió a regañadientes—. Pero es lo más justo. Tienes derecho a disfrutar de nuestro hijo. Al fin y al cabo es obra de los dos.

El silencio se adueñó de la habitación mientras ambos permanecían quietos. Finalmente Nick lanzó un suspiró y cruzó la estancia hasta situarse frente a ella, acariciándole la mejilla con la mano.

—¿Te das cuenta de lo que digo? Nunca he conocido a una mujer con tanta fuerza.

Alex apoyó la cara contra su mano en un gesto instintivo y aceptó la caricia.

—Has luchado en solitario para educar a nuestro hijo a lo largo de estos años —añadió Nick—. Y ahora vas a entregármelo.

Se formo un nudo en su garganta en otro momento, esas palabras habrían sido una acusación. Pero ahora parecían más próximas al respeto. Algo había cambiado, algo que le dio esperanza y ánimo para continuar.

—Estaba equivocada —dijo con la voz entrecortada—. Creía que hacía bien al ocultártelo, pero eso sólo complicó las cosas. Lo siento tanto, Nick…

Hundió la cabeza mientras las lágrimas acechaban en sus ojos azules y Nick la estrechó entre sus brazos contra su pecho.

Frotó la espalda de Alex mientras le acariciaba la mejilla con la otra mano. Sintió la humedad en las yemas de sus dedos mientras

Alex sollozaba entre hipidos.

Pero no se echó a llorar, tal y como había supuesto cuando la había abrazado, y notó cómo luchaba para controlarse cada vez que respiraba. Pensara lo que pensara de sí misma, Alexandra era una mujer muy fuerte. Estaba destrozada ante la perspectiva de que se llevara a su hijo a Grecia, lejos de ella, pero se mantenía entera.

De pronto, pensó que tenía razón.

Nick apartó esa idea de su cabeza. No tenía sentido remontarse al pasado. Tenía que concentrarse en el futuro, en Grecia, con su hijo. Pero seguía sin sentirse cómodo.

Stavros había muerto. Jason no tendría a su tío ni a sus abuelos para que malcriasen a su nieto.

¿Cómo habrían reaccionado? ¿Un nieto que había vivido toda su vida en la otra punta del mundo aparecía de pronto en sus vidas? ¿Habría logrado convencerlos? ¿Igual que lo había conseguido Stavros?

¿Y qué? Stavros había sido víctima de una mentira, de un engaño.

¿Habrían creído sus padres que Jason era hijo suyo? Ya no era un bebé y seguro que habrían detectado el parecido.

Recordó la amargura de aquellos días, los enfrentamientos, las acusaciones terribles y la fe de su hermano, insistente y luminosa pese a su error.

Y entonces la lógica implícita en las palabras de Alex cobró sentido.

Su familia no había creído que aquel niño fuera hijo de Stavros. ¿Por qué habrían creído que Jason sí era hijo suyo?

De pronto se disipó la nebulosa que había oscurecido su capacidad de raciocinio y la verdad se reveló ante sus ojos con implacable crudeza.

Sus padres se habrían sentido desolados. Una réplica de la tragedia que había matado a su primogénito los habría llevado a la tumba. Nunca habrían permitido la entrada de Alexandra en la familia. No habría tenido la menor oportunidad.

Incluso si él hubiera creído en ella.

Y estaba seguro de que habría creído en su palabra. Por aquella época estaba locamente enamorado de ella. ¿Cómo habría desconfiado de su confesión?

Sin embargo, en el ambiente de aquellos días…

Miró a la mujer que tenía entre sus brazos, sintió su cálido aliento a través de la fina tela de la camisa, disfrutó la presión de sus pechos contra su torso y aspiró el fresco aroma que despedía su piel. Bajó la cabeza y besó su frente.

—No tiene nada de extraño que actuaras como lo hiciste —dijo con dulzura—. No tienes que disculparte.

Notó la reacción de Alex y aprovechó ese momento. Ella se agitó entre sus brazos, levantó la cara un palmo, estiró los brazos y se desplegó como una mariposa que hiciera una primera tentativa para salir de la crisálida.

Levantó la cara lentamente para encontrarse con él. Sorbió una última vez, parpadeó y miró fijamente a Nick.

—¿Hablas en serio? —preguntó, temerosa de haberlo malinterpretado.

Pese al pelo revuelto, el rastro de las lágrimas en las mejillas y la boca entreabierta nunca había estado tan bonita. Tan fuerte y tan vulnerable a un tiempo.

Una fuerza primitiva se adueño de su ánimo, impulsándolo a poseerla y hacerla suya. Un gemido gutural evidenció ese deseo primigenio hasta que sus labios se acoplaron con la boca de Alex.

Acarició sus labios con ternura y delicadeza. Era la mejor respuesta que podía ofrecerle mientras intentaba borrar el dolor de los últimos años, la angustia y la pena que había sufrido por culpa de su familia.

La boca de Alex respondió con cautela a esas atenciones hasta que separó los labios en un suspiro y ofreció consuelo a Nick.

El tiempo se detuvo mientras aceptaba esa invitación. El sabor de esos labios carnosos encendió su pasión e intensificó todas las sensaciones. Y ahora no intentaba tan sólo aliviar el dolor de Alex. Ahora buscaba su propia absolución.

Consciente de esa necesidad, Alex lo besó en la boca, en los ojos y en la cara. Esas caricias aliviaban su dolor y avivaban su deseo. Apretó su cuerpo contra él hasta que todas sus curvas encontraron una zona de contacto. Las manos de Nick perfilaron su silueta como si se tratase de una escultura de carne y hueso adherida a su figura.

No tenía la menor duda de la excitación de Nick. Sacó la camisa del pantalón y recorrió la espalda desnuda con las manos,

agarrándolo con tanta fuerza que sentía las uñas clavadas en su piel.

Nick gruñó con una mezcla de placer y dolor, frustrado por la barrera que imponía la ropa. Ahora su necesidad se había hecho más insistente, más carnal y necesitaba el contacto de la carne.

Pasó las manos por la espalda de Alex y bajó a lo largo de la falda plisada. Enrolló la tela en los pulgares y subió lentamente las manos mientras acariciaba sus muslos a medida que remangaba la tela. Ella jadeó y se movió un poco para cambiar el peso de cuerpo. Separó levemente las piernas y franqueó el acceso para que llegara entre sus muslos, donde las manos de Nick se toparon con las braguitas de encaje. Era el último obstáculo. Las braguitas húmedas de encaje. Nick soltó un gemido.

Era como fuego líquido entre sus manos y elevaba su temperatura hasta límites estratosféricos. Y estaba tan excitada como él. Eso amenazaba con sacarlo de quicio.

Las manos de Alex cayeron hasta el pantalón y sus dedos se engancharon en el cinturón. Nick levantó su barbilla y obligó a Alex a mirarlo a la cara.

—¿Y Jason? —preguntó.

—Tardará varias horas en volver —replicó con la respiración agitada, las pupilas dilatadas y resplandecientes.

Entonces la besó, consciente de que había respondido a su pregunta afirmativamente mientras ella seguía inmersa en la lucha con la hebilla del cinturón. Nick se incorporó para facilitarle el trabajo. Estaba ansioso por liberarse y cada vez que las manos de Alex rozaban su cuerpo, incluso por encima de la tela vaquera, sus contoneos lo volvían completamente loco.

Ahora tenía mejor acceso a la espalda de Alex y agarró una de sus nalgas por debajo de la tela de la braguita con una mano. Ella se estremeció y se apresuró. Tiró el cinturón y se afanó con la cremallera del pantalón.

Nick deslizó la mano hasta la hendidura húmeda que ardía y reclamaba el contacto. Ella gimió cuando sintió dos dedos entre sus pliegues y se arqueó mientras su respiración se aceleraba.

En pleno frenesí, tiró a un lado los pantalones y rodeó con la palma la erección mientras separaba el elástico del calzoncillo con la otra mano. Y entonces se vio libre y fue su turno para el gemido mientras las manos de Alex inflamaban sus sentidos.

De pronto notó que necesitaba penetrarla por completo. Arrancó las braguitas y levantó la falda de modo que sintiera la caricia del vello púbico contra su erección, presionada contra su vientre. Obligó a que retrocediera hasta la pared.

Ella lo rodeó con los brazos mientras Nick levantaba su cuerpo en el aire y colocó las piernas sobre sus caderas. Apoyó una mano en la pared y se ayudó de su otra mano para abrirse camino hasta ella, situándose en la entrada.

Ella gritó algo incomprensible, pero expresaba claramente su deseo, su anhelo, sus ansias y supo que todo eso se correspondía con sus propios sentimientos. Se enterró en ella con una fuerte sacudida y Alex apoyó la cabeza contra la pared, los ojos abiertos de par en par en pleno éxtasis.

Nick se retiró, aguardó en la frontera y embistió de nuevo, más profundo. Gotas de sudor se acumulaban en sus ojos y componían una mezcla de placer y dolor. Entonces aumentó el ritmo. Ella apretó las caderas contra él todo lo que pudo y acompañó cada embestida con un golpe seco de cintura. Quería guiarlo hasta la zona más profunda, allí donde el pasado sería erradicado y se desvanecerían para siempre el dolor y la culpa.

Nick se contuvo una y otra vez para atacarla con más fuerza. Cada vez crecía más el ansia en su interior con una urgencia imparable. Alex alcanzó el clímax ante su arremetida y gritó enfebrecida. Los espasmos de su cuerpo forzaron el orgasmo de Nick y descargó su pasión en ella.

Se acurrucaron el uno junto al otro mientras recuperaban el aliento y, al cabo de unos minutos, Alex apoyó las piernas en el suelo. Sus rodillas flaquearon y Nick la sostuvo mientras mordisqueaba el lóbulo de su oreja. Tenía un sabor salado, cálido. Los mechones húmedos de su pelo le hacían cosquillas en la nariz.

Alex se quedó ahí, la espalda contra la pared, los brazos alrededor de su cuello mientras se calmaba su pulso y sentía el aliento de Nick en su pelo. Había pensado que nada podría superar el encuentro que habían tenido la semana anterior, pero esa vez estaba conmocionada física y mentalmente. Y todavía quería más.

Pese a que había recuperado cierta normalidad, ese deseo seguía latente en su cuerpo. Quería sentirlo cerca y rodearlo con su cuerpo.

Había dicho que ella estaba equivocada. ¿Y si él estaba

equivocado? Alex estaba perdida en sus brazos, consciente de los placeres que encontraría ahí. No había manera en que pudiera negar esas sensaciones.

Al menos mientras estuviera enamorada de él. Y seguro que Nick también sentía algo por ella, ¿no? Había dicho que no necesitaba disculparse, pero no se había explicado. ¿Se habrían suavizado sus posturas con respecto a ella? Quizás ahora fuera más elocuente. Quizás ahora que habían colmado ese deseo se tomaran el tiempo necesario para explicarse.

Pareció que Nick adivinó sus pensamientos. Lanzó un suspiró, levantó la cabeza y golpeó la pared con el puño cerrado. Ella se estremeció ante ese inesperado golpe.

—Debo estar loco —se alejó y se abrochó los vaqueros.

Alexandra se quedó paralizada, helada tanto por las palabras de Nick como por el vacío que había dejado su cuerpo. Las braguitas estaban en el suelo, frente a ella señal evidente de su locura. Ella se separó de la pared, recuperó la prenda íntima y se encaminó hacia su dormitorio.

—Si estás loco, supongo que eso me convierte en una estúpida —dijo.

Corrió a la habitación, a la espera del llanto, pero las lágrimas no llegaron. Sentía una furia que inflamaba sus venas.

Nick la alcanzó en el pasillo, sujetó la muñeca en que llevaba las braguitas e hizo que se volviese para mirarlo. Su mirada reflejaba un evidente suplicio.

—Quizás los dos hayamos sido unos estúpidos. Me refería al hecho de que no he usado un preservativo. Lo lamento, Alexandra. Nunca me había pasado antes.

—¿Te preocupa que hayas podido dejarme embarazada?

Pensó en esa posibilidad. No era probable, pero existía esa posibilidad. Ese pensamiento dibujó una sonrisa en su rostro. Resultaría, hasta cierto punto, irónico.

—No es eso lo único que me preocupa —dijo—. Hay otros riesgos.

—Si te sirve de consuelo —dijo con la vista fija en la mano que retenía su muñeca—, es imposible que te haya contagiado algo. Puedes quedarte tranquilo.

—Incluso si eso me preocupara, ¿cómo puedes tener esa certeza?

—Porque nunca ha existido otra persona, Nick. Has sido mi única relación —levantó una ceja—. ¿Puedes decirme lo mismo?

—Soy un hombre —soltó la muñeca de Alex—. ¿Tú que crees?

—Oh. Bueno, creo que eres todo un hombre —malinterpretó la pregunta de Nick a propósito—. ¿No acabas de demostrármelo? Pero seguramente no haya motivos para preocuparnos. Así que olvídalo. Si ocurre algo, te prometo que te lo diré

—No puedo marcharme a Grecia y dejarte aquí, sola —dijo.

—Estaré bien, Nick. Seguro que me viene la regla antes de que subas a ese avión —se encogió de hombros—. Es tan sencillo como eso. Problema resuelto.

—No. Deberías acompañarnos a Grecia.

Alex se frotó la frente con una mano y entró en el dormitorio. No podía encararse con él medio desnuda. Se había puesto las braguitas cuando Nick entró en la habitación. Alex se sintió más preparada para el enfrentamiento.

—¿Quieres que vuelva a Grecia? ¿Por qué iba a regresar a Grecia sólo porque existe una probabilidad de que esté embarazada? No puedo desplazarme hasta Grecia sólo por un antojo. Tengo una vida propia. Responsabilidades. Mis padres vienen a verme en Navidad. ¿Cómo voy a marcharme? Ya resultará bastante duro explicarles la marcha de Jason. ¿Acaso has cambiado de opinión y quieres que me ocupe de Jason durante tus obligadas ausencias laborales? ¿O sencillamente te apetece disponer de mí para el sexo? ¡Admitámoslo! Caigo con tanta facilidad en tu reclamo, algo de lo que también disfruto, que sería normal que pensaras en ello.

Nick vaciló un momento y Alex habría jurado que podía ver las maquinaciones que se desarrollaban en su mente.

—En ese caso, cásate conmigo —dijo al fin—. ¡Vendrás en calidad de esposa!

Capítulo 12

¿ES UNA proposición? —preguntó, incrédula. Era una idea ridícula. Todo lo que había hecho para citarse con ella sugería que deseaba alejarse de ella a toda costa. No quería que viajara a Grecia para ocuparse de Jason y resultaba patente que no deseaba tomarla como esposa.

¿Todo eso sólo en virtud de la escasa probabilidad de que estuviera embarazada? ¿Desconfiaba tanto de ella que llegaría a casarse para evitar que le ocultase otro posible embarazo?

¿Acaso no había aprendido nada?

—Tiene sentido —dijo, decidido—. Vendrás a Grecia con nosotros. Eso resolverá nuestros problemas. Nos casaremos aquí o en Grecia. No me importa.

—A mí tampoco me importa en qué lugar no vamos a casarnos —replicó.

—¿Me rechazas? Es una sorpresa. Tendrías seguridad y nuestro hijo tendría un futuro diáfano. ¿No es eso lo que quieres?

Seguridad. Alex se rió. Tendría seguridad económica, desde luego. Pero, ¿y su corazón? ¿Cómo podría sentirse seguro cuando sabía que nunca gozaría de su amor?

—No, Nick. No es eso lo que quiero.

—¿Y qué quieres?

—Es irónico, pero lo único que deseo de ti es lo único que no puedes ofrecerme.

Hizo una nansa tomó la fotografía míe un desconocido había sacado de los tres en el zoo, sonrientes y felices, como una verdadera familia, y supo que era un fraude.

Dejó la foto sobre la cómoda y suspiró. No había sitio para la familia en ese páramo en que se había transformado el corazón de

Nick.

—Te amo, Nick. Y sólo te pido que tú también me quieras —dijo con la vista fija en lo más profundo de sus ojos negros y comprendió que la respuesta que buscaba no estaba ahí.

—Alexandra… Reconozco que te he subestimado. Eres una buena madre. Y te respeto.

—Pero no me quieres. No confías en mí. A veces creo que me odias. No entiendo que quieras casarte conmigo, salvo que quieras tenerme vigilada para que no pueda quitarte a Jason.

—¡Entonces, no vengas! —su voz tronó en la pequeña habitación —. Me llevaré a Jason conmigo y tú te quedarás sola. Sola y amargada. Quizás entonces aprecies…

Hubo un movimiento detrás de Nick, junto a la puerta, un sonido, un llanto. El reflejo de una cara, descompuesta y agónica. Y después se desvaneció.

—¡Jason! —gritó Alex mientras pasaba junto a Nick y salía del dormitorio.

El niño ya había alcanzado la puerta de la calle entre sollozos y corría con todas sus fuerzas. Alex intentó cazarlo mientras notaba un desgarro en el corazón.

¿Cuánto tiempo habría estado su hijo en el pasillo? Tenía el amor de Jason e iba a perderlo por culpa del orgullo. Un estúpido orgullo que no le permitía quedarse junto a su hijo sólo porque su padre no la amaba. ¿En qué estaba pensando?

Jason cruzó el porche, atravesó el jardín delantero y pasó junto al coche aparcado en la entrada. Era el coche del padre de Matt. Se habían adelantado.

—¡Jason, para!

Atisbo de reojo cómo el padre de Matt salía del coche con expresión de extrañeza, pero no tenía tiempo para explicaciones mientras Jason corría acera abajo. Escuchó la puerta mosquitera a su espalda. Nick se había unido a la persecución.

Estaba ganando terreno a pesar de las zapatillas que amenazaban con tirarla al suelo en cada paso. Estaba sin aire. Escuchaba el latido de su corazón al ritmo del motor de las dos motos que aceleraban calle abajo. Jason se volvió para mirarla. Alex vio que estaba desfigurado, los ojos inundados por las lágrimas mientras intentaba enfocar con claridad. Entonces se giró, pasó

junto a un coche aparcado y corrió hacia la carretera.

—¡Jason, no!

No había nada que ella pudiera hacer.

Era demasiado pequeño. Y tan rápido que no habría forma que los coches pudieran verlo a tiempo. Nunca imaginarían que un niño pudiera asomarse detrás de un coche aparcado. No tendrían tiempo para frenarse.

Pero quizás la verían a ella. Cruzó la acera y se metió en la carretera.

—¡No!

El grito de Nick se mezcló con el ruido de los motores. El rugido fue como un trueno cuando los dos motoristas con su mono de cuero negro se acercaron tanto que ella advirtió el pánico en sus ojos al Verla en un lateral. Después vieron a Jason. petrificado por el miedo, en mitad de la calle. Y sólo entonces intentaron detenerse.

Todo ocurrió muy deprisa. Una de las motos derrapó mientras el piloto luchaba por recuperar el control de la máquina y, finalmente, clavó la rueda delantera sobre el asfalto a unos pocos centímetros de la cara pálida del niño. La otra moto bloqueó la rueda delantera. La máquina y el piloto se deslizaron a lo largo de la acera e impactaron con la mujer que había ele-sido una mala situación.

El miedo reptó en el aire.

El terror agónico ante la duda de si la mujer que yacía en el suelo, inerme, estaba viva o muerta. El miedo al pensar que…

Corrió a su lado. Parecía una preciosa muñeca dormida hasta que se acercó y descubrió una mancha oscura de sangre que crecía sobre el asfalto, bajo su cabeza, y la pierna retorcida.

Alguien soltó un gemido y maldijo. Era el motorista y Jason, inmóvil hasta ese instante, se tiró al suelo junto a su madre. Nick tomó al tembloroso niño entre sus brazos mientras se oían pasos a su espalda.

Posó los dedos en la garganta de Alex en busca del pulso. Tenía que estar viva.

—¡Llamen a una ambulancia! —gritó.

Odiaba los hospitales. Resultaban asépticos, fríos y muy tenebrosos. Odiaba el hecho de que en el sótano se encontrara el depósito, oculto a la vista de la gente, salvo en el caso de que tuvieras que identificar un cuerpo.

Los hospitales eran sinónimos de muerte.

Al poner un pie en la entrada lo asaltó el pánico, pero se contuvo gracias a la pequeña mano que se aferraba a la suya. Eso y la mujer que yacía en una camilla en algún lugar de ese edificio. La mujer que había arriesgado su propia vida para salvar a su hijo de un posible atropello

La mujer a la que amaba. Pero, ¿sería demasiado tarde?

La angustia creció en su interior. No podía perderla ahora que tenía que compensarla por tantas cosas.

Su hijo sollozaba en silencio en una de las sillas de la sala de espera. Nick pasó el brazo por encima de su hombro y acomodó al niño junto a su pecho. Jason resopló y se limpió la nariz con el reverso de la mano. Nick sacó un pañuelo y se lo dio.

—¿Tú crees que…? ¿Qué pasa si…? —Nick estrechó a su hijo mientras éste se sonaba la nariz—. ¿Mamá se va a morir?

—No —replicó con la voz rota por el miedo y la angustia.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jason con una luz de esperanza en sus ojos negros.

—No lo permitiremos.

—Todo ha sido por mi culpa —dijo el niño y bajó la vista.

—No. no pienses eso.

—Pero si no me hubiera escapado…

—No —repitió Nick, más firme esa vez—. Ha sido culpa mía. Estaba furioso y dije algunas cosas que no pensaba. Por eso te escapaste, ¿verdad?

—No quiero que mamá se quede sola —respondió el niño con un hilo de voz.

Nick se maldijo en silencio. ¿Cuánto daño había causado? ¿Y cómo lo arreglaría?

—Yo tampoco —aseguró, decidido a poner todo de su parte para que eso no ocurriese—. Nunca lo he querido.

Escucharon unos tacones sobre el suelo de terrazo y ambos levantaron la vista al unísono.

—¡Tilly! —gritó Jason, que saltó de la silla y corrió por el pasillo —. ¡Tía Tilly!

El niño hundió la cara en el pecho de su tia mientras ella lo abrazaba. Esbozó una sonrisa escueta y forzada.

—He venido tan rápido como he podido. ¿Han dicho algo?

—Nada —Nick se levantó y se mesó el cabello—. Seguía inconsciente cuando la trajeron. Sólo sabemos que tiene la pierna rota. Están haciéndole radiografías en busca de posibles lesiones internas.

Y estaba durando una eternidad. ¿Por qué nadie los informaba?

En ese instante, un hombre de mediana edad empujó las puertas batientes y se dirigió hacia ellos.

—¿Ha venido con Alexandra Hammond?

—Sí, así es —rodearon al doctor—. ¿Cómo está?

—Bueno, señor Hammond, su esposa es una mujer muy afortunada.

Todos respiraron aliviados.

—Entonces, ¿se pondrá bien? —preguntó Tilly.

—Tiene múltiples fracturas en la tibia de la pierna derecha —prosiguió el doctor con una sonrisa— y ha necesitado un puntos para el corte de la cabeza. Pero, aparte de eso, se encuentra bien. Y ha recuperado la conciencia. Claro que tendrá un fuerte dolor de cabeza durante unas horas.

—¿Podemos verla? —preguntó Nick.

—Supongo que una visita de cinco minutos no le hará ningún daño —accedió.

—¿Disculpe? —Jason se dirigió al médico con expresión perpleja.

—Dime, hijo. ¿De qué se trata?

—No se llama señor Hammond. Su nombre es Nick Santos.

—¿No son ustedes pareja? —preguntó el doctor.

—No es oficial —dijo Nick.

Es mi padre apunto Jason

—Es de la familia —confirmó Tilly.

—Ahora sólo tengo que convencerla —sonrió Nick.

Estaba postrada en la cama, magullada y llena de moratones, enganchada a un montón de máquinas que brillaban y pitaban. Tenía los ojos cerrados. Nick se quedó en la puerta, muy quieto, mientras Jason se acercaba a la cama. Muy pálido, se encaramó a la cama y besó a su madre en la mejilla.

—Te quiero, mamá.

Todo el mundo contuvo la respiración hasta que Alex abrió sus preciosos ojos azules, opacos a causa de los analgésicos. Pero su

sonrisa fue genuina.

—Jason —levantó una mano y acarició su cara—. Yo también te quiero.

—Hola, hermana —Tilly se acercó—. ¿No sabes que es muy peligroso jugar con motos? ¡Demonios, nos has dado un buen susto!

—El chico de los Simpson. ¿Está bien? —su voz sonaba muy débil—. Me siento tan mal…

—No lo haga —dijo el doctor cuando se unió a la fiesta—. El mono de cuero lo ha salvado de lesiones de mayor gravedad. Y creo que ahora están más preocupados por la policía. Y ahora, si nos disculpan, creo que tenemos que escayolar esa pierna.

—No —dijo Nick en voz baja para que Alex no se alterara— Necesito un minuto a solas con ella. Es importante.

—Está bien —dijo el doctor—. Tiene un minuto. Alex, parece que el señor Hammond quiere decirte algo importante.

Nick se acercó a la cama y se sentó en el borde de la cabecera. Tomó la mano de Alex con delicadeza.

—Ah, Nick —dijo en un suspiro—, eres tú. Creía que había venido mi padre

Era una afirmación. No era un saludo de bienvenida. Estaba protegiéndose y eso le dolía. Pero no era de extrañar. Después de cómo la había tratado, se lo merecía.

—Pero, ¿por qué te ha llamado señor Hammond? —preguntó.

—Creo que el buen doctor piensa que soy tu marido —dijo con una tímida sonrisa.

—Figúrate —señaló ella y volvió la cabeza.

—Me lo imagino —dijo mientras giraba hacia él la cara de Alex con cuidado— y lo deseo.

—¿En serio? ¿Incluso después de que te haya rechazado? —vaciló un poco y se mordió el labio—. Creo que todo ha sido culpa mía. Si hubiera aceptado tu proposición, la vida de nuestro hijo no habría corrido peligro y nada de esto habría pasado.

—Podrías haber aceptado —reconoció—. Pero preferiría que aceptases ahora.

—Después de todo esto. ¿Cómo puedes decirme eso?

—Porque ahora no se trata de una exigencia. Es una petición. Y quiero que tú tomes la decisión. Y así podremos ofrecerle a Jason una verdadera familia y unos padres que se quieran —dijo.

—Pero… —pestañeó—, eso significaría que…

—Exactamente —sonrió y acarició su cara con el dedo—. Te amo, Alexandra. La amargura que sentía por la pérdida de mi familia no me dejaba verlo con claridad. No me he dado cuenta de lo mucho que te amaba hasta que he estado a punto de perderte. Y ahora sé que no podría vivir sin ti, sin tu amor. No me obligues.

Se arrodilló de pronto junto a la cama de hospital.

—Alexandra Hammond, amor mío, ¿te casarás conmigo?

Las lágrimas nublaron sus ojos ante el impacto de sus palabras.

—Sí —susurró—. Sí, claro que me casaré contigo.

Los labios de Nick se curvaron en una sonrisa de agradecimiento y la besó con tanta ternura y tanta emoción que se derramó una sola lágrima por su mejilla mientras reconocía, en el fondo de su alma, que ambos se pertenecían para siempre.

Epílogo

AGÁRRAME, papá! —gritó Jason mientras corría a lo largo de la costa y Nick lo perseguía bajo el sol que brillaba en un cielo sin límites, junto al Mar Egeo.

Era un día perfecto de primavera en Creta. La temperatura era muy suave y se respiraba en el ambiente la promesa de la lluvia vespertina.

Alex los observaba desde una tumbona mientras Nick perseguía por el agua a Jason sin cazarlo. Era fantástico verlos juntos, jugando.

Pero su felicidad era mucho más honda. Sabía que las cosas no podían haber ido mejor para ellos tres mientras se extasiaba con los dos amores de su vida.

Jason quería con locura a Nick. Parecía que todos sus sueños se hubieran hecho realidad. Rememoró el día de su boda, el momento en que Jason le había preguntado a Nick si podía llamarlo papá. Nick había estrechado su mano con solemnidad y se lo había agradecido. Había asegurado que había sido su mejor regalo de boda. Y entonces lo había abrazado.

Alex soltó una nueva carcajada mientras Nick hacía un último esfuerzo y atrapaba a Jason. Aupándolo por encima de la cabeza como si fuera un trofeo. Jason se rió antes de escabullirse entre sus brazos en busca de algún tesoro escondido en el fondo del mar azul.

Nick se arrastró hasta su lado sin aliento. Su piel cetrina poseía una cualidad decididamente hipnótica a los ojos de Alex.

Incluso tras dos meses de matrimonio seguía impactada por la belleza de su marido, la masculinidad de su físico, su capacidad para inflamarla. Se movió un poco y advirtió la significativa mirada de Nick. Lograba que se sintiera atractiva con una sola mirada o

una simple sonrisa. Besó su piel sedosa y acarició la pierna herida.

—¿Te duele la pierna? ¿Puedo traerte algo?

Ella sonrió. Nick estaba atento a su bienestar. No estaba acostumbrada y se sentía muy especial y muy querida. Y, si bien se había sentido algo decepcionado ante el hecho de que no se hubiera quedado embarazada antes de la boda, eso les había concedido un tiempo extra para convertirse en una auténtica familia.

—Estoy bien. Es pura pereza. Pensaba en las Navidades. Fue muy especial que Tilly y mis padres vinieran a nuestra boda y a unas auténticas Navidades griegas. Una doble celebración. Sé que todos lo pasamos en grande. Gracias por hacerlo posible.

—Ya me lo has agradecido, Alexandra. Y no es necesario. Creo que la familia es lo más importante en esta vida y no creo que hubiera sabido apreciarlo si no llego a estar a punto de perderlo todo.

—Me alegra que Sofía pudiera unirse a nosotros. Ahora parece mucho más feliz. ¿Crees que ella y Dimitri se casarán?

—No lo sé —arqueó las cejas—. Pero creo que necesita un poco de tiempo para sobreponerse a la muerte de su padre antes de comprometerse con otro hombre.

Deslizó el dedo a lo largo del óvalo de su cara y ella sonrió, consciente de que sus caricias siempre tendrían ese maravilloso efecto sobre ella.

—Es fantástico verte sonreír —dijo Nick—. Una sonrisa desprovista de preocupaciones. En las últimas semanas, te has puesto más guapa que nunca.

Eso es porque soy inmensamente feliz Me alegra estar aquí, de vuelta en Creta, contigo. Gracias por traerme aquí de vacaciones.

—¿Dónde podría haberte llevado? Aquí empezó todo.

—De vuelta al sitio en que todo empezó —ella sonrió—. El origen de Jason.

—Esa idea también ha cruzado mi mente —dijo con la mirada ardiente—. ¿Crees que serás más fértil en Creta?

Alex sabía lo que se traía entre manos y la chispa prendió la llama de la pasión.

—No lo sé, pero es una buena teoría —asintió.

Tomó su mano y la besó, mirándola a través de sus largas pestañas.

—Una teoría que me propongo demostrar —aseguró.

Ella se humedeció los labios, consciente de lo que seguiría mientras Nick acercaba su boca a esos labios carnosos.

Ella rodeó su cuello con el brazo y lo atrajo hacia sí.

—Confiaba en que dirías eso.